Enrique López Albújar

CUENTOS ANDINOS



Construido sobre la base de la experiencia y la observación, *Cuentos andinos* (1920) constituye el testimonio descarnado y auténtico del impacto emocional que un aspecto de la realidad andina generó en su autor. Los hombres y las mujeres de ese universo narrativo actúan como impulsados por los más elementales instintos.

Pero esos seres, en la visión de López Albújar, no son arquetipos; no comprometen, por tanto, al conjunto de la sociedad andina, ya que no implican una visión generalizadora y por lo mismo deformante. Los seres que pueblan ese universo son más bien individualidades que, colocadas en situaciones límite, rescatan su propia humanidad y defienden su derecho a la vida del único modo posible, en tales circunstancias: mediante la violencia. En ese contexto, la obra de Enrique López Albújar es una visión del indio liberada de sentimentalismos y de retórica.

La lectura de estos ríspidos relatos debe hacerse sin perder de vista, por lo demás, la novelística indigenista decimonónica a la cual parece contraponerse este cuadro, de gruesas tintas, en el que no hay lugar para la vacilación o la lágrima, y donde el indio capta para sí un protagonismo evidente.



Enrique López Albújar

Cuentos andinos

ePub r1.0

jugaor 23.04.15

Título original: *Cuentos andinos. Vida y costumbres indígenas*
Enrique López Albújar, 1920
Arte de cubierta: *Cruz Velacuy - Cuzco*, 1925. José Sabogal (pintor indigenista peruano, 1888-1956)

Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]
ePub base r1.2




2
aniversario
más libros, más libres
edición conmemorativa

A modo de prólogo

Todos lo que, de una u otra manera, han tomado contacto con la obra literaria de Enrique López Albújar (1872-1966) coinciden en resaltar la importancia que dentro de ésta tiene *Cuentos andinos*. Y la coincidencia va más allá. Hay consenso en señalar el aporte de ese libro, publicado en 1920, en lo que respecta al tratamiento literario del indio y del problema indígena. La opción de López Albújar «es —como apunta Washington Delgado— una visión del indio despojada de sentimentalismos engañosos y ajeno a las convenciones literarias». Básicamente porque la imagen que nos entregan sus relatos está desligada de estereotipos anteriores, productos a su vez de un relativo paternalismo, en unos casos, y de una evidente o encubierta minusvaloración del indio, en otros. La versión del hombre andino propuesta por López Albújar no es la edulcorada imagen de un ser sumiso, tímido y encastillado en añoranzas del pasado, tampoco la del desvalido digno solamente de conmiseración; este narrador instala, en mitad de un espacio violento e inmisericorde, a hombres rudos cuya actuación parecería como impulsada por los más elementales instintos. Y, lo que es más, esta visión del mundo andino se condice con la prosa enérgica, eminentemente narrativa, de un meditado y bien dosificado suspenso, con que se plasma. Se ha atribuido este modo de observar y referir el mundo andino a una suerte de deformación profesional del autor, haciendo alusión a que el contacto que el mestizo costeño Enrique López Albújar tuvo con esa región geográfica y social fue a partir de su condición de Juez de Primera Instancia en obvia relación con casos delictivos. Y, por si fuera poco, como él mismo informara, *Cuentos andinos* fue escrito en el tiempo libre que le dejó una suspensión en el cargo. Más allá de lo anecdótico o de los soportes extraliterarios que estos hechos brinden al análisis, lo cierto es que los relatos de López Albújar parten de una experiencia de la realidad, a la que se accede por vía de la observación, la observación de un mundo en el que la justicia y la venganza configuran un cuerpo de leyes de uso y vigencia singulares. Es indudable que tal versión del mundo andino puede ser calificada de incompleta, a todas luces parcial, y aun prejuiciosa, pero no puede negarse su adhesión auténtica a la experiencia que le dio origen. La narrativa de López Albújar no es una aventura de imaginación, la suya es testimonio tanto más vital e impactante cuanto más cercana de lo verosímil.

Por cierto que López Albújar retoma una tradición realista en el tratamiento del problema indígena. Antes que él Narciso Aréstegui (1826-1869) y Clorinda Matto de Turner (1854-1909) habían abordado este crucial asunto nacional, desde la perspectiva de su época. Las más importantes novelas de estos autores, *El Padre Horán* (1848) y *Aves sin nido* (1889), derivaban la solución de este dilema a una especie de apelación a la conciencia moral de las clases mandantes, si bien es indudable que a lo largo de los mencionados textos se dejaba percibir sus raíces sociales y económicas, y que en la entrelinea —o explícitamente en el caso de

Aréstegui— se postulaba la necesaria conversión de esta sociedad defectiva en otra más comprensiva y permeable a las demandas de esas mayorías deprimidas. Pero en esa novelística el indio y su problema son apelaciones, huidizas imágenes referenciales. En López Albújar, en cambio, el indio es personaje protagónico, y el relato signa la peripecia de su actuación ante un hecho de violencia; la descripción despliega el detenido y rotundo retrato de su psicología pasional vista por la objetividad de un testigo imparcial Es en este sentido, como señala Antonio Cornejo Polar, que su cuentística «se enlaza con la plenitud posterior de la narrativa de este tipo y en cierto modo la prepara y la hace posible». El trabajo literario de José María Arguedas (1911-1969), según propia declaración, parte de un descontento, entre otras cosas, frente a la versión del Ande que portaban los relatos de Ventura García Calderón y López Albújar. Descontento que surge ante la unilateralidad evidente en estos autores. Y también porque en los textos de López Albújar, específicamente, los personajes actúan como impulsados por un destino trágico, cuyo fin se preanuncia en el acabamiento violento e irremediable. La exploración del mundo anímico del quechua se detiene allí, en sus estratos más elementales, dejando inhollados muchos otros aspectos de la comunidad y del hombre andinos. Claro que hay que tener en consideración que los personajes de López Albújar no tienen la pretensión de convertirse en arquetipos y que, por lo tanto, es preciso verlos como tales, es decir como individualidades cuya conducta intenta ajustarse a una situación y a su propio carácter de seres marginales. La visión del mundo andino que ofrece López Albújar es eso: versión de un aspecto de la realidad, testimonio de un impacto emocional, a través de un discurso que tiene como eje de construcción a la observación. Pese a sus limitaciones, el aporte de este narrador es medular en el contexto de la tradición indigenista peruana. Como bien sentencia Tomás G. Escajadillo, «López Albújar es el primero en dar una imagen convincente o por lo menos aceptable, verosímil, de una realidad que siempre estuvo allí; el primer narrador que supo darnos emociones sustantivas de la vida de la sierra y algunos escorzos del alma del indio».

En el universo narrativo de nuestro autor impera la violencia, y la fascinación por ella causa ese tremendismo, esa truculencia lindantes en naturalismo, que, a no ser por las intervenciones de un narrador que reflexiona en torno a las presuntas razones de los hechos, se diluiría en mero relato de incidencias policiales. Lo que se nos brinda, en cambio, es un universo de orgullos que relampaguean y enceguecen con sus agresividades en pugna, adquiriendo una dimensión tal que la vida parece tanto más intensa cuanto más se la pruebe en la instantánea suerte de las armas. Trascender las impactantes imágenes de López Albújar implica acceder a un espacio en el que la rebeldía, la altivez que recapturan para sí sus personajes es un asedio inacabado a la paradójica humanización por la violencia.

LUIS FERNANDO VIDAL

A mis hijos

Hijos míos:

Estos cuentos fueron escritos en horas de dolor. Un grito de rebeldía de mi conciencia puso mi corazón entre el engranaje de la disciplina judicial y durante noventa días tuve que soportar el suplicio de la trituración y el asqueroso gesto de malicia con que las gentes ven siempre a los que yerran o caen.

¿Mi culpa? Una prevaricación. En la alternativa de condenar por una falta (¿por qué delito?) que todos los hombres honrados cometen diariamente, sin perder por ello la estimación pública, y la de absolver, para tranquilizar mi conciencia, no vacilé en apartarme voluntariamente del camino que me indicaba la ley. Preferí ser hombre a ser juez. Preferí desdoblarme para dejar a un lado al juez y hacer que el hombre con sólo un poco de humanismo salvara los fueros del ideal. Y aunque el sentido común —ese escudero importuno de los que llevamos un pedazo de Quijote en el alma— me declamó por varios días sobre los riesgos que iba a correr en la aventura judicial, opté por taparme los oídos y seguir los impulsos del corazón.

Tal vez os parezca extraño mañana, cuando os deis cuenta de mi aventura, que un juez tenga corazón. Parece que la ley, mejor dicho, nuestra ley, no permite esta clase de entrañas en los encargados de aplicarla. Y es que la ley tiene encima otra ley, más fuerte y más inexorable que ella: la rutina, y ésta, un fiscal, un inquisidor, pronto a entregarla a los esbirros de la transgresión: el precedente.

¿Hice bien? Don Quijote diría que sí. Panza diría que no. Vosotros no podéis decir nada todavía; la edad os incapacita para apreciar el valor de mi actitud. Posiblemente cuando llegue ese día, cuando vuestra razón, llena de ese sentido práctico que en la vida lleva fácilmente al triunfo de todas las aspiraciones, se detenga un instante a meditar sobre las bellas locuras de vuestro padre, os estremeceréis al ver cómo una rebeldía suya estuvo a punto de truncar su porvenir y de echaros a perder el pan que oscuramente ganaba para vosotros. Si llegárais a pensar así lo sentiría profundamente; lo sentiría aunque estuviese muerto, porque así acreditaríais que entre vosotros y yo no había existido más vínculo que el del nombre, y que lo más íntimo de mi ser, aquello que lleva en sí todo lo que eleva o rebaja, todo lo que nos hace fuertes ante las tentaciones de la vida, todo lo que nos hace sentirnos realmente hombres, la personalidad, no había sido transmitida por mi sangre a vuestra sangre.

Entonces pensaréis como todos, seréis como todos, en un país donde, precisamente, hay que pensar distinto de los demás y gritar las propias ideas para que los sordos del espíritu las escuchen por más rudas o extrañas que sean.

Sobre este punto podría escribiros un libro; quizá sí debí escribirlo en los amargos días de la suspensión; pero me pareció mejor hacer destilar un poco de miel a mi corazón en vez de acíbar; entregarme a las gratas y ennoblecedoras fruiciones del Arte y no a los arrebatos de la pasión y del desengaño.

Por eso he venido en hablar en este libro de los hombres y de las cosas, en cuyo medio vivo realizando obra de amor y de bien. Verdad es que he puesto en él mucho de sombrío y de trágico, pero es que el medio en que todo aquello se mueve es así, hijos míos, y yo no he querido sólo inventar, sino volcar en sus páginas cierta faz de la vida de una raza, que si hoy parece ser nuestra vergüenza, ayer fue nuestra gloria y mañana tal vez sea nuestra salvación.

Y por eso os dedico este libro. Ved en él sólo lo que debéis ver: un esfuerzo de serenidad en medio del sufrimiento. No lo toméis como una lección de experiencia para en las horas de vuestras grandes dudas, de vuestros torturantes conflictos, al recordar la causa que lo originó, os apresuréis a echaros por el fácil camino de la rutina y del acomodo. No; que os sirva para ser irreductibles en el bien, para que cuando el caso lo exija, sepáis tirar el porvenir, por más valioso que sea, a las plantas de vuestra conciencia y de vuestros principios, porque —oídlo bien— el ideal es lo único que dignifica la vida, y los principios, lo único que salva a los pueblos.

Vuestro padre,

ENRIQUE, 1920

Los tres *jircas*[*]

A Juan Durand

I

Marabamba, Rondos y Paucarbamba.

Tres moles, tres cumbres, tres centinelas que se yerguen en torno de la ciudad de los Caballeros de León de Huánuco. Los tres *jirca-yayag*[*], que llaman los indios.

Marabamba es una aparente regularidad geométrica, coronada de tres puntas, el cono clásico de las explosiones geológicas, la figura menos complicada, más simple que afectan estas moles que viven en perpetua ansiedad de altura; algo así como la vela triangular de un barco perdido entre el oleaje de este mar pétreo llamado los Andes.

Marabamba es a la vez triste y bello, con la belleza de los gigantes y la tristeza de las almas solitarias. En sus flancos graníticos no se ve ni el verde de las plantas, ni el blanco de los vellones, ni el rojo de los tejados, ni el humo de las chozas. Es perpetuamente gris, con el gris melancólico de las montañas muertas y abandonadas. Durante el día, en las horas de sol, desata todo el orgullo de su fiereza, vibra, reverbera, abrasa, crepita. El fantasma de la insolación pasea entonces por sus flancos. En las noches lunares su tristeza aumenta hasta reflejarse en el alma del observador y hacerle pensar en el silencio trágico de las cosas. Parece un predestinado a no sentir la garra inteligente del arado, ni la linfa fecundante del riego, ni la germinación de la semilla bienhechora. Es una de esas tantas inutilidades que la naturaleza ha puesto delante del hombre como para abatir su orgullo o probar su inteligencia. Mas quién sabe si Marabamba no sea realmente una inutilidad, quién sabe si en sus entrañas duerme algún metal de esos que la codicia insaciable del hombre transformará mañana en moneda, riel, máquina o instrumento de vida o muerte.

Rondos es el desorden, la confusión, el tumulto, el atropellamiento de una fuerza ciega y brutal que odia la forma, la rectitud, la simetría. Es la crispadura de una ola hidrópica de furia, condenada perpetuamente a no saber del espasmo de la ola que desfallece en la playa. En cambio es movimiento, vida, esperanza, amor, riqueza. Por sus arrugas, por sus pliegues sinuosos y profundos el agua corre y se bifurca, desgranando entre los precipicios y las piedras sus canciones cristalinas y monótonas; rompiendo con la fuerza demoledora de su empuje los obstáculos y lanzando sobre el valle, en los días tempestuosos, olas de fango y remolinos de piedras enormes, que semejan el galope aterrador de una manada de paquidermos enfurecidos…

Rondos, por su aspecto, parece uno de esos cerros artificiales y caprichosos que la

imaginación de los creyentes levanta en los hogares cristianos en la noche de Navidad. Vense allí cascadas cristalinas y paralelas; manchas de trigales verdes y dorados; ovejas que pacen lentamente entre los riscos; pastores que van hilando su copo de lana enrollado, como ajorca, al brazo; grutas tapizadas de helechos, que lloran eternamente lágrimas puras y transparentes como diamantes; toros que restriegan sus cuernos contra las rocas y desfogan su impaciencia con alaridos entrecortados; bueyes que aran resignados y lacrimosos, lentos y pensativos, cual si marcharan abrumados por la nostalgia de una potencia perdida; cabras que triscan indiferentes sobre la cornisa de una escarpadura escalofriante; árboles cimbrados por el peso de dorados y sabrosos frutos; maizales que semejan cuadros de indios empenachados; cactus que parecen hidras, que parecen pulpos, que parecen boas. Y en medio de todo esto, la nota humana, enteramente humana, representada por casitas blancas y rojas, que de día humean y de noche brillan como faros escalonados en un mar de tinta. Y hasta tiene una iglesia, decrépita, desvencijada, a la cual las inclemencias de las tempestades y la incuria del indio, contagiado ya de incredulidad, van empujando inexorablemente a la disolución. Una vejez que se disuelve en las aguas del tiempo.

Paucarbamba no es como Marabamba ni como Rondos, tal vez porque no pudo ser como éste o porque no quiso ser como aquél. Paucarbamba es un cerro áspero, agresivo, turbulento, como forjado en una hora de soberbia. Tiene erguimientos satánicos, actitudes amenazadoras, gestos de piedra que anhelara triturar carnes, temblores de leviatán furioso, repliegues que esconden abismos traidores, crestas que retan el cielo. De cuando en cuando verdea y florece y alguna de sus arterias precipita su sangre blanca en el llano. Es de los tres el más escarpado, el más erguido, el más soberbio. Mientras Marabamba parece un gigante sentado y Rondos un gigante tendido y con los brazos en cruz, Paucarbamba parece un gigante de pie, ceñudo y amenazador. Se diría que Marabamba piensa, Rondos duerme y Paucarbamba vigila.

Los tres colosos se han situado en torno de la ciudad, equidistantemente, como defensa y amenaza a la vez. Cuando la niebla intenta bajar al valle en los días grises y fríos, ellos, con sugestiones misteriosas, la atraen, la acarician, la entretienen y la adormecen para después, con manos invisibles —manos de artífice de ensueño— hacerse turbantes y albornoces, collares y coronas. Y ellos son también los que refrenan y encauzan la furia de los vientos montañeses, los que entibian las caricias cortantes y traidoras de los vientos puneños y los que en las horas en que la tempestad suelta su jauría de truenos desvían hacia sus cumbres las cóleras flagelantes del rayo.

Y son también amenaza; amenaza de hoy, de mañana, de quién sabe cuándo. Una amenaza llamada a resolverse en convulsión, en desmoronamiento, en catástrofe. Porque ¿quién puede decir que mañana no proseguirán su marcha? Las montañas son caravanas en descanso, evoluciones en tregua, cóleras refrenadas, partos indefinidos. La llanura de ayer es la montaña de hoy, y la montaña de hoy será el abismo o el valle

de mañana.

Lo que no sería extraño. Marabamba, Rondos y Paucarbamba tienen geológicamente vida. Hay días en que murmuran, en que un tumulto de voces interiores pugna por salir para decirle algo a los hombres. Y esas voces no son las voces argentinas de sus metales yacentes, sino voces de abismos, de oquedades, de gestaciones terráqueas, de fuerzas que están buscando en un dislocamiento el reposo definitivo.

Por eso una tarde en que yo, sentado sobre un peñón del Paucarbamba, contemplaba con nostalgia de llanura cómo se hundía el sol tras la cumbre del Rondos, al levantarme, excitado por el sacudimiento de un temblor, Pillco, el indio más viejo, más taimado, más supersticioso, más rebelde, en una palabra, más incaico de Llicua me decía, poseído de cierto temor solemne:

—*Jirca-yayag*, bravo. *Jirca-yayag*, con hambre, taita[*].

—¿Quién es *Jirca-yayag*?

—Paucarbamba, taita. Padre Paucarbamba pide *ouejas*, *cuca*, *bescochos*, *confuetes*.

—¡Ah, Paucarbamba come como los hombres y es goloso como los niños! Quiere confites y bizcochos.

—*Au*[*], taita. Cuando pasa mucho tiempo sin comer, Paucarbamba *piñashcaican*. Cuando come, *cushiscaican*.

—No voy entendiéndote, Pillco.

—*Piñashcaican*, malhumor; *cushiscaican*, alegría, taita.

—¿Pero tú crees de buena fe, Pillco, que los cerros son como los hombres?

—*Au*, taita. *Jircas* comen; *jircas* hablan; *jircas* son dioses. De día callan, piensan, murmuran o duermen. De noche andan. Pillco no mirar noche *jircas*; hacen daño. Noches nubladas *jircas* andar más, comer más, hablar más. Se juntan y conversan. Si yo te contara, taita, por qué *jircas* Rondos, Paucarbamba y Marabamba están aquí…

II

Y he aquí lo que me contó el indio más viejo, más taimado, más supersticioso y más rebelde de Llicua, después de haberme hecho andar muchos días tras él, de ofrecerle dinero, que desdeñó señorialmente, de regalarle muchos puñados de coca y de prometerle, por el alma de todos los *jircas* andinos, el silencio para que su leyenda no sufriera las profanaciones de la lengua del blanco, ni la cólera implacable de los *jircas* Paucarbamba, Rondos y Marabamba. «Sobre todo —me dijo con mucho misterio— que no sepa Paucarbamba. Vivo al pie, taita».

Maray, Runtus y Páucar[*] fueron tres guerreros venidos de tres lejanas comarcas. Páucar vino de la selva; Runtus, del mar; Maray, de las punas. De los tres, Páucar era el más joven y Runtus, el más viejo. Los tres estuvieron a punto de chocar un día,

atraídos por la misma fuerza: el amor. Pillco-Rumi[*], curaca de la tribu de los pillcos, después de haber tenido hasta cincuenta hijos, todos varones, tuvo al fin una hembra, es decir una *orcoma*, pues no volvió a tener otra hija. Pillco-Rumi por esta circunstancia puso en ella todo su amor, todo su orgullo, y su amor fue tal que a medida que su hija crecía iba considerándola más digna de Pachacámac que de los hombres. Nació tan fresca, tan exuberante, tan bella que la llamó desde ese instante Cori-Huayta[*], y Cori-Huayta fue el orgullo del curacazgo, la ambición de los caballeros, la codicia de los sacerdotes, la alegría de Pillco-Rumi, la complacencia de Pachacámac. Cuando salía en su litera a recoger flores y granos para la fiesta del *Raymi*[*], seguida de sus doncellas y de sus criados, las gentes se asomaban a las puertas para verla pasar y los caballeros detenían su marcha embelesados, mirándose después, durante muchos días, recelosos y mudos.

Pillco-Rumi sabía de estas cosas y sabía también que, según la ley del curacazgo, su hija estaba destinada a ser esposa de algún hombre. Si la esterilidad era considerada como una maldición entre los pillcos, la castidad voluntaria, la castidad sin voto, era tenida como un signo de orgullo, que debía ser abatido, so pena de ser sacrificada la doncella a la cólera de los dioses. Y la ley de los pillcos prescribía que los varones debían contraer matrimonio a los veinte años y las mujeres a los dieciocho. Pillco-Rumi no estaba conforme con la ley. Pillco-Rumi sintió rebeldías contra ella y comenzó a odiarla y a pensar en la manera de eludirla. Según él, Cori-Huayta estaba por encima de la ley. La ley no se había puesto en el caso de que un padre que tuviera una *orcoma* habría necesariamente de casarla. Cuando se tiene varias hijas, bien puede cederse todas, menos la elegida por el padre para el cuidado de su vejez. Y cuando se tiene una como Cori-Huayta, pensaba Pillco-Rumi, todos los hombres, sumados, no merecen la dicha de poseerla.

Y Pillco-Rumi, que, además de padre tierno, era hombre resuelto y animoso, juró ante su padre el Sol que Cori-Huayta no sería de los hombres sino de Pachacámac.

III

Y llegó el día en que Pillco-Rumi debía celebrar en la plaza pública el matrimonio de todos los jóvenes aptos según la ley.

La víspera Pillco-Rumi había llamado a su palacio a Racucunca[*], el gran sacerdote, y a Karu-Ricag[*], el más prudente de los amautas[*], para consultarles el modo de eludir el cumplimiento de la ley matrimonial.

El amauta dijo:

—La sabiduría de un curaca está en cumplir la ley. El que mejor la cumple es el más sabio y el mejor padre de sus súbditos.

Y el gran sacerdote, que no había querido ser el primero en hablar:

—Sólo hay dos medios: sacrificar a Cori-Huayta o dedicarla al culto de nuestro padre el Sol.

Pillco-Rumi se apresuró a objetar:

—Cori-Huayta cumplirá mañana dieciocho años; ha pasado ya de la edad en que una doncella entra al servicio de Pachacámac.

—Para nuestro Padre —repuso Racucunca— todas las doncellas son iguales. Sólo exige juventud.

Y el gran sacerdote, a quien Cori-Huayta desde dos años atrás venía turbándole la quietud, hasta hacerle meditar horribles sacrilegios, y que parecía leer en el pensamiento de Pillco-Rumi, añadió:

—No hay hombre en tu curacazgo digno de Cori-Huayta.

El amauta, que a su vez leía en el pensamiento de Racucunca, intervino gravemente:

—La belleza es fugaz; vale menos que el valor y la sabiduría. Un joven sabio y valiente puede hacer la dicha de Cori-Huayta.

Ante tan sentencioso lenguaje, que significaba para Racucunca un reproche y para Pillco-Rumi una advertencia, aquél, disimulando sus intenciones, replicó:

—Mañana, a la hora de los sacrificios, lo consultaré en las entrañas del llama.

Y mientras Racucunca, ceñudo y solemne, salía por un lado y Karu-Ricag, tranquilo y grave, por otro, Pillco-Rumi, con el corazón apretado por la angustia y la esperanza, quedábase meditando en su infelicidad.

Por eso en la tarde del día fatal, en tanto que el regocijo popular se difundía por la ciudad y en la plaza pública los corazones de los caballeros destilaban la miel más pura de sus alegrías; y los guerreros, coronados de plumas tropicales, en pelotones compactos, esgrimían sus picas de puntas y regatones relucientes, balanceaban los arcos, blandían las macanas cabezudas, restregaban las espadas y las flechas, rastrallaban las hondas y batían las banderas multicolores; y los *haravicus*[*], estacionados en los tres ángulos de la plaza, cantaban sus más tiernas canciones eróticas al son de los cobres estridentes; y las futuras esposas, prendidas en rubor, coronadas de flores, enroscadas las gargantas por collares de huayruros[*] y cuentas de oro, y envueltas en albas túnicas flotantes, giraban lentamente, cogidas de las manos, en torno de la gran piedra de los sacrificios; y Cori-Huayta, ignorante de su destino, esperaba la hora de los desposorios; Pillco-Rumi, de pie sobre el torreón del occidente, los brazos aspados sobre el pecho; la curva y enérgica nariz dilatada y palpitante, la boca contraída por una crispatura de soberbia y resolución y la frente surcada por el arado invisible de un pensamiento sombrío, encarando al sol el rojizo rostro, como una interrogación al destino, hacía esta invocación, mezcla de impiedad y apóstrofe:

—¿Podrán los hombres más que Pachacámac? ¿No querrás tú, Padre Sol, cegar con tus ojos los ojos de aquel que pretenda posarlos en los encantos de Cori-Huayta? ¿No podrías tú hacerles olvidar la ley a los sabios, a los sacerdotes, a los caballeros?

Quiero que Cori-Huayta sea la alegría de mi vejez; quiero que en las mañanas, cuando tú sales y vienes a bañar con el oro de tus rayos bienhechores la humildad de mi templo, Cori-Huayta sea la primera que se bañe en ellos, pero sin que los hombres encargados de servirte la contemplen, porque se despertaría en ellos el irresistible deseo de poseerla. Cori-Huayta es, señor, digna de ti. ¡Líbrala de los deseos de los hombres!

Y Pillco-Rumi, más tranquilo después de esta invocación, volviendo el rostro hacia la multitud, que bullía y clamoreaba más que nunca, clavó en ella una indefinida mirada de desprecio. Y al reparar en Racucunca, que en ese instante, con un gran espejo cóncavo, de oro bruñido, recogía un haz de rayos solares para encender el nevado copo de algodón, del que había de salir el fuego sagrado para los sacrificios, levantó el puño como una maza, escupió al aire y del arco de su boca salió, como flecha envenenada, esta frase: «Cori-Huayta no será tuya, traidor. Yo también, como Karu-Ricag, adiviné ayer tu pensamiento. Primero mataré a Cori-Huayta».

Pero Supay[*], el espíritu malo, que anda siempre apedreando las aguas de toda tranquilidad y de toda dicha para gozarse en verlas revueltas y turbias, comenzó por turbar el regocijo público. Repentinamente enmudecieron las canciones y los cobres musicales, pararon las danzas, se levantaron azorados los amautas, temblaron las doncellas, se le escapó de la diestra al gran sacerdote el espejo cóncavo, generador del fuego sagrado, y la multitud prorrumpió en un inmenso alarido, que hizo estremecer el corazón de Cori-Huayta, al mismo tiempo que, señalando varios puntos del horizonte, gritaba: «¡Enemigos! ¡Enemigos! Vienen por nuestras doncellas. ¿Dónde está Pillco-Rumi? ¡Defiéndenos, Pillco-Rumi! ¡Pachacámac, defiéndenos!».

Eran tres enormes columnas de polvo, aparecidas de repente en tres puntos del horizonte, que parecían tocar el cielo. Avanzaban, avanzaban… Pronto circuló la noticia. Eran Maray, de la tribu de los pascos; Runtus, de la de los huaylas; y Páucar, de la de los panataguas, la más feroz y guerrera de las tribus. Cada uno había anunciado a Pillco-Rumi su llegada el primer día del equinoccio de primavera, con el objeto de disputar la mano de Cori-Huayta, anuncio que Pillco-Rumi desdeñó, confiado en su poder y engañado por las predicciones de los augures.

Los tres llegaban seguidos de sus ejércitos; los tres habían caminado durante muchos días, salvando abismos, desafiando tempestades, talando bosques, devorando llanuras. Y los tres llegaban a la misma hora, resueltos a no ceder ante nadie ni ante nada. Runtus, durante el viaje, había caminado pensando: «Mi vejez es sabiduría. La sabiduría hermosea el rostro y sabe triunfar de la juventud en el amor». Y Maray: «La fuerza impone y seduce a los débiles. Y la mujer es débil y ama al fuerte». Y Páucar: «La juventud lo puede todo, puede lo que no alcanza la sabiduría y la fuerza».

Entonces Pillco-Rumi, que desde el torreón de su palacio había visto también aparecer en tres puntos del horizonte las columnas de polvo que levantaban hasta el cielo los ejércitos de Runtus, Páucar y Maray, comprendiendo a qué venían, en un

arranque de suprema desesperación, exclamó, invocando nuevamente a Pachacámac: «Padre Sol, te habla por última vez Pillco-Rumi. Abrasa la ciudad, inunda el valle, o mata a Cori-Huayta antes de que yo pase por el horror de matarla».

Ante esta invocación, salida de lo más hondo del corazón del Pillco-Rumi, Pachacámac, que, desde la cima de un arco iris, había estado viendo desdeñosamente las intrigas de Supay, empeñado en producir un conflicto y ensangrentar la tierra, cogió una montaña de nieve y la arrojó a los pies de Páucar, que ya penetraba a la ciudad, convirtiéndose al caer en bullicioso río. Páucar se detuvo. Después lanzó otra montaña delante de Maray, con el mismo resultado, y Maray se detuvo también. Y a Runtus, que, como el menos impetuoso y el más retrasado, todavía demoraba en llegar, se limitó a tirarle de espaldas de un soplo. Luego clavó en cada uno de los tres guerreros la mirada y convirtioles, junto con sus ejércitos, en tres montañas gigantescas. No satisfecho aún de su obra, volvió los ojos a Cori-Huayta, que asustada, había corrido a refugiarse al lado de su padre, y mirándola amorosamente exclamó: *¡Huáñucuy!*[*] y Cori-Huayta, más hermosa, más exuberante, más seductora que nunca, cayó fulminada en los brazos de Pillco-Rumi.

Ante tal cataclismo, la tribu de los pillcos, aterrorizada, huyó, yendo a establecerse en otra región, donde fundó una nueva ciudad con el nombre de Huáñucuy, o Huánuco, en memoria de la gran voz imperiosa que oyeran pronunciar a Pachacámac.

Desde entonces Runtus, Páucar y Maray están donde los sorprendió la cólera de Pachacámac, esperando que ésta se aplaque, para que el Huallaga y el Higueras tornen a sus montañas de nieve y la hija de Pillco-Rumi vuelva a ser la Flor de Oro del gran valle primaveral de los pillcos…

La soberbia del piojo

—Un momento, señora…

Y la señora Linares, toda joyas y sedas, llena de inquietud y curiosidad, se quedó inmóvil. Yo, con todo respeto que la mujer ajena me inspira, pero al mismo tiempo con la audacia que siento ante cualquier mujer hermosa, estiré resueltamente la mano y cogí de la celeste y vaporosa tela que cubría la casta morbidez de una espalda marmórea, un insecto rubio y diminuto, que perezosamente tomaba el aire o el sol, sin preocuparse del peligro de una mirada indiscreta. Lo arrojé al suelo, le pasé por encima varias veces el pie, a manera de plancha que lustra una pechera, y me sacudí las manos con repugnancia tardía.

—¿Qué es? ¿Qué ha sido? —preguntó la señora de las espaldas mórbidas, dignas de dormir sobre ellas un sueño de siete siglos.

—Nada, señora. Un pequeño insecto que, seguramente, estaba admirándole su belleza.

—¡Cómo nada! Un piojo, Elvirita, un piojo —dijo interviniendo el más viejo de la reunión, un viejo de solapas pringosas y barbas revueltas y ampulosas como nido de oropéndola, que con su cara de perro de aguas, parecía ladrarle a las gentes cuando hablaba, mientras que sus ojos lascivos reían entre el paréntesis de dos comisuras lacrimosas y acribilladas de arrugas.

—¡Jesús! —exclamó la señora Linares, levantándose bruscamente y yendo a ocultar su vergüenza lejos de nosotros.

Las demás señoras, tal vez por espíritu de cuerpo o por el temor de un percance igual, fueron, disimuladamente, levantándose y siguiendo el camino de la señora Linares, hasta dejarnos completamente solos. Yo, dirigiéndome al viejo, no pude menos que decirle:

—Es usted demasiado indiscreto, don Melchor. Eso no se le descubre a una señora. Ha podido usted ocasionarle un desmayo.

Y mientras todos los que nos encontrábamos bajo el parral veíamos con hostilidad al impertinente viejo de las barbas ampulosas, renegando de que nos hubiese echado a perder tan grata compañía, éste se limitó a contestarme:

—¡Aspavientos!, que no cuadran en estos lugares, donde todos, cual más cual menos, cuando no llevamos un piojo encima es porque lo hemos dejado en casa. ¡Ascos del piojo, cuando el piojo es aquí artículo de primera necesidad! Lo digo sin exageración, porque aquí hay gentes que desayunan con piojos. Y luego, que el piojo es el mejor amigo del hombre. Yo prefiero un piojo a un perro, no sólo porque tiene dos patas más, sino porque no tiene las bajezas de éste. El perro se agacha, se humilla, implora cuando recibe un puntapié del amo, o cuando se ve con un palo encima. ¡Ya va a tolerar un piojo trato semejante! El piojo es el más soberbio y estoico de los seres creados.

Y como nos hubiésemos quedado solos y el viejo me iba resultando interesante,

resolví provocarle una confidencia, una historia, una anécdota, un chisme, cualquier cosa…

—No —me dijo—, no estoy para chismes ni para historias. ¿Por qué pudiendo hablar de los animales hemos de hablar de las gentes? Todas las historias se parecen. En todas verá usted las mismas ridiculeces, las mismas vanidades, las mismas miserias, las mismas pasiones. No hay más que variantes. ¿Que un marido mató por celos? Una cursilería, una estupidez, porque la libertad del amor está por encima de todas las libertades. ¿Que un Fulano ha amasado su fortuna con el sudor y la sangre de millares de indios? ¡Bah! Para qué son tan bestias los indios. Si los indios se contaran, se organizaran y fueran más a la escuela y bebieran menos, ¡cuántas cosas no harían! Porque el indio no es idiota; es imbécil. Pero de la imbecilidad se puede salir; de la idiotez no. La imbecilidad, como usted sabe, se cura tonificando el alma, sembrando ideales en ella, despertándole ambiciones, haciéndole sentir la conciencia de la propia personalidad. Y el indio, aunque nuestros sociólogos criollos piensan lo contrario, no es persona: es una bolsa de apetitos.

—Bueno, bueno. Hablemos entonces de los animales. Ha dicho usted que el piojo es el mejor amigo del hombre. ¿Desde cuándo nació esta amistad? Y el más soberbio de los seres. ¿Por qué?

Don Melchor se acarició la barba con unción de sacerdote que dijera una misa, entornó los ojos como buscando algo interiormente, y, después de un largo calderón de silencio, comenzó:

—Tengo sesenta años largos, que valen por seiscientos. Mis ojos han visto muchas cosas. Tal vez por eso están siempre rojos y me lloran mucho. Y digo los ojos porque con las manos y los pies también se ve, como usted no ignorará. Pues bien, es con los ojos con lo que vi lo que voy a contarle.

»Una tarde… No, fue una noche de un día cualquiera. Soñaba esa noche que un insecto de proporciones elefantinas, sentado al borde de mi lecho, mientras me hurgaba el oído con una de sus garras, me decía gravemente: “¡Melchor, despierta! ¡Te amenaza un peligro!”. Y yo, volviéndome de un lado, contesté: “¡Váyase usted al demonio! ¡Déjeme dormir!”. Y el insecto impertérrito: “¡Melchor, despierta! ¡Te empujan la puerta del cuarto!”. Y yo ya no era un hombre que dormía sino un fuelle que se desataba en ronquidos. Y vuelta el insecto del diantre: “¡Melchor!, si no despiertas te matarán primero y te robarán después”. ¿Robarme? A mí me habría importado poco lo de la muerte. Pero descerrajarme el baúl y robarme todo lo que en él tenía… Consentir que se me llevaran unas ligas y un paquete de cartas, a los que yo adoraba fetichistamente desde los veinte años… ¡Jamás! Salté del lecho, encendí la vela, eché mano a un sable viejo y mohoso que conservara como recuerdo de una de nuestras redentoras revoluciones, y comencé rabiosamente, con una ceguedad de ciervo irritado, a repartir cintarazos a diestra y siniestra. Un Don Quijote en plena noche de gigantes. Y mientras yo gritaba con toda la heroicidad de un avaro a quien le hubieran descubierto el tesoro: “¡Canalla! ¡Ladrón! ¿Dónde están mis ligas?”, de

un rincón del dormitorio me respondió una voz, que parecía un hipo: “¡Perdón, taita! ¡Nada tocado, taita! ¡No me mates, taita!”.

»¿Luego era cierto lo del sueño? Dejé quieto el sable, miré al rincón y vi… ¿A quién cree usted que vi? A mi criado, a mi mozo de confianza, con un puñal enorme en la diestra y arrodillado humildemente, con una humildad de perro, con una humildad tan hipócrita que provocaba acabar con él a puntapiés. “¿Conque eras tú? ¡Lárgate, perro ingrato!”. Esto de *perro ingrato* es una metáfora que me dictó la solemnidad del momento, porque yo no sé que hayan perros ingratos. ¿Usted ha visto alguna vez un perro ingrato? La ingratitud, según los moralistas, la inventó el hombre…

»Y el indio se escabulló en menos tiempo del que yo tardé en echarle. Cerré luego la puerta, la atranqué (desde entonces he adoptado esta sabia costumbre) y me senté en el lecho, meditando sobre lo que acababa de pasarme. ¡Qué suerte la mía! ¡Un hombre debiéndole la vida a una coincidencia, a una casualidad! Porque no creo que la Providencia tenga el mal gusto de intervenir en estas cosas.

»Y habría seguido filosofando si el sueño no se hubiese apoderado nuevamente de mí.

»Y volví a soñar, mejor dicho, reanudé mi primer sueño. Es en esta segunda parte donde voy a dejar establecida la verdad de mi tesis, que podría titular: “De la bondad indiferente y de la soberbia inconmensurable de un piojo”. De un piojo como el que acaba usted de quitar cobardemente de la espalda de la señora Linares y al que yo, desde el balcón de mi indiferencia, había estado contemplando cómo paseaba su audacia sobre el envanecimiento de una tela insolentemente dichosa.

—Era mi deber. Y mi mayor remordimiento es el no haberlo sabido cumplir en silencio, sin llamar la atención de nadie.

—¿De veras?… No; lo hizo usted por envidia al piojo. Confiéselo. ¡Cuánto no habría usted dado por ser en ese momento el piojo de la señora Linares! Se lo adiviné en los ojos.

—No tanto; hubiera preferido ser pulga.

—Usted por comedimiento, o voluptuosidad, se apresuró a cumplir un deber, si es que deber puede llamarse a eso, en la peor forma que un hombre puede cumplirlo: interrumpiendo una conversación y sacrificando una vida. ¡Y de qué modo! Si hubiera hecho usted estallar a la víctima entre las uñas de sus pulgares disimuladamente… ¡pero con el pie!… No se lo perdono nunca. Una muerte baja, vil, indigna de la estirpe del más digno camarada del hombre. Así sólo se mata a las chinches, a las arañas, a las cucarachas, a las pulgas. Y podría también matarse a ciertos hombres. ¡Pero al piojo! Yo estimo mucho al piojo desde la noche aquella en que le perdoné la vida a mi criado. ¿Y sabe usted por qué? Porque él fue el insecto de mi sueño; él fue quien, desde un rincón de mi oído, movido por no sé qué fuerza misteriosa y sugestiva, me dio la voz de alarma. Tal vez si el piojo tiene en el hombre la misma misión que cierta mosca parásita de la paloma: presentir el peligro y

avisarlo. Por eso, cuando volví a soñar esa noche, lo que al principio había sido un insecto sexquipedálico, aterrador y manso al mismo tiempo, de manchas grises en el dorso, de forma ojival, como una tiara invertida, orlado de ganchos agudos y vellosos, fue después el simple animalito, racionalmente humano, que todos conocemos. Porque no hay ser que se parezca más al hombre que el piojo. Moralmente, se entiende. Tiene toda la bellaquería, toda la astucia, todo el egoísmo, toda la soberbia del hombre. En lo único que se diferencian es en que el piojo no tiene nervios ni vicios. Un piojo es impasible. Y es una virtud en seis patas. Ante el peligro ni se conmueve, ni huye; se deja matar tranquilamente, desdeñosamente. Si los piojos se hicieran la guerra y tuvieran historiadores las fuentes de la heroicidad quedarían agotadas.

»Y es lo que me decía el piojo de mi historia la segunda vez que volví a soñar esa noche: "Ustedes son muy cobardes y muy ingratos también. Después del peligro que acabas de pasar has estado pensando en que le debes la vida a la casualidad. No, es a mí a quien se la debes. Sentí ruido en la puerta mientras dormías, vi a un mal hombre que entraba con un puñal en la mano y con una mala intención en las entrañas, y te desperté dándote un fuerte hincón en la nuca. Entre morir tú y tener que irme yo en busca de otro hombre para vivir, opté por que vivieras. Pero a mí no me importa que no me lo agradezcas. El agradecimiento está bueno para los hombres, para los perros. Un piojo no sabe ni quiere saber de estas cosas. Aliméntate bien, no te envenenes la sangre, no te bañes, no te mudes, no asees el lecho, no barras las habitaciones, no te peines, es todo lo que me interesa. Sobre todo, desprecia el peine. El peine es traidor: en sus garras tiene humores que emponzoñan. El peine es, además, bajo, servil, lacayuno; se deja coger por todas las manos y se desliza indistintamente por entre todos los cabellos, desde el más rubio hasta el más negro, desde el más crespo hasta el más lacio, sin protestar, mientras el muy pícaro se va llevando mañosamente el mismo pelo que acaricia. ¡Es un hipócrita! Se parece mucho a las chinches, esas bestiezuelas que durante el día duermen, duermen y duermen, apretadas en racimos nauseabundos, y en la noche salen taimadamente a hacer su ración de hombre para volverse, hidrópicas, a sus hediondas madrigueras. Un piojo no es así; es franco en el ataque; pica cuando debe picar y ama siempre la altura. Por eso vive y duerme de preferencia en la cabeza del hombre y sabe todo lo que el hombre piensa. Y prefiere también las serranías y no desdeña la miseria del pobre. En la costa, frente al mar, entre las novedades y melindres de la higiene, un buen piojo, un piojo honesto, no puede vivir. ¡Y lo que vale para él un indio!… Un piojo es carne de indio. En cambio odia a la pulga. La pulga es el animal más impertinente de la creación. Tan luego como siente la mano del hombre corre, salta, tiembla, llora y es capaz de revolucionar una casa y hasta de ocasionar un incendio. ¡Qué animal tan bestia! Bien ha hecho Dios en darle las patas que tiene. ¿Y dónde me deja usted al pique? Éste es otra pulguilla rastrera. Se goza en infiltrarse entre las uñas de los pies del hombre. El gusto más indecente que yo conozco. ¡Puah! El piojo no es, pues, señor don Melchor,

ni hipócrita y hediondo como la chinche, ni cobarde, ni saltarín e impertinente como la pulga, ni rastrero y sucio como el pique. Un piojo bien educado no huye ante el peligro, ni mendiga la vida, ni ataca a traición, ni desciende a buscar alimento en las pantorrillas del hombre”. Yo hubiese querido responderle a tan soberbio animalillo: “En cambio tú permites que viva dentro de ti ese bicho feroz que engendra el tifus que diezma todos los años a estas poblaciones”. Pero el piojo, que seguramente leyó mi pensamiento, se apresuró a contestarme: “¿Y lo que diezmas tú con el alcohol, la sífilis, el homicidio y la guerra?”.

»Ante tal respuesta no pude menos que ruborizarme, ¡yo, que no sé ruborizarme de nada!, y me desperté. Y como me desperté malhumorado, comencé a rascarme, a rascarme hasta pillarme entre los cabellos un piojo, rubio como un inglés albino, y sereno como un filósofo estoico, que, al verse descubierto y entre las yemas de dos dedos homicidas, pareció decirme cuando le llevé a la altura de mis ojos curiosos: “Ya me ves; soy el que te ha salvado la vida anoche”. Y hasta me pareció que me lo dijo con el mismo tono y el mismo gesto con que los gladiadores romanos le dijeran al César: “Uno que va a morir te saluda”.

Y el viejo concluyó diciendo:

—¿Y sabe usted cómo le demostré mi agradecimiento al piojo? Lo coloqué en la uña del pulgar izquierdo, con el mismo cuidado con que el verdugo de Francia acuesta en la guillotina a los condenados, y con la uña del otro pulgar ¡crac! lo hice estallar tranquilamente, sin remordimiento.

—Fue usted ingrato y cruel.

—¡Bah! Fui todo un hombre, señor mío…

El campeón de la muerte

I

Se había puesto el sol y sobre la impresionante tristeza del pueblo comenzaba a asperjar la noche sus gotas de sombra. Liberato Tucto, en cuclillas a la puerta de su choza, *chacchaba*[*], obstinado en que su coca le dijera qué suerte había corrido su hija, raptada desde hacía un mes por un mozo del pueblo, a pesar de su vigilancia.

Durante esos treinta días su consumo de coca había sobrepasado al de costumbre. Con regularidad matemática, sin necesidad de cronómetro que le precisara el tiempo, cada tres horas, con rabia sorda y lenta, de indio socarrón, y cachazudo, metía la mano al *huallqui*[*], que, inseparable y terciado al cuerpo, parecía ser su fuente de consuelo. Sacaba la hoja sagrada a puñaditos, con delicadeza de joyero que recogiera polvo de diamantes, y se la iba embutiendo y aderezando con la cal de la *shipina*[*], la que entraba y salía rápidamente de la boca como la pala del horno.

Con la cabeza cubierta por un cómico gorro de lana, los ojos semioblicuos y fríos —de frialdad ofídica— los pómulos de prominencia mongólica, la nariz curva, agresiva y husmeadora, la boca tumefacta y repulsiva por el uso inmoderado de la coca, que dejaba en los labios un ribete verdusco y espumoso, y el poncho listado de colores sombríos en el que estaba semienvuelto, el viejo Tucto parecía, más que un hombre de estos tiempos, un ídolo incaico hecho carne.

Y de cada *chacchada* no había obtenido la misma respuesta. Unas veces la coca le había parecido dulce y otras amarga, lo que le tenía desconcertado, indeciso, sin saber qué partido tomar. Por antecedentes de notoriedad pública sabía que Hilario Crispín, el raptor de su hija, era un indio de malas entrañas, gran bebedor de *chacta*[*], ocioso, amigo de malas juntas y seductor de doncellas; un mostrenco[*], como castizamente llaman por estas tierras al hombre desocupado y vagabundo. Y para un indio honrado ésta es la peor de las tachas que puede tener un pretendiente.

¿A dónde habría llevado el muy pícaro a su Faustina? ¿Qué vida estaría haciéndola pasar? ¿O la habría abandonado ya en represalia de la negativa que él, como hombre juicioso, le hiciera al padre de Crispín cuando fue a pedírsela para su hijo?

En estas hondas meditaciones estaba el viejo Tucto el trigésimo día del rapto de la añorada doncella, cuando de entre las sombras de la noche naciente surgió la torva figura de un hombre que, al descargar en su presencia el saco que traía a las espaldas, dijo:

—Viejo, aquí te traigo a tu hija para que no la hagas buscar tanto, ni andes por el pueblo diciendo que un mostrenco se la ha llevado.

Y, sin esperar respuesta, el hombre, que no era otro que Hilario Crispín, desató el

saco y vació de golpe el contenido, un contenido nauseabundo, viscoso, horripilante, sanguinolento, macabro, que, al caer, se esparció por el suelo, despidiendo un olor acre y repulsivo. Aquello era la hija de Tucto descuartizada con prolijidad y paciencia diabólicas, escalofriantes, con un ensañamiento de loco trágico.

Y con sarcasmo diabólico, el indio Crispín, después de sacudir el saco, añadió burlonamente:

—No te dejo el saco porque puede servirme para ti si te atreves a cruzarte en mi camino.

Y le volvió la espalda.

Pero el viejo que, pasada la primera impresión, había logrado impasibilizarse, levantose y con tranquilidad, inexplicable en hombres de otra raza, exclamó:

—Harás bien en llevarte tu saco; será robado y me traería mala suerte. Pero ya que me has traído a mi hija debes dejar algo para las velas del velorio y para atender a los que vengan a acompañarme. ¿No tendrás siquiera un sol?

Crispín, que comprendió también la feroz ironía del viejo, sin volver la cara respondió:

—¿Qué te podrá dar un mostrenco? ¿No quisieras una cuchillada, viejo ladrón?

Y el indio desapareció, rasgando con una interjección flagelante el silencio de la noche…

II

Entre la falda de una montaña y el serpenteo atronador y tormentoso del Marañón yacen sobre el regazo fértil de un valle cien chozas desmedradas, rastreras y revueltas, como cien fichas de dominó sobre un tapete verde. Es Pampamarca. En medio de la vida pastoril y semibárbara de sus moradores, la única distracción que tienen es el tiro al blanco, que les sirve de pretexto para sus grandes bebezones de chicha[*] y *chacta* y para consumir también gran cantidad de cápsulas, a pesar de las dificultades que tienen que vencer para conseguirlas, llevándoles su afición hasta pagar en casos urgentes media libra por una cacerina de máuser. A causa de esto tienen agentes en las principales poblaciones del departamento, encargados de proveerles de munición por todos los medios posibles, los que, conocedores del interés y largueza de sus clientes, explotan el negocio con una desmedida sordidez, multiplicando el valor de la siniestra mercancía y corrompiendo con precios tentadores a la autoridad pública y al gendarme.

Y cuando el agente es moroso o poco solícito, ellos bajan de sus alturas, sin importarles las grandes distancias que tienen que recorrer a pie, y se les ve entonces en Huánuco, andando lentamente, como distraídos, con caras de candor rayanas en la idiotez, penetrando en todas las tiendas, hasta en las boticas, en donde comienzan por preguntar tímidamente por las clásicas cápsulas del 44 y acaban por pedir balas de

todos los sistemas en uso. Se les conoce tanto que, a pesar del cuidado que ponen en pasar inadvertidos, todo el que los ve murmura despectivamente: «*shucuy*[*] del Dos de Mayo», y los comerciantes los reciben con una amabilidad y una sonrisa que podría traducirse en esta frase: «Ya sé lo que quieres, *shucuysito*: munición para alguna diablura».

Es en este caserío, en esta tierra de tiradores —*illapaco jumapa*—, como se les llama en la provincia, donde tuvo la gloria de ver por primera vez el sol Juan Jorge, flor y nata de *illapacos*[*], habiendo llegado a los treinta años con una celebridad que pone los pelos de punta cuando se relatan sus hazañas y hace desfallecer de entusiasmo a las doncellas indias de diez leguas a la redonda. Y viene a aumentar esta celebridad, si cabe, la fama de ser, además, el mozo un eximio guitarrista y un cantor de yaravíes capaz de doblegar el corazón femenino más rebelde. Y también porque no es un *shucuy*, ni un cicatero. Y en cuanto a vestir y calzar, calza y viste como los *mistis*[*], y luce cadena y reloj cuando baja a *los pueblos grandes* a rematar su *negocio* —como dice él mismo—, que consiste en eliminar de este mezquino mundo a algún predestinado al honor de recibir entre los dos ojos una bala suya.

Y no vaya a creerse tampoco que Juan Jorge es un analfabeto, ni un vago, ni un desheredado de la fortuna, ni un torpe a la hora de tratar con las gentes o con las mozas de trapío. Nada de esto; Juan Jorge lee y escribe correctamente, pues fue nada menos que discípulo del maestro Ruiz, maestro de mucha fama, que en cierta ocasión, haciendo uso de sus imprescriptibles derechos de tal, al encontrarse con el antiguo discípulo, díjole:

—Hombre, me han dicho que estás muy dañado; que te has dedicado al triste oficio de matar gente. Cualquier día te van a meter un tiro. Es preciso que te hagas un hombre de bien.

A lo que Jorge contestó:

—Ya lo sé, taita; pero no crea usted que voy a morir a bala; voy a morir *retaceado*. Mi oficio es matar, como podría ser el de hacer zapatos, y yo tengo que seguir matando hasta el fin porque ése es mi destino.

Y el maestro Ruiz, escandalizado de tal respuesta, no volvió a hablarle más del asunto y se alejó pensando en que tal vez eso sería lo mejor que podría ocurrirle a tan extraño asesino.

La fortuna de Jorge consistía en varios terrenos, en cada uno de los cuales tenía colonos, ganado, sembríos y mujer para que le cuidara la casa y le tuviera lista el agua caliente o el *chupe* cuando iba a recoger la cosecha. Razón por la que nuestra sabia ley electoral le había considerado como el primer mayor contribuyente del distrito. Y todo esto, como decía él en sus momentos de sinceridad y orgullo, se lo debía a su trabajo, a su *industria*, a su máuser, hijo de su corazón, que solía besar cada vez que volvía de cumplir su palabra de *illapaco* formal. Y todo conseguido sin mayor riesgo, porque donde ponía el ojo…

III

En lo que Juan Jorge no andaba equivocado, porque su fortuna y bienestar eran fruto de dos factores suyos: el pulso y el ojo. Una insignificancia para otros, pero de la que él había sabido sacar todo el partido posible en una comarca en que cualquier otra industria fracasaría por falta de garantías, medios de transporte y mil razones más.

Para ser más exactos, más veraces, podríamos decir que su posición se la debía también a dos circunstancias: a la suerte de haber nacido en Pampamarca, y a la de haber tenido otro maestro: Ceferino Huaylas, Guillermo Tell de aquellas serranías, que, con sus enseñanzas y su ejemplo, logró hacer de Juan Jorge en poco tiempo el más grande fenómeno de tiro, para gloria y fama de sus paisanos.

Ceferino Huaylas fue el que le confió, después de las infinitas pruebas a que le sometiera, los secretos del tiro y le hizo aprender como una oración las prescripciones que debía observar un buen tirador. De aquí que Juan Jorge a los quince años hiciera cosas sorprendentes con el máuser. Tumbaba a trescientos metros un venado corriendo; agujereaba una peseta a cincuenta pasos; le volaba a una india una flor de la cabeza; asustaba a los de Chupán en las noches de fiesta apagándoles a tiros los faroles de la fachada de la iglesia, y hasta a sus mismos paisanos, haciéndoles volar el *ishcupuro*[*] de la diestra cuando estaban *chacchando*. Y por el estilo, una variedad infinita de pruebas.

El maestro veía con complacencia y orgullo, pues ya estaba viejo, todas estas habilidades de su discípulo, pero sin demostrárselo, por temor de echarle a perder. Por eso cuando Juan Jorge, deseoso de saber cuál era su grado de perfección de *illapaco*, le preguntara una vez:

—Qué te parece, taita Ceferino, anoche apagué todas las linternas de la iglesia de Chupán.

El maestro le contestó displicente:

—Eso no vale nada. Hasta que no le pongas a un hombre una bala en un ojo, cantándolo primero y a dos cuadras, no serás buen *illapaco*.

A lo que Jorge le replicó:

—Pero eso es cosa fácil, taita. Más difícil es lo que hice ahora días; a esa distancia le hice soltar una culebra a un buitre, destrozándole el pico, por apuesta.

Y el maestro, persistiendo en su opinión, añadió:

—No; el hombre a quien se le apunta hace siempre temblar el pulso. A los primeros hombres que yo maté les di a tres o cuatro dedos de la parte en que les apuntaba. Les ponía, por ejemplo, la puntería en la boca, porque así me lo habían pedido, y resultaba dándoles en el ojo o en la nariz. Una vergüenza. Y si aquello hubiera seguido así habría acabado por desacreditarme.

Juan Jorge oía estas cosas con el respeto y admiración de un verdadero discípulo,

sufriendo al separarse del maestro horas de desaliento profundo y torturas de ansiedad de perfección infinita en su arte. Y esto que podría parecer extraño en un indio, no lo era tratándose de Juan Jorge, en cuyo rostro pálido estaban visibles los signos de un mestizaje lejano e intruso, que había venido a ponerle en la sangre atavismos de otra raza, épica y ambiciosa. Y aunque el cruce resultaba un enigma para los indios más viejos del pueblo, así como su nombre, que todo podía ser menos incásico, el hecho estaba ahí, patente, irrecusable, indiscutible…

Pasadas estas horas de crisis, Juan Jorge volvía a empuñar el máuser y a ejercitarse en las más difíciles pruebas que le sugería su imaginación. Su distancia favorita era los doscientos metros, una distancia que había encontrado adecuada para no ser visto el tirador y la más conveniente para el fin que perseguía.

Pasaron así dos años, hasta que un día, cumplidos ya los veinte, tuvo la satisfacción de oírle al viejo Ceferino, después de haberle referido minuciosamente la primera alquilada que tuvo y cómo la realizó:

—Buen tiro, muchacho. Yo no comencé así. ¿Y a qué distancia le pusiste la bala?

—A dos cuadras, maestro. Estaba *chacchando* el *shucuy* y le metí la bala en la boca.

—¿Y no te tembló el pulso?

—Ni el canto de una uña, taita…

—Bien ganados los dos carneros. ¿Y no te trajiste los ojos del *shucuy*?

—No, maestro.

—Malo; pueden perseguirte. Al muerto hay que sacarle los ojos y guardárselos para que no indique a la familia dónde se encuentra el *illapaco*; y la lengua también, para que no avise; y el corazón, para comerlo cuando es de un valiente, porque esto da más valor. No lo olvides, muchacho.

Y en poco tiempo comenzó a crecer la celebridad de Juan Jorge, celebridad que hacía temblar a todos los indios de la provincia y aumentar, al mismo tiempo, su fortuna, haciendo de él a los treinta años un factor imprescindible en toda lucha electoral.

IV

Y fue a este personaje, a esta flor y nata de *illapacos*, a quien el viejo Tucto le mandó su mujer para que contratara la desaparición del indio Hilario Crispín, cuya muerte era indispensable para tranquilidad de su conciencia, satisfacción de los *yayas*[*] y regocijo de su Faustina en la otra vida.

La mujer de Tucto, lo primero que hizo, después de saludar humildemente al terrible *illapaco*, fue sacar un puñado de coca y ofrecérselo con estas palabras:

—Para que endulces tu boca, taita.

—Gracias, abuela; siéntate.

Juan Jorge aceptó la coca y se puso a *chacchar* lentamente, con la mirada divagante, como embargado por un pensamiento misterioso y solemne. Pasado un largo rato, preguntó:

—¿Qué te trae por aquí, Martina?

—Vengo para que me desaparezcas a un hombre malo.

—¡Hum! Tu coca no está muy dulce…

—Tomarás más, taita. Yo la encuentro muy dulce. Y también te traigo *ishcay-realgota*[*].

Y sacando la botella de agua de florida llena de *chacta* se la pasó al *illapaco*.

—Bueno. Beberemos.

Y ambos bebieron un buen trago, paladeándole con una fruición más fingida que real.

—¿Quién es el hombre malo y qué ha hecho? Porque tú sabrás que yo no me alquilo sino para matar criminales. Mi máuser es como la vara de la justicia…

—Hilario Crispín, de Patay-Rondos, taita, que ha matado a mi Fausta.

—Lo conozco; buen cholo. Lástima que haya matado a tu hija, porque es un indio valiente y no lo hace mal con la carabina. Su padre tiene terrenos y ganados. ¿Y estás segura de que Crispín es el asesino de tu hija?

—Como de que ayer la enterramos. Es un perro rabioso, un mostrenco.

—¿Y cuánto vas a pagar porque lo mate?

—Hasta dos toros me manda a ofrecerle Liberato.

—No me conviene. Ese cholo vale cuatro toros; ni uno menos.

—Se te darán, taita. También me encarga Liberato de que han de ser diez tiros los que le pongas al mostrenco, y que el último sea el que le despene.

Juan Jorge se levantó bruscamente y exclamó:

—*¡Tatau!*[*] Pides mucho. Pides una cosa que nunca he hecho, ni se ha acostumbrado jamás por aquí.

—Se te pagará, taita. Tiras bien y te será fácil.

Juan Jorge volvió a sentarse, se echó un poco de coca a la boca y después de meditar un gran rato en quién sabe qué cosas, que le hicieron sonreír, dijo:

—Bueno; diez, quince y veinte si quieres. Pero te advierto que cada tiro va a costarle a Liberato un carnero de yapa[*]. Los tiros de máuser están hoy muy escasos y no hay que desperdiciarlos en caprichos. Que pague su capricho Tucto. Además, haciéndole tantos tiros a un hombre, corro el peligro de desacreditarme, de que se rían de mí hasta los escopeteros.

—Se te darán las yapas, taita. De lo demás no tengas cuidado. Yo haré saber que lo has hecho así por encargo.

Juan Jorge se frotó las manos, sonrió, diole una palmadita a la Martina y resolviose a sellar el pacto con estas palabras:

—De aquí a mañana haré averiguar con mis agentes si es verdad que Hilario Crispín es el asesino de tu hija, y si así fuera, mandaré por el ganado como señal de

que acepto el compromiso.

V

Cuatro días después comenzó la persecución de Hilario Crispín. Jorge y Tucto se metieron en una aventura preñada de dificultades y peligros, en que había que marchar lentamente, con precauciones infinitas, ascendiendo por despeñaderos horripilantes, cruzando sendas inverosímiles, permaneciendo ocultos entre las rocas horas enteras, descansando en cuevas húmedas y sombrías, evitando encuentros sospechosos, esperando la noche para proveerse de agua en los manantiales y quebradas. Una verdadera cacería épica, en la que el uno dormía mientras el otro avizoraba, lista la carabina para disparar. Peor que si se tratara de cazar a un tigre.

Y el *illapaco*, que a previsor no le ganaba ya ni su maestro Ceferino, había preparado el máuser, la víspera de la partida, con un esmero y una habilidad irreprochables. Porque Juan Jorge, fuera de saber el peligro que corría si llegaba a descuidarse y ponerse a tiro del indio Crispín, feroz y astuto, estaba obsedido por una preocupación, que sólo por orgullo se había atrevido a arrostrarla: tenía una superstición suya, enteramente suya, según la cual un *illapaco* corre gran riesgo cuando va a matar a un hombre que completa cifra impar en la lista de sus víctimas. Lo que no pasa con los de la cifra par. Tal vez por eso siempre la primera víctima hace temblar el pulso más que las otras, como decía el maestro Ceferino. Y Crispín, según su cuenta, iba a ser el número sesentainueve. Esta superstición la debía a que en tres o cuatro ocasiones había estado a punto de perecer a manos de sus victimados, precisamente al añadir una cifra impar a la cuenta.

Por esta razón sólo se aventuraba en los desfiladeros después de otear largamente todos los accidentes del terreno, todas las peñas y recovecos, todo aquello que pudiera servir para una emboscada.

Así pasaron tres días. En la mañana del cuarto, Juan Jorge, que ya se iba impacientando y cuya inquietud aumentaba a medida que transcurría el tiempo, dijo, mientras descansaba a la sombra de un peñasco:

—Creo que el cholo ha tirado largo, o estará metido en alguna cueva, de donde sólo saldrá de noche.

—El mostrenco está por aquí, taita. En esta quebrada se refugian todos los asesinos y ladrones que persigue la fuerza. *Cunce* Maille estuvo aquí un año y se burló de todos los gendarmes que lo persiguieron.

—Peor entonces. No vamos a encontrar a Crispín ni en un mes.

—No será así, taita. Los que persiguen no saben buscar; pasan y pasan y el perseguido está viéndoles pasar. Hay que tener mucha paciencia. Aquí estamos en buen sitio y te juro que no pasará el día sin que aparezca el mostrenco por la quebrada, o salga de alguna cueva de las que ves al frente. El hambre o la sed le

harán salir. Esperemos quietos.

Y tuvo razón Tucto al decir que Crispín no andaba lejos, pues a poco de callarse, del fondo de la quebrada surgió un hombre con la carabina en la diestra, mirando a todas partes recelosamente y tirando de un carnero, que se obstinaba en no querer andar.

—Lo ves, taita —dijo levemente el viejo Tucto, que durante toda la mañana no había apartado los ojos de la quebrada—. Es Crispín. Cuando yo te decía… Apúntale, apúntale; asegúralo bien.

Al ver Juan Jorge a su presa se le enrojecieron los ojos, se le inflaron las narices, como al llama cuando husmea cara al viento, y lanzó un hondo suspiro de satisfacción. Revisó en seguida el máuser y después de apreciar rápidamente la distancia, contestó:

—Ya lo vi; se conoce que tiene hambre, de otra manera no se habría aventurado a salir de día de su cueva. Pero no voy a dispararle desde aquí; apenas habrán unos ciento cincuenta metros y tendría que variar todos mis cálculos. Retrocedamos.

—¡Taita, que se te va a escapar!…

—¡No seas bruto! Si nos viera, más tardaría él en echar a correr que yo en meterle una bala. Ya tengo el corazón tranquilo y el pulso firme.

Y ambos, arrastrándose felinamente y con increíble rapidez, fueron a parapetarse tras una blanca peñolería que semejaba una reventazón de olas.

—Aquí estamos bien —murmuró Juan Jorge—. Doscientos metros justos; lo podría jurar.

Y, después de quitar el seguro y levantar el librillo, se tendió con toda la corrección de un tirador de ejército que se prepara a disputar un campeonato, al mismo tiempo que musitaba:

—¡Atención, viejito! Ésta en la mano derecha para que no vuelva a disparar más. ¿Te parece bien?

—Sí, taita, pero no olvides que son diez tiros los que tienes que *ponerle*. No vayas a matarlo todavía.

Sonó un disparo y la carabina voló por el aire y el indio Crispín dio un rugido y un salto tigresco, sacudiendo furiosamente la diestra. En seguida miró a todas partes, como queriendo descubrir de dónde había partido el disparo, recogió con la otra mano el arma y echó a correr en dirección a unas peñas; pero no habría avanzado diez pasos cuando un segundo tiro le hizo caer y rodar al punto de partida.

—Ésta ha sido en la pierna derecha —dijo sonriendo el feroz *illapaco*—, para que no pueda escapar, veo que completaré con felicidad mi *sesentinueve*.

Y volvió a encararse el arma y un tercer disparo fue a romperle al infeliz la otra pierna. El indio trató de incorporarse, pero solamente logró ponerse de rodillas. En esta actitud levantó las manos al cielo, como demandando piedad, y después cayó de espaldas, convulsivo, estertorante, hasta quedarse inmóvil.

—¡Lo has muerto, taita!

—No, hombre. Yo sé dónde apunto. Está más vivo que nosotros. Se hace el muerto por ver si lo dejamos allí, o cometemos la tontería de ir a verlo, para aprovecharse él del momento y meternos una puñalada. Así me engañó una vez José Illatopa y casi me vacía el vientre. Esperemos que se mueva.

Y Juan Jorge encendió un cigarro y se puso a fumar, observando con interés las espirales del humo.

—¿Te fijas, viejo? El humo sube derecho; buena suerte.

—Va a verte Crispín, taita; no fumes.

—No importa. Ya está al habla con mi máuser.

El herido, que al parecer había simulado la muerte, juzgando tal vez que había transcurrido ya el tiempo suficiente para que el asesino lo hubiera abandonado, o quizás por no poder ya soportar los dolores que, seguramente, estaba padeciendo, se volteó y comenzó a arrastrarse en dirección a una cueva que distaría unos cincuenta pasos.

Juan volvió a sonreír y volvió a apuntar, diciendo:

—A la mano izquierda…

Y así fue: la mano izquierda quedó destrozada. El indio, descubierto en su juego, aterrorizado por la certeza y ferocidad con que le iban hiriendo, convencido de que su victimador no podía ser otro que el *illapaco* de Pampamarca, ante cuyo máuser no había salvación posible, lo arriesgó todo y comenzó a pedir socorro a grandes voces y a maldecir a su asesino.

Pero Juan Jorge, que había estado siguiendo con el fusil encarado todos los movimientos del indio, aprovechando del momento en que éste quedara de perfil, disparó el quinto tiro, no sin haber dicho antes:

—Para que calles…

El indio calló inmediatamente, como por ensalmo, llevándose a la boca las manos semimutiladas y sangrientas. El tiro le había destrozado la mandíbula inferior. Y así fue hiriéndole el terrible *illapaco* en otras partes del cuerpo, hasta que la décima bala, penetrándole por el oído, le destrozó el cráneo.

Había tardado una hora en este satánico ejercicio; una hora de horror, de ferocidad siniestra, de refinamiento inquisitorial, que el viejo Tucto saboreó con fruición y que fue para Juan Jorge la hazaña más grande de su vida de campeón de la muerte.

En seguida descendieron ambos hasta donde yacía destrozado por diez balas, como un andrajo humano, el infeliz Crispín. Tucto le volvió boca arriba de un puntapié, desenvainó su cuchillo y diestramente le sacó los ojos.

—Éstos —dijo, guardando los ojos en el *huallqui*— para que no me persigan; y ésta —dándole una feroz tarascada a la lengua— para que no avise.

—Y para mí el corazón —añadió Juan Jorge—. Sácalo bien. Quiero comérmelo porque es de un cholo muy valiente.

Ushanan-jampi

La plaza de Chupán hervía de gente. El pueblo entero, ávido de curiosidad, se había congregado en ella desde las primeras horas de la mañana, en espera del gran acto de justicia a que se le había convocado la víspera, solemnemente.

Se habían suspendido todos los quehaceres particulares y todos los servicios públicos. Allí estaba el jornalero, poncho al hombro, sonriendo, con sonrisa idiota, ante las frases intencionadas de los corros; el pastor greñudo, de pantorrillas bronceadas y musculosas, serpenteadas de venas, como lianas en torno de un tronco; el viejo silencioso y taimado, mascador de coca sempiterno; la mozuela tímida y pulcra, de pies limpios y bruñidos como acero pavonado, y uñas desconchadas y roídas y faldas negras y esponjosas como repollo; la vieja regañona, haciendo perinolear al aire el huso mientras barbotea un rosario interminable de conjuros; y el chiquillo, con su clásico sombrero de falda gacha y copa cónica —sombrero de payaso— tiritando al abrigo de un ilusorio ponchito, que apenas le llega al vértice de los codos.

Y por entre esa multitud, los perros, unos perros color de ámbar sucio, hoscos, héticos, de cabezas angulosas y largas como cajas de violín, costillas transparentes, pelos hirsutos, miradas de lobo, cola de zorro y patas largas, nervudas y nudosas —verdaderas patas de arácnido— yendo y viniendo incesantemente, olfateando a las gentes con descaro, interrogándoles con miradas de ferocidad contenida, lanzando ladridos impacientes, de bestias que reclamaran su pitanza.

Se trataba de hacerle justicia a un agraviado de la comunidad, a quien uno de sus miembros, Conce Maille, ladrón incorregible, le había robado días antes una vaca. Un delito que había alarmado a todos profundamente, no tanto por el hecho en sí cuanto por la circunstancia de ser la tercera vez que un mismo individuo cometía igual crimen. Algo inaudito en la comunidad. Aquello significaba un reto, una burla a la justicia severa e inflexible de los *yayas*, merecedora de un castigo pronto y ejemplar.

Al pleno sol, frente a la casa comunal y en torno de una mesa rústica y maciza, con macicez de mueble incaico, el gran consejo de los *yayas*, constituido en tribunal, presidía el acto solemne, impasible, impenetrable, sin más señales de vida que el movimiento acompasado y leve de las bocas *chacchadoras*, que parecían tascar un freno invisible.

De pronto los *yayas* dejaron de *chacchar*, arrojaron de un escupitajo la papilla verdusca de la masticación, limpiáronse en un pase de manos las bocas espumosas y el viejo Marcos Huacachino, que presidía el consejo, exclamó:

—Ya hemos *chacchado* bastante. La coca nos aconsejará en el momento de la justicia. Ahora bebamos para hacerlo mejor.

Y todos, servidos por un *decurión*[*], fueron vaciando a grandes tragos un enorme vaso de *chacta*.

—Que traigan a *Cunce* Maille —ordenó Huacachino una vez que todos terminaron de beber.

Y, repentinamente, maniatado y conducido por cuatro mozos corpulentos, apareció ante el tribunal un indio de edad incalculable, alto, fornido, ceñudo, y que parecía desdeñar las injurias y amenazas de la muchedumbre. En esa actitud, con la ropa ensangrentada y desgarrada por las manos de sus perseguidores y las dentelladas de los perros ganaderos, el indio más parecía la estatua de la rebeldía que la del abatimiento. Era tal la regularidad de sus facciones de indio puro, la gallardía de su cuerpo, la altivez de su mirada, su porte señorial, que, a pesar de sus ojos sanguinolentos, fluía de su persona una gran simpatía, la simpatía que despiertan los hombres que poseen la hermosura y la fuerza.

—¡Suéltenlo! —exclamó la misma voz que había ordenado traerlo.

Una vez libre Maille, se cruzó de brazos, irguió la desnuda y revuelta cabeza, desparramó sobre el consejo una mirada sutilmente desdeñosa y esperó.

—José Ponciano te acusa de que el miércoles pasado le robaste un vaca *mulinera* y que has ido a vendérsela a los de Obas. ¿Tú qué dices?

—¡Verdad! Pero Ponciano me robó el año pasado un toro. Estamos pagados.

—¿Por qué entonces no te quejaste?

—Porque yo no necesito de que nadie me haga justicia. Yo mismo sé hacérmela.

—Los *yayas* no consentimos que aquí nadie se haga justicia. El que se la hace pierde su derecho.

Ponciano, al verse aludido, intervino:

—Maille está mintiendo, taita. El toro que dice que yo le robé se lo compré a Natividad Huaylas. Que lo diga; está presente.

—Verdad, taita —contestó un indio, adelantándose hasta la mesa del consejo.

—¡Perro! —gritó Maille, encarándose ferozmente a Huaylas—. Tan ladrón tú como Ponciano. Todo lo que tú vendes es robado. Aquí todos se roban.

Ante tal imputación, los *yayas*, que al parecer dormitaban, hicieron un movimiento de impaciencia al mismo tiempo que muchos individuos del pueblo levantaban sus garrotes en son de protesta y los blandían gruñendo rabiosamente. Pero el jefe del tribunal, más inalterable que nunca, después de imponer silencio con gesto imperioso dijo:

—*Cunce* Maille, has dicho una brutalidad que ha ofendido a todos. Podríamos castigarte entregándote a la justicia del pueblo, pero sería abusar de nuestro poder.

Y dirigiéndose al agraviado José Ponciano, que, desde uno de los extremos de la mesa, miraba torvamente a Maille, añadió:

—¿En cuánto estimas tu vaca, Ponciano?

—Treinta soles, taita. Estaba para parir, taita.

En vista de esta respuesta, el presidente se dirigió al público en esta forma:

—¿Quién conoce la vaca de Ponciano? ¿Cuánto podrá costar la vaca de Ponciano?

Muchas voces contestaron a un tiempo que la conocían y que podría costar realmente los treinta soles que le había fijado su dueño.

—¿Has oído, Maille? —dijo el presidente al aludido.

—He oído, pero no tengo dinero para pagar.

—Tienes ganados, tienes tierras, tienes casas. Se te embargará uno de tus ganados y, como tú no puedes seguir aquí porque es la tercera vez que compareces ante nosotros por ladrón, saldrás de Chupán inmediatamente y para siempre. La primera vez te aconsejamos lo que debías hacer para que te enmendaras y volvieras a ser hombre de bien. No has querido. Te burlaste del *yaachishum*[*]. La segunda vez tratamos de ponerte a bien con Felipe Tacuche, a quien le robaste diez carneros. Tampoco hiciste caso del *alli-achishum*[*], pues no has querido reconciliarte con tu agraviado y vives amenazándole constantemente… Hoy le ha tocado a Ponciano ser el perjudicado y mañana quién sabe a quién le tocará. Eres un peligro para todos. Ha llegado el momento de botarte y aplicarte el *jitarishum*[*]. Vas a irte para no volver más. Si vuelves ya sabes lo que te espera: te cogemos y te aplicamos *ushanan-jampi*[*]. ¿Has oído bien, *Cunce* Maille?

Maille se encogió de hombros, miró al tribunal con indiferencia, echó mano al *huallqui*, que por milagro había conservado en la persecución, y sacando un poco de coca se puso a *chacchar* lentamente.

El presidente de los *yayas*, que tampoco se inmutó por esta especie de desafío del acusado, dirigiéndose a sus colegas, volvió a decir:

—Compañeros, este hombre que está delante de nosotros es *Cunce* Maille, acusado por tercera vez de robo en nuestra comunidad. El robo es notorio; no lo ha desmentido, no ha probado su inocencia. ¿Qué debemos hacer con él?

—Botarlo de aquí; aplicarle el *jitarishum* —contestaron a una voz los *yayas*, volviendo a quedar mudos e impasibles.

—¿Has oído, Maille? Hemos procurado hacerte un hombre de bien, pero no lo has querido. Caiga sobre ti el *jitarishum*.

Después, levantándose y dirigiéndose al pueblo, añadió con voz solemne y más alta que la empleada hasta entonces:

—Este hombre que ven aquí es *Cunce* Maille, a quien vamos a botar de la comunidad por ladrón. Si alguna vez se atreve a volver a nuestras tierras, cualquiera de los presentes podrá matarle. No lo olviden. *Decuriones*, cojan a ese hombre y sígannos.

Y los *yayas*, seguidos del acusado y de la muchedumbre, abandonaron la plaza, atravesaron el pueblo y comenzaron a descender por una escarpada senda, en medio de un imponente silencio, turbado sólo por el tableteo de los *shucuyes*. Aquello era una procesión de mudos bajo un nimbo de recogimiento. Hasta los perros, momentos antes inquietos, bulliciosos, marchaban en silencio, gachas las orejas y las colas, como percatados de la solemnidad del acto.

Después de un cuarto de hora de marcha por senderos abruptos, sembrados de

piedras y cactus tentaculares, y amenazadores como pulpos rabiosos —senderos de pastores y cabras— el jefe de los *yayas* levantó su vara de alcalde, adornada de cintajos multicolores y flores de plata de manufactura infantil, y la extraña procesión se detuvo al borde del riachuelo que separa las tierras de Chupán y las de Obas.

—¡Suelten a ese hombre! —exclamó el *yaya* de la vara.

Y dirigiéndose al reo:

—*Cunce* Maille: desde este momento tus pies no pueden seguir pisando nuestras tierras porque nuestros *jircas* se enojarían y su enojo causaría la pérdida de las cosechas, y se secarían las quebradas y vendría la peste. Pasa el río y aléjate para siempre de aquí.

Maille volvió la cara hacia la multitud que con gesto de asco e indignación, más fingido que real, acababa de acompañar las palabras sentenciosas del *yaya*, y después de lanzar al suelo un escupitajo enormemente despreciativo, con ese desprecio que sólo el rostro de un indio es capaz de expresar, exclamó:

—*¡Ysmayta-micuy!*[*]

Y de cuatro saltos salvó las aguas del Chillán y desapareció entre los matorrales de la banda opuesta, mientras los perros, alarmados de ver a un hombre que huía y excitados por el largo silencio, se desquitaban ladrando furiosamente, sin atreverse a penetrar en las cristalinas y bulliciosas aguas del riachuelo.

Si para cualquier hombre la expulsión es una afrenta, para un indio, y un indio como *Cunce* Maille, la expulsión de la comunidad significa todas las afrentas posibles, el resumen de todos los dolores frente a la pérdida de todos los bienes: la choza, la tierra, el ganado, el *jirca* y la familia. Sobre todo, la choza.

El *jitarishum* es la muerte civil del condenado, una muerte de la que jamás se vuelve a la rehabilitación; que condena al indio al ostracismo perpetuo y parece marcarle con un signo que le cierra para siempre las puertas de la comunidad. Se le deja solamente la vida para que vague con ella a cuestas por quebradas, cerros, punas y bosques, o para que baje a vivir en las ciudades bajo la férula del *misti*, lo que para un indio altivo y amante de las alturas es un suplicio y una vergüenza.

Y Conce Maille, dada su naturaleza rebelde y combativa, jamás podría resignarse a la expulsión que acababa de sufrir. Sobre todo, había dos fuerzas que le atraían constantemente a la tierra perdida: su madre y su choza. ¿Qué iba a ser de su madre sin él? Este pensamiento le irritaba y le hacía concebir los más inauditos proyectos. Y exaltado por los recuerdos, nostálgico y cargado su corazón de odio como una nube de electricidad, harto en pocos días de la vida de azar y merodeo que se le obligaba a llevar, volvió a repasar, en las postrimerías de una noche, el mismo riachuelo que un mes antes cruzara a pleno sol, bajo el silencio de una poblada hostil y los ladridos de una jauría famélica y feroz.

A pesar de su valentía, comprobada cien veces, Maille, al pisar la tierra prohibida, sintió como una mano que le apretara el corazón, y tuvo miedo. ¿Miedo de qué? ¿De la muerte? Pero ¿qué podría importarle la muerte a él, acostumbrado a jugarse la vida

por nada? ¿Y no tenía para eso su carabina y sus cien tiros? Lo suficiente para batirse con Chupán entero y escapar cuando se le antojara.

Y el indio, con el arma preparada, avanzó cauteloso, auscultando todos los ruidos, oteando los matorrales, por la misma senda de los despeñaderos y de los cactus tentaculares y amenazadores como pulpos, especie de vía crucis, por donde solamente se atrevían a bajar, pero nunca a subir, los chupanes, por estar reservada para los grandes momentos de su feroz justicia. Aquello era como la roca Tarpeya[*] del pueblo.

Maille salvó todas las dificultades de la ascensión y, una vez en el pueblo, se detuvo frente a una casucha y lanzó un grito breve y gutural, lúgubre, como el gruñido de un cerdo dentro de un cántaro. La puerta se abrió y dos brazos se enroscaron al cuello del proscrito, al mismo tiempo que una voz decía:

—Entra, *guagua-yau*[*], entra. Hace muchas noches que tu madre no duerme esperándote. ¿Te habrán visto?

Maille, por toda respuesta, se encogió de hombros y entró.

Pero el gran consejo de los *yayas*, sabedor por experiencia propia de lo que el indio ama su hogar, del gran dolor que siente cuando se ve obligado a vivir fuera de él, de la rabia con que se adhiere a todo lo suyo, hasta el punto de morirse de tristeza cuando le falta poder para recuperarlo pensaba: «Maille volverá cualquier noche de éstas; Maille es audaz, no nos teme, nos desprecia, y cuando él sienta el deseo de *chacchar* bajo su techo y al lado de la vieja Nastasia, no habrá nada que lo detenga».

Y los *yayas* pensaban bien. La choza sería la trampa en que habría de caer alguna vez el condenado. Y resolvieron vigilarla día y noche por turno, con disimulo y tenacidad verdaderamente indios.

Por eso aquella noche, apenas Conce Maille penetró en su casa, un espía corrió a comunicar la noticia al jefe de los *yayas*.

—*Cunce* Maille ha entrado a su casa, taita. Nastasia le ha abierto la puerta —exclamó palpitante, emocionado, estremecido aún por el temor, con la cara de un perro que viera a un león de repente.

—¿Estás seguro, Santos?

—Sí, taita. Nastasia lo abrazó. ¿A quién podría abrazar la vieja Nastasia, taita? Es *Cunce*…

—¿Está armado?

—Con carabina, taita. Si vamos a sacarlo, iremos todos armados. *Cunce* es malo y tira bien.

Y la noticia se esparció por el pueblo eléctricamente… «¡Ha llegado *Cunce* Maille! ¡Ha llegado *Cunce* Maille!», era la frase que repetían todos estremeciéndose. Inmediatamente se formaron grupos. Los hombres sacaron a relucir sus grandes garrotes —los garrotes de los momentos trágicos—; las mujeres, en cuclillas, comenzaron a formar ruedas frente a la puerta de sus casas, y los perros, inquietos, sacudidos por el instinto, a llamarse y a dialogar a la distancia.

—¿Oyes, *Cunce*? —murmuró la vieja Nastasia, que, recelosa y con el oído pegado a la puerta, no perdía el menor ruido, mientras aquél, sentado sobre un banco, *chacchaba* impasible, como olvidado de las cosas del mundo—. Siento pasos que se acercan, y los perros se están preguntando quién ha venido de fuera. ¿No oyes? Te habrán visto. ¡Para qué habrás venido aquí, *guagua-yau*!

Conce hizo un gesto desdeñoso y se limitó a decir:

—Ya te he visto, mi vieja, y me he dado el gusto de saborear una *chaccha* en mi casa. Voime ya. Volveré otro día.

Y el indio, levantándose y fingiendo una brusquedad que no sentía, esquivó el abrazo de su madre y, sin volverse, abrió la puerta, asomó la cabeza al ras del suelo y atisbó. Ni ruidos, ni bultos sospechosos; sólo una leve y rosada claridad comenzaba a teñir la cumbre de los cerros.

Pero Maille era demasiado receloso y astuto, como buen indio, para fiarse de ese silencio. Ordenole a su madre pasar a la otra habitación y tenderse boca abajo, dio en seguida un paso atrás para tomar impulso, y de un gran salto al sesgo salvó la puerta y echó a correr como una exhalación. Sonó una descarga y una lluvia de plomo acribilló la puerta de la choza, al mismo tiempo que innumerables grupos de indios, armados de todas armas, aparecían por todas partes gritando:

—¡Muera *Cunce* Maille! *¡Ushanan-jampi! ¡Ushanan-jampi!*

Maille apenas logró correr unos cien pasos, pues otra descarga, que recibió de frente, le obligó a retroceder y escalar de cuatro saltos felinos el aislado campanario de la iglesia, desde donde, resuelto y feroz, empezó a disparar certeramente sobre los primeros que intentaron alcanzarle.

Entonces comenzó algo jamás visto por esos hombres rudos y acostumbrados a todos los horrores y ferocidades; algo que, iniciado con un reto, llevaba trazas de acabar en una heroicidad monstruosa, épica, digna de la grandeza de un canto.

A cada diez tiros de los sitiadores, tiros inútiles, de rifles anticuados, de escopetas inválidas, hechos por manos temblorosas, el sitiado respondía con uno invariablemente certero, que arrancaba un lamento y cien alaridos. A las dos horas había puesto fuera de combate a una docena de asaltantes, entre ellos a un *yaya*, lo que había enfurecido al pueblo entero.

—¡Tomen, perros! —gritaba Maille a cada indio que derribaba—. Antes de que me cojan mataré cincuenta. *Cunce* Maille vale cincuenta perros chupanes. ¿Dónde está Marcos Huacachino? ¿Quiere un poquito de cal para su boca con esta *shipina*?

Y la *shipina* era el cañón del arma, que, amenazadora y mortífera, apuntaba en todo sentido.

Ante tanto horror, que parecía no tener término, los *yayas*, después de larga deliberación, resolvieron tratar con el rebelde. El comisionado debería comenzar por ofrecerle todo, hasta la vida, que, una vez abajo y entre ellos, ya se vería cómo eludir la palabra empeñada. Para esto era necesario un hombre animoso y astuto como Maille, y de palabra capaz de convencer al más desconfiado.

Alguien señaló a José Facundo. «Verdad —exclamaron los demás—. Facundo engaña al zorro cuando quiere y hace bailar al *jirca* más furioso».

Y Facundo, después de aceptar tranquilamente la honrosa comisión, recostó su escopeta en la tapia en que estaba parapetado, sentose, sacó un puñado de coca, y se puso a *catipar*[*] religiosamente por espacio de diez minutos largos. Hecha la *catipa* y satisfecho del sabor de la coca, saltó la tapia y emprendió una vertiginosa carrera, llena de saltos y zigzags, en dirección al campanario, gritando:

—¡Amigo *Cunce*!, ¡amigo *Cunce*!, Facundo quiere hablarte.

Conce Maille le dejó llegar, y una vez que le vio sentarse en el primer escalón de la gradería, le preguntó:

—¿Qué quieres, Facundo?

—Pedirte que bajes y te vayas.

—¿Quién te manda?

—*Yayas*.

—*Yayas* son unos *supaypa-huachasgan*[*] que cuando huelen sangre quieren beberla. ¿No querrán beber la mía?

—No, *yayas* me encargan decirte que si quieres te abrazarán y beberán contigo un trago de *chacta* en el mismo jarro y te dejarán salir con la condición de que no vuelvas más.

—Han querido matarme.

—Ellos no; *ushanan-jampi*, nuestra ley. *Ushanan-jampi* igual para todos, pero se olvidará esta vez para ti. Están asombrados de tu valentía. Han preguntado a nuestro gran *jirca-yayag* y él ha dicho que no te toquen. También han *catipado* y la coca les ha dicho lo mismo. Están pesarosos.

Conce Maille vaciló, pero comprendiendo que la situación en que se encontraba no podía continuar indefinidamente, que, al fin, llegaría el instante en que habría de agotársele la munición y vendría el hambre, acabó por decir, al mismo tiempo que bajaba:

—No quiero abrazos ni *chacta*. Que vengan aquí todos los *yayas* desarmados y, a veinte pasos de distancia, juren por nuestro *jirca* que me dejarán partir sin molestarme.

Lo que pedía Maille era una enormidad, una enormidad que Facundo no podía prometer, no sólo porque no estaba autorizado para ello, sino porque ante el poder del *ushanan-jampi* no había juramento posible.

Facundo vaciló también, pero su vacilación fue cosa de un instante. Y, después de reír con gesto de perro a quien le hubiesen pisado la cola, replicó:

—He venido a ofrecerte lo que pidas. Eres como mi hermano y yo le ofrezco lo que quiera a mi hermano.

Y, abriendo los brazos, añadió:

—*Cunce*, ¿no habrá para tu hermano Facundo un abrazo? Yo no soy *yaya*. Quiero tener el orgullo de decirle mañana a todo Chupán que me he abrazado con un valiente

como tú.

Maille desarrugó el ceño, sonrió ante la frase aduladora y, dejando su carabina a un lado, se precipitó en los brazos de Facundo. El choque fue terrible. En vez de un estrechón efusivo y breve, lo que sintió Maille fue el enroscamiento de dos brazos musculosos, que amenazaban ahogarle. Maille comprendió instantáneamente el lazo que se le había tendido y, rápido como el tigre, estrechó más fuerte a su adversario, levantole en peso e intentó escalar con él el campanario. Pero al poner el pie en el primer escalón, Facundo, que no había perdido la serenidad, con un brusco movimiento de riñones hizo perder a Maille el equilibrio, y ambos rodaron por el suelo, escupiéndose injurias y amenazas. Después de un violento forcejeo, en que los huesos crujían y los pechos jadeaban, Maille logró quedar encima de su contendor.

—¡Perro!, más perro que los *yayas* —exclamó Maille, trémulo de ira—; te voy a *retacear* allá arriba, después de comerte la lengua.

Facundo cerró los ojos y se limitó a gritar rabiosamente:

—¡Ya está!, ¡ya está!, ¡ya está! *¡Ushanan-jampi!*

—¡Calla, traidor! —volvió a rugir Maille, dándole un puñetazo feroz en la boca, y cogiendo a Facundo por la garganta se la apretó tan rudamente que le hizo saltar la lengua, una lengua lívida, viscosa, enorme, vibrante como la cola de un pez cogido por la cabeza, a la vez que entornaba los ojos y una gran conmoción se deslizaba por su cuerpo como una onda.

Maille sonrió satánicamente; desenvainó el cuchillo, cortó de un tajo la lengua de su víctima y se levantó con intención de volver al campanario. Pero los sitiadores que, aprovechando el tiempo que había durado la lucha, lo habían estrechamente rodeado, se lo impidieron. Un garrotazo en la cabeza lo aturdió; una puñalada en la espalda lo hizo tambalear; una pedrada en el pecho obligole a soltar el cuchillo y llevarse las manos a la herida. Sin embargo, aún pudo reaccionar y abrirse paso a puñadas y puntapiés, y llegar, batiéndose en retirada, hasta su casa. Pero la turba, que lo seguía de cerca, penetró tras él en el momento en que el infeliz caía en los brazos de su madre. Diez puñales se le hundieron en el cuerpo.

—¡No le hagan así, taitas, que el corazón me duele! —gritó la vieja Nastasia, mientras, salpicado el rostro de sangre, caía de bruces, arrastrada por el desmadejado cuerpo de su hijo y por el choque de la feroz acometida. Entonces desarrollose una escena horripilante, canibalesca. Los cuchillos, cansados de punzar, comenzaron a tajar, a partir, a descuartizar. Mientras una mano arrancaba el corazón y otra los ojos, ésta cortaba la lengua y aquélla vaciaba el vientre de la víctima. Y todo esto acompañado de gritos, risotadas, insultos e imprecaciones, coreados por los feroces ladridos de los perros, que, a través de las piernas de los asesinos, daban grandes tarascadas al cadáver y sumergían ansiosamente los puntiagudos hocicos en el charco sangriento.

—¡A arrastrarlo! —gritó una voz.

—¡A arrastrarlo! —respondieron cien más.

—¡A la quebrada con él!

—¡A la quebrada!

Inmediatamente se le anudó una soga al cuello y comenzó el arrastre. Primero por el pueblo para que, según los *yayas*, todos vieran cómo se cumplía el *ushanan-jampi*, después por la senda de los cactus.

Cuando los arrastradores llegaron al fondo de la quebrada, a las orillas del Chillán, sólo quedaba de Conce Maille la cabeza y un resto de espina dorsal. Lo demás quedose entre los cactus, las puntas de las rocas y las quijadas insaciables de los perros.

Seis meses después, todavía podía verse sobre el dintel de la puerta de la abandonada y siniestra casa de los Maille unos colgajos secos, retorcidos, amarillentos, grasosos, a manera de guirnaldas: eran los intestinos de Conce Maille, puestos allí por mandato de la justicia implacable de los *yayas*.

El hombre de la bandera

I

Fue en los días que pesaba sobre Huánuco una enorme vergüenza. No sólo era ya el sentimiento de la derrota, entrevista a la distancia como un desmedido y trágico incendio, ni el pavor que causan los ecos de la catástrofe, percibidos a través de la gran muralla andina, lo que los patriotas huanuqueños devoraban en el silencio conventual de sus casas solariegas, era el dolor de ver impuesta y sustentada por las bayonetas chilenas a una autoridad peruana, en nombre de una paz que rechazaba la conciencia pública. La lógica provinciana, rectilínea, como la de todos los pueblos de alma ingenua, no podía admitir, sin escandalizarse, esta clase de consorcios, en los que el vencido, por fuerte que sea, tiene que sentir a cada instante el contacto depresivo del vencedor. ¿Qué significaban esos pantalones rojos y esas botas amarillas en Huánuco, si la paz estaba ya en marcha y en la capital había un gobierno que nombraba autoridades peruanas en nombre de ella?

El patriotismo no sabía responder a estas preguntas. Sólo sabía que, en torno de esa autoridad, caída en Huánuco de repente, se agitaban hombres que días antes habían cometido, al amparo de la fuerza, todos los vandalismos que la barbarie triunfante podía imaginar. Un viento de humillación soplaba sobre las almas. Habríase preferido la invasión franca, como la primera vez; el vivir angustioso bajo el imperio de la ley marcial del chileno; la hostilidad de todas las horas, de todos los instantes; el estado de guerra, en una palabra, con todas sus brutalidades y exacciones. ¡Pero un prefecto peruano amparado por fuerzas chilenas!… Era demasiado para un pueblo cuya virilidad y soberbia castellana estuvieron siempre al servicio de las más nobles rebeldías. Era lo suficiente para que a la vergüenza sobreviniera la irritación, la protesta, el levantamiento.

Pero en esos momentos faltaba un corazón que sintiera por todos, un pensamiento que unificase a las almas, una voluntad que arrastrase a la acción. La derrota había sido demasiado dura y elocuente para entibiar el entusiasmo y el celo patrióticos. La razón hacía sus cálculos y de ellos resultaba siempre, como guarismos fatales, la inutilidad del esfuerzo, la esterilidad ante lo irremediable. Y al lado del espíritu de rebeldía se alzaba el del desaliento, el del pesimismo, un pesimismo que se intensificaba al verse a ciertos hombres —ésos que en todas partes y en las horas de las grandes desventuras saben extraer de la desgracia un beneficio o una conveniencia — paseando y bebiendo con el vencedor.

II

Pero lo que Huánuco no podía hacer iban a hacerlo los pueblos. Una noche de agosto de 1883, cuando todas las comunidades de Obas, Pachas, Chavinillo y Chupán habían lanzado ya sobre el valle millares de indios, llamados al son de los cuernos y de los bronces, todos los cabecillas —una media centena— de aquella abigarrada multitud, reunidos al amparo de un canchón y a la luz de las fogatas, *chacchaban* silenciosamente, mientras uno de ellos, alto, bizarro y de mirada vivaz e inteligente, de pie dentro del círculo, les dirigía la palabra.

—Quizás ninguno de ustedes se acuerde ya de mí. Soy Aparicio Pomares, de Chupán, indio como ustedes, pero con el corazón muy peruano. Los he hecho bajar para decirles que un gran peligro amenaza a todos estos pueblos, pues hace quince días que han llegado a Huánuco como doscientos soldados chilenos. ¿Y saben ustedes quiénes son esos hombres? Les diré. Ésos son los que hace tres años han entrado al Perú a sangre y fuego. Son *supaypa-huachashgan* y es preciso exterminarlos. Esos hombres incendian los pueblos por donde pasan, rematan a los heridos, fusilan a los prisioneros, violan a las mujeres, ensartan en sus bayonetas a los niños, se meten a caballo en las iglesias, roban las custodias y las alhajas de los santos y después viven en las casas de Dios sin respeto alguno, convirtiendo las capillas en pesebreras y los altares en fogones. En varias partes me he batido con ellos… En Pisagua, en San Francisco, en Tacna, en Tarapacá, en Miraflores… Y he visto que como soldados valen menos que nosotros. Lo que pasa es que ellos son siempre más en el combate y tienen mejores armas que las nuestras. En Pisagua, que fue el primer lugar en que me batí con ellos, los vi muy cobardes. Y nosotros éramos apenas un puñado así. Tomaron al fin el puerto y lo quemaron. Pero ustedes no saben dónde queda Pisagua, ni qué cosa es un puerto. Les diré. Pisagua está muy lejos de aquí, a más de trescientas leguas, al otro lado de estas montañas, al sur… Y se llama puerto porque está al pie del mar.

—¿Cómo es el mar, taita? —exclamó uno de los jefes.

—¿Cómo es el mar…? Una inmensa pampa de agua azul y verde, dos mil, tres mil veces más grande que la laguna Tuctu-cocha, y en la que puede caminarse días enteros sin tocar en ninguna parte, viéndose apenas tierra por un lado y por el otro no. Se viaja en buque, que es como una gran batea llena de pisos, y de cuartos y escaleras, movida por unos hornos de fierro que tragan mucho carbón. Y una vez adentro se siente uno mareado, como si se hubiese tomado mucha *chacta*.

III

El auditorio dejó de *chacchar* y estalló en una estrepitosa carcajada. ¡Qué cosas las que les contaba este Pomares!… Habría que verlas. Y el orador, después de dejarles comentar a sus anchas lo del mar, lo de la batea y lo del puerto, reanudó su discurso.

—Como les decía, esos hombres, a quienes nuestros hermanos del otro lado llaman chilenos, desembarcaron en Pisagua y lo incendiaron. Y lo mismo vienen haciendo en todas partes. Montan unos caballos muy grandes, dos veces nuestros caballitos, y tienen cañones que matan gente por docenas, y traen escondido en las botas unos cuchillos curvos, con los que les abren el vientre a los heridos y prisioneros.

—¿Y por qué chilenos hacen cosas con *piruanos*? —interrogó el cabecilla de los Obas—. ¿No son los mismos *mistis*?

—No, ésos son otros hombres. Son *mistis* de otras tierras, en las que no mandan los peruanos. Su tierra se llama Chile.

—¿Y por qué pelean con los *piruanos*? —volvió a interrogar el de Obas.

—Porque les ha entrado codicia por nuestras riquezas, porque saben que el Perú es muy rico y ellos muy pobres. Son unos piojos hambrientos.

El auditorio volvió a estallar en carcajadas. Ahora se explicaban por qué eran tan ladrones aquellos hombres: tenían hambre. Pero el de Obas, a quien la frase *nuestras riquezas* no le sonaba bien, pidió una explicación.

—¿Por qué has dicho, Pomares, *nuestras riquezas*? ¿Nuestras riquezas son, acaso, las de los *mistis*? ¿Y qué riquezas tenemos nosotros? Nosotros sólo tenemos carneros, vacas, terrenitos y papas y trigo para comer. ¿Valdrán todas estas cosas tanto para que esos hombres vengan de tan lejos a querérnoslas quitar?

—Les hablaré más claro —replicó Pomares—. Ellos no vienen ahora por nuestros ganados, pero sí vienen por nuestras tierras, por las tierras que están allá en el sur. Primero se agarrarán ésas, después se agarrarán las de acá. ¿Qué se creen ustedes? En la guerra el que puede más le quita todo al que puede menos.

—Pero las tierras del sur son de los *mistis*, son tierras con las que nada tenemos que hacer nosotros —argulló nuevamente el obasino—. ¿Qué tienen que hacer las tierras de Pisagua, como dices tú, con las de Obas, Chupán, Chavinillo, Pachas y las demás?

—Mucho. Ustedes olvidan que en esas tierras está el Cuzco, la ciudad sagrada de nuestros abuelos. Y decir que el *misti* chileno nada tiene que hacer con nosotros es como decir que si mañana, por ejemplo, unos bandoleros atacaran Obas y quemaran unas cuantas casas, los moradores de las otras, a quienes no se les hubiera hecho daño, dijeran que no tenían por qué meterse con los bandoleros ni por qué perseguirlos. ¿Así piensan ustedes desde que yo falto de aquí?

—¡No! —contestaron a un tiempo los cabecillas.

Y el obasino, casi convencido, añadió:

—El que daña a uno de nuestra comunidad daña a todos.

—Así es. ¿Y el Perú no es una comunidad? —gritó Pomares—. ¿Qué cosa creen ustedes que es Perú? Perú es muy grande. Las tierras que están al otro lado de la cordillera son Perú; las que caen a este lado, también Perú. Y Perú también es Pachas, Obas, Chupán, Chavinillo, Margos, Chaulán… y Panao, y Llata, y Ambo y Huánuco.

¿Quieren más? ¿Por qué, pues, vamos a permitir que *mistis* chilenos, que son los peores hombres de la tierra, que son de otra parte, vengan y se lleven mañana lo nuestro? ¿Acaso les tendrán ustedes miedo? Que se levante el que le tenga miedo al chileno.

Nadie se levantó. En medio del silencio profundo que sobrevino a esta pregunta, sólo se veía en los semblantes el reflejo de la emoción que en ese instante embargaba a todos; una emoción extraña, jamás sentida, que parecía poner delante de los ojos de aquellos hombres la imagen de un ideal hasta entonces desconocido, al mismo tiempo que la voz del orgullo elevaba en sus corazones una protesta contra todo asomo de cobardía.

Pero el viejo Cusasquiche, que era el jefe de los de Chavinillo, viejo de cabeza venerable y mirada de esfinge, dejando de acariciar la escopeta que tenía sobre los muslos, dijo, con fogosidad impropia de sus años:

—Tú sabes bien, Aparicio, que entre nosotros no hay cobardes, sino prudentes. El indio es muy prudente y muy sufrido, y cuando se le acaba la paciencia embiste, muerde y despedaza. Tu pregunta no tiene razón. En cambio yo te pregunto ¿por qué vamos a hacer causa común con *mistis piruanos*? *Mistis piruanos* nos han tratado siempre mal. No hay año en que esos hombres no vengan por acá y nos saquen contribuciones y nos roben nuestros animales y también nuestros hijos, unas veces para hacerlos soldados y otras para hacerlos *pongos*[*]. ¿Te has olvidado de esto, Pomares?

—No, Cusasquiche. Cómo voy a olvidar si conmigo ha pasado eso. Hace cuatro años que me tomaron en Huánuco y me metieron al ejército y me mandaron a pelear al sur con los chilenos. Y fui a pelear llevando a mi mujer y a mis hijos colgados del corazón. ¿Qué iba ser de ellos sin mí? Todos los días pensaba lo mismo y todos los días intentaba desertarme. Pero se nos vigilaba mucho. Y en el sur, una vez que supe por el sargento de mi batallón por qué peleábamos, y vi que otros compañeros, que no eran indios como yo, pero seguramente de mi misma condición, cantaban, bailaban y reían en el mismo cuartel, y en el combate se batían como leones, gritando ¡Viva el Perú! y retando al enemigo, tuve vergüenza de mi pena y me resolví a pelear como ellos. ¿Acaso ellos no tendrían también mujer y guaguas como yo? Y como oí que todos se llamaban peruanos, yo también me llamé peruano. Unos, peruanos de Lima; otros, peruanos de Trujillo; otros, peruanos de Arequipa; otros, peruanos de Tacna. Yo era peruano de Chupán… de Huánuco. Entonces perdoné a los *mistis* peruanos que me hubieran metido al ejército, en donde aprendí muchas cosas. Aprendí que Perú es una nación y Chile otra nación; que el Perú es la patria de los *mistis* y de los indios; que los indios vivimos ignorando muchas cosas porque vivimos pegados a nuestras tierras y despreciando el saber de los *mistis* siendo así que los *mistis* saben más que nosotros. Y aprendí que cuando la patria está en peligro, es decir, cuando los hombres de otra nación la atacan, todos sus hijos deben defenderla. Ni más ni menos que lo que hacemos por acá cuando alguna comunidad nos ataca. ¿Que los *mistis*

peruanos nos tratan mal? ¡Verdad! Pero peor nos tratarían los *mistis* chilenos. Los peruanos son, al fin, hermanos nuestros; los otros son nuestros enemigos. Y entre unos y otros, elijan ustedes.

Y Pomares, exaltado por su discurso y comprendiendo que había logrado reducir y conmover a su auditorio, se apresuró a desenvolver, con mano febril, el atado que tenía a su espalda, y sacó de él, religiosamente, una gran bandera, que, después de anudarla a un asta y enarbolarla, la batió por encima de las cabezas de todos, diciendo:

—Compañeros valientes: esta bandera es Perú; esta bandera ha estado en Miraflores. Véanla bien. Es blanca y roja, y en donde ustedes vean una bandera igual allí estará el Perú. Es la bandera de los *mistis* que viven allá en las ciudades y también de los que vivimos en estas tierras. No importa que allá los hombres sean *mistis* y acá sean indios; que ellos sean a veces pumas y nosotros ovejas. Ya llegará el día en que seamos iguales. No hay que mirar esta bandera con odio sino con amor y respeto, como vemos en la procesión a la Virgen Santísima. Así ven los chilenos la suya. ¿Me han entendido? Ahora levántense todos y bésenla, como la beso yo.

Y después de haber besado Pomares la bandera con unción de creyente, todos aquellos hombres sencillos, sugestionados por el fervor patriótico de aquél, se levantaron y, movidos por la misma inspiración, comenzaron a desfilar, descubiertos, mudos, solemnes, delante de la bandera, besándola cada uno, después de hacerle una humilde genuflexión y de rozar con la desnuda cabeza la roja franja del bicolor sagrado. Sin saberlo, aquellos hombres habían hecho su comunión en el altar de la patria.

Pero Pomares, que todavía no estaba satisfecho de la ceremonia, una vez que vio a todos en sus puestos, exclamó:

—¡Viva el Perú!

—¡Viva! —respondieron las cincuenta voces.

—¡Muera Chile!

—¡Muera!

—¡A Huánuco todos!

—¡A Huánuco! ¡A Huánuco!

Había bastado la voz de un hombre para hacer vibrar el alma adormecida del indio y para que surgiera, enhiesto y vibrante, el sentimiento de la patria, no sentido hasta entonces.

Y al día siguiente de la noche solemne, al conjuro del nuevo sentimiento, difundido ya entre todos por sus capitanes, dos mil indios prepararon las hondas, afilaron las hachas y los cuchillos, aguzaron las picas, limpiaron las escopetas y revisaron los garrotes. Nadie se detuvo a reflexionar sobre la superioridad de las armas del invasor. Se sabía que un puñado de hombres extraños, odiosos, rapaces, sanguinarios y violentos, venidos de un país remoto, había invadido por segunda vez su capital, y esto les bastaba. Aquella invasión era un peligro, como muy bien había

dicho Pomares, que despertaba en ellos el recuerdo de los abusos pasados. La paz de que se hablaba en Huánuco era una mentira, una celada que el genio diabólico de esos hombres tendía a su credulidad, para sorprenderles y despojarles de sus tierras, incendiarles sus chozas, devorarles sus ganados y violarles a sus mujeres. Las mismas violencias cometidas con ellos secularmente por todos los hombres venidos del otro lado de los Andes, del mar, desde el *wiracocha*[*] barbudo y codicioso, que les arrasó su imperio, hasta este soldado de calzón rojo y botas amarillas de hoy, que iba dejando a su paso un reguero de cadáveres y ruinas.

Era preciso, pues, destruir ese peligro, levantarse todos contra él, ya que el *misti* peruano, vencido y anonadado por la derrota, se había resignado, como la bestia de carga, a llevar sobre sus lomos el peso del *misti* vencedor.

Después de dos días de marcha, recta y arrolladora, por quebradas y cumbres —marcha de *utacas*[*]— aquel torrente humano que, más que hombres en son de guerra, parecía el éxodo de una horda, guiado por la bandera de Aparicio Pomares, coronó en la mañana del ocho de agosto las alturas del Jactay, es decir, vino a acampar en las mismas puertas de Huánuco, y, una vez allí, comenzó a retar al orgulloso vencedor.

Aquel reto envolvía una insólita audacia; la audacia de la carne contra el hierro, de la honda contra el plomo, del cuchillo contra la bayoneta, de la confusión contra la disciplina. Pero era un rasgo que vindicaba a la raza y que venía a percutir hondamente en el corazón de un pueblo, dolorido y desconcertado por la derrota.

IV

La aparición de aquellos sitiadores extraños fue una sorpresa, no sólo para los huanuqueños sino para la misma fuerza enemiga. Los primeros, hartos de tentativas infructuosas, de fracasos, de decepciones, en todo pensaban en esos momentos menos en la realidad de una reacción de los pueblos del interior; la segunda, ensoberbecida por la victoria, confiada en la ausencia de todo peligro y en el amparo moral de una autoridad peruana, que acababa de imponer en nombre de la paz, apenas si se detuvo a recoger los vagos rumores de un levantamiento.

Aquella aparición produjo, pues, como era natural, el entusiasmo en unos y el desconcierto en otros. Mientras las autoridades políticas preparaban la resistencia y el jefe chileno se decidía a combatir, el vecindario entero, hombres y mujeres, viejos y niños, desde los balcones, desde las puertas, desde los tejados, desde las torres, desde los árboles, desde las tapias, curiosos unos, alegres, otros, como en un día de fiesta, se aprestaban a presenciar el trágico encuentro.

Serían las diez de la mañana cuando éste se inició. La mitad de la fuerza chilena, con su jefe montado a la cabeza, comenzó a escalar el Jactay con resolución. Los indios, que en las primeras horas de la mañana no habían hecho otra cosa que levantar ligeros parapetos de piedra y agitarse de un lado a otro, batiendo sus

banderines blancos y rojos, rastrallando sus hondas y lanzando atronadores gritos, al ver avanzar al enemigo, precipitáronse a su encuentro en oleadas compactas, guiados, como en los días de marcha, por la gran bandera de Aparicio Pomares. Éste, con agilidad y resistencia increíbles, recorría las filas, daba un vítor aquí, ordenaba otra cosa allá, salvaba de un salto formidable un obstáculo, retrocedía rápidamente y volvía a saltar, saludaba con el sombrero las descargas de la fusilería, se detenía un instante y disparaba su escopeta, y en seguida, mientras un compañero se la volvía a cargar, empuñaba la honda y la disparaba también. Y todo esto sin soltar su querida bandera, paseándola triunfal por entre la lluvia del plomo enemigo, asombrando a éste y exaltando a la ciudad, que veía en ese hombre y en esa bandera la resurrección de sus esperanzas.

Y el asalto duró más de dos horas, con alternativas de avances y retrocesos por ambas partes, hasta que habiendo sido derribado el jefe chileno de un tiro de escopeta, disparado desde un matorral, sus soldados, desconcertados, vacilantes, acabaron por retirarse definitivamente.

Esta pequeña victoria, humilde por sus proporciones y casi ignorada, pero grande por sus efectos morales, bastó para que, horas después, al amparo de la noche, los hombres de la paz y los hombres del saqueo evacuaran furtivamente la ciudad. Huánuco, cuna de héroes y de hidalgos, acababa de ser libertada por los humildes *shucuyes* del Dos de Mayo.

V

Al día siguiente, cuando los indios, triunfantes, desfilaron por las calles, precedidos de trofeos sangrientos y de banderines blancos y rojos, una pregunta, llena de ansiedad y orgullo patriótico, corría de boca en boca: «¿Dónde está el hombre de la bandera?». «¿Por qué no ha bajado el hombre de la bandera?». Todos querían conocerle, abrazarle, aplaudirle, admirarle.

Uno de los cabecillas respondió:

—Pomares no ha podido bajar; se ha quedado herido en Rondos.

Efectivamente, *el hombre de la bandera*, como ya le llamaban todos, había recibido durante el combate una bala en el muslo derecho. Su gente optó por conducirlo a Rondos y de allí, a Chupán, a petición suya, en donde, días después, fallecía devorado por la gangrena.

Antes de morir tuvo todavía el indio esta última frase de amor para su bandera:

—Ya sabes, Marta; que me envuelvan en mi bandera y que me entierren así.

Y así fue enterrado el indio chupán Aparicio Pomares, *el hombre de la bandera*, que supo, en una hora de inspiración feliz, sacudir el alma adormecida de la raza.

De eso sólo queda allá, en un ruinoso cementerio, sobre una tumba, una pobre cruz de madera, desvencijada y cubierta de líquenes, que la costumbre o la piedad de

algún deudo renueva todos los años en el día de los difuntos.

El licenciado Aponte

I

Lo primero que hizo Juan Maille, al verse fuera del cuartel y licenciado, fue tomarse dos copas en compañía de otros camaradas, mientras comentaban, sonriendo, la perorata con que el capitán acababa de despedirles del servicio, hablándoles del agradecimiento de la patria y del honor y del deber militar.

—¡Carache! Capitán habla bonito. ¿A ti qué te parece, Maille? —le preguntó uno de los compañeros.

—Habla bonito, verdad. Pero ¿por qué no hablarnos así durante el servicio? «A ver ¿qué hace allí ese cholo bruto? ¿Que no entiende esa bestia, o lo hago entender yo? ¡Lástima de palo! A estos indios lo que les hace falta es el palo que en mala hora vinieron a suprimir los franchutes». ¿Te acuerdas, Canchaparán? Así habla capitán dentro cuartel.

Y el aludido contestó:

—Verdad, Maille. Por eso yo no he querido reengancharme. Voime mi tierra.

—Ni yo —añadió Maille—, así me hicieran sargento y me pagaran diez veces más.

Y, después de la segunda tanda de copas, se despidieron y se dispersaron.

Maille se fue a dormir a un tambo[*] y al día siguiente tomó el tren de la sierra, henchida la memoria de recuerdos y el corazón de esperanzas. Porque Maille, a pesar de todo, era un indio que se permitía pensar en el porvenir. El porvenir era una palabra que la había oído repetir continuamente a sus jefes. «El capitán X es un oficial de porvenir». «El comandante llegará a general; es un jefe de porvenir». «H. es un oficial descuidado. Ése nunca hará nada. No tiene porvenir».

Y Maille dedujo de todo esto que los hombres tienen delante de sí algo que esperar. Por eso él pensaba en el porvenir. Con sus veintitrés años bien llevados, sus nuevos hábitos de orden y disciplina, su voluntad para el trabajo y la gramática parda aprendida en el cuartel, tendría lo suficiente para conquistar un porvenir. Y el porvenir para él consistía en un buen pedazo de tierra, una docena de vacas, un centenar de carneros y una estancia llena de todo lo que puede apetecer un hombre joven, entre lo cual había que contar, necesariamente, a la mujer.

En el cuartel había aprendido, además de las ideas de patria y de bandera —símbolos extraños para él mientras vivió en su pueblo—, otras cosas que lo hacían reír para adentro, con cierta malicia: cómo se puede matar gloriosamente; cómo el saber leer y escribir servía para usos muy distintos de los que hasta entonces había él imaginado; por ejemplo, para entenderse a la distancia, como lo hacía el capitán de su compañía con la hija del jefe; y por qué a los hijos de los ricos y de los poderosos

nunca les tocaba el servicio. Y había aprendido más todavía: que la altivez y la contracción no sirven para prosperar en una colectividad donde unos mandan y otros obedecen. Nada como la adulación y la bellaquería para ascender. Una carta entregada a tiempo a la querida del comandante le sirvió de puente al sargento segundo de su compañía, según lo contaba cínicamente, para pasar a primero. De aquí dedujo también una máxima de buen vivir: que el ser tercero en cosas de amor no es inconveniente para ser el primero en cosas de milicia.

Pero una vez en su pueblo, en Chupán, donde llegó una tarde, su desencanto fue doloroso. Desde el primer instante las gentes comenzaron a mirarle con recelo. Le negaban el saludo; se entraban al verle pasar; cerrábanle las puertas y, para colmo de esa situación odiosa, no tuvo ni la compañía de su padre Conce ni de su abuela Nastasia. Su padre había sido despedazado durante su ausencia, en una hora trágica, entre los rugidos de una poblada feroz, empeñada en hacerle justicia, y las dentelladas de una jauría famélica.

Por eso sus paisanos, al verle pasar, se preguntaban, casi en su cara, insolentemente: «¿No es éste el hijo del perro Conce Maille? Habría que expulsarlo como a su padre». Y le ponían punto a la frase con un escupitajo, limpiándose después la boca, fruncida en gesto de asqueamiento profundo e implacable.

Y había en este desdén agresivo de las gentes de la aldea un poco de razón. Los Maille eran gente de presa. Mataban por aburrimiento; incendiaban por distracción; robaban por deseo irresistible; quizás lo hacían todo por atavismo o diletantismo inconsciente. Al tener escudo esta familia, su blasón habría sido una pirámide de cráneos, coronada de una tea, sobre un charco de sangre. Ni más ni menos que los señores feudales de otros tiempos.

En cuanto a Juan Maille, a quien el servicio militar arrancara oportunamente de las abruptas soledades de su estancia, no había tenido ocasión de hacer nada digno de su nombre. Apenas si una vez, mandado por su padre, llegó a una estancia vecina, en donde yacía el cadáver de José Ponciano, cosido a puñaladas por la mano implacable de aquél, le cortó diestramente la cabeza, con destreza de matarife atávico, la enarboló en una vara que se puso al hombro triunfalmente, y, ya de vuelta, tirola a los pies de su padre, diciéndole con indiferencia: «Me ha venido goteando en la espalda la maldita. Parece que ya apesta».

II

Pero el cuartel no había logrado transformar completamente la naturaleza de Juan Maille. Físicamente lo había desbastado y nada más. A fuerza de marchar había adquirido cierta marcialidad, un andar acompasado y recto, todo lo contrario del trote menudo, leve, cauteloso, encorvado y tigresco del indio serrano, que parece responder, más que a las escabrosidades y alturas que vive ascendiendo y bajando

constantemente, a un signo de sumisión y servilismo legendarios.

Maille caminaba ahora recto, con el pecho saliente, balanceando los brazos por igual, la frente levantada y la mirada firme, con ese aplomo que da la marcha isócrona colectiva, regulada por el compás de las bandas militares y cuyo son parece percibirse mucho tiempo después de haberse oído. Había aprendido también a soportar la tiranía de las bandas de resistencia, que continuó usando durante su vida de licenciado, y del botín de pasadores, esa especie de suplicio, que parece inventado para torturar por un tiempo el pie del indio, acostumbrado desde que nace a la saludable libertad del *yanque*[*] y del *shucuy*.

Moralmente, había ensanchado el círculo de sus nociones sobre lo lícito o ilícito, pero conservando los resabios de superstición que en su alma ingenua y rústica alimentara la tradición, el ejemplo, las costumbres y la raza. Salía del cuartel creyendo menos en el cura, en la virtud milagrosa de los santos, cuyos atributos y nombres más populares acabó por confundir lastimosamente; y en su cerebro echó raíces de convicción la idea de que la iglesia recibe más de lo que da y que siempre hace más por el blanco que por el indio.

Y pensaba: «¡Lo que los curas han sacado a los Maille y lo que nosotros hemos sacado de ellos! Para ellos la mejor vaca, el mejor carnero, los primeros sacos de papas, de maíz, de trigo, el mejor plato y el mejor vino en las fiestas, los relucientes y sonantes soles a la hora del bautismo, del casamiento, de los funerales y de los responsos. Y también la mejor oveja del redil de los fieles».

Y concluía admirándose de que de todo esto se hubiese percatado tardíamente, gracias al servicio militar y quizás cuando menos lo necesitaba. Antes había visto todas estas cosas pasar delante de sus ojos como las más naturales y legítimas del mundo, como cosas que, por lo mismo que pesaban por igual sobre todos, a nadie sublevaban y a nadie envilecían. Le había sido necesario mirarlas a través del tiempo y la distancia para reparar en ellas y entenderlas un poco.

Y los encargados de ayudarle en esta comprensión fueron sus mismos compañeros, esa variedad de mestizos, venidos de todos los rincones de la república, indisciplinados, levantiscos, burlones, incrédulos, crecidos al calor de ideas disolventes y audaces, aprendidas en el hervor de las huelgas, o recogidas de los clubs y vaciadas en los periódicos obreros. Naturalmente Maille acabó por deglutir esas ideas después de rumiarlas largamente en el silencio de las noches solemnes, cuando, entre el alerta de los centinelas, suspiraba bajo el peso de los recuerdos del terruño. Un sarcasmo, una burla, una frase agresiva, acompañada a veces de un golpe brutal, le decían más a su imaginación que lo que le habría hecho entender un libro de mil páginas, o los sermones de cien predicadores. Cierto día que, movido por el deseo de expansionarse, hablaba con el sargento de su compañía de la vida y costumbres de su pueblo, éste, mirándole compasivamente, le interrumpió:

—¡Pero ustedes son unos infelices!… ¿Y por sólo una peseta, un puñado de coca todas las mañanas y una ración de maíz y frijoles, como para puercos, trabajan todo el

día?… ¡Qué bestias! Mejor están ustedes de soldados.

—¿Y en tu tierra, mi sargento, cuánto ganan?

—Nosotros, por *tirar lampa*[*], recoger algodón, cosechar arroz o maíz, un sol cincuenta. Así es que cada semana *tarjamos*[*] nueve cincuenta, y a veces más, según las fuerzas de cada uno. Yo, verbigracia, me ganaba hasta doce rúcanos[*], y catorce también. Sacaba tarea y media en un día. Para *tirar lampa* o hacha, yo. ¿Y ustedes?… ¿Cuántas tareas al día sacan ustedes?

—Nosotros una, mi sargento. La montaña llueve mucho, solea mucho y comer mal, mi sargento. Patrones pagan mal: una peseta. ¿Qué hacer con una peseta?…

—Lo dicho: ¡unos bestias! A nosotros nos pagan el sábado, el domingo hacemos con nuestra plata lo que nos da la gana. Nada de *mejoreros* ni de vainas por el estilo.

—Y al cura ¿qué le dan ustedes cuando cosechan, mi sargento?

—¿Qué le damos? ¡Una bala!…

Y después de estallar en una burlona carcajada, concluyó diciendo:

—Los curas son lo mismo que nosotros, ni más ni menos. En mi tierra, que es Chiclayo, pues yo soy de la tierra del liberalismo, como decía don Juan de Dios, cuando nos peroraba, el cura que quiere comer y vivir bien tiene que desgastarse cantando y rezando misas. No hay arroz ni maíz para el cura. El que lo quiere lo compra. Y al que menos, le damos un trancazo cuando se mete donde no le llaman.

Maille, que no tenía nada de bestia, aunque a veces lo parecía, concluía riéndose de estas conversaciones explosivas, de bravía altivez, que, insensiblemente, iban socavándole la media docena de creencias religiosas y morales que llevara de su pueblo. Los que más se burlaban de su ingenuidad e ignorancia eran los zambos costeños —entre los cuales estaba el sargento de su compañía—, semileídos y bulliciosos, que sabían tener para todo una respuesta intencionada y un argumento contundente. Discutían delante de él sobre los derechos del proletariado, sobre el abuso del capital, sobre si el ejército tenía el deber de sostener a todo trance a un gobierno constitucional o no, sobre si el ejército debía abalear al pueblo cuando se lo mandaba el superior; sobre todas esas cuestiones relacionadas con el problema obrero y que leían a diario en los periódicos de oposición que penetraban al cuartel.

Y como Maille había ido al servicio militar sabiendo leer regularmente y con ese gran espíritu de curiosidad que vive latente en su raza, antes del año leía también periódicos y se permitía emitir, aunque tímidamente, alguna opinión, que sus camaradas escuchaban aplaudiendo y llenos de asombro. Estas manifestaciones despertaron su amor propio, y le dieron una mayor conciencia de su personalidad, acabando ésta por adquirir mayor fuerza el día en que dejó de ser un simple número del batallón para convertirse en el *cabo Maille*.

Mas lo que no lograron conmover ni menos descuajar de su espíritu las cuchufletas y los epítetos gruesos, ni los periódicos, ni las conversaciones del sargento de su compañía, fue la superstición, todo ese cúmulo de irracionales creencias con que parece venir el indio al mundo y a las que el ejemplo, la fe de sus

mayores, las leyendas juradas de los ancianos, la bellaquería de los sortilegios y hechiceros, se encargan de alimentar desde la infancia. Las había guardado en lo más profundo de su alma, con un celo que no admitía profanación ni desahogos. Con nadie habló de ellas. Se encerró en un mutismo de esfinge, con esa fuerza de impenetrabilidad con que sabe guardar el indio un secreto cuando está de por medio su fe; mutismo que se reforzaba con la actitud de sus camaradas andinos, que parecía obedecer a una misma consigna. Además, había visto hacer cosas tan estupendas a las divinidades de su pueblo… Por ejemplo, había visto cierta vez, poco antes del servicio, cómo se le pudrió lentamente el índice de la diestra a un paisano y cómo se le fue cayendo a pedazos, sin que nadie se atreviese a curarle, hasta que halló un blanco compasivo que, despreciando preocupaciones, le salvó de la muerte a que estaba destinado. El mozo, lleno de temor, había confesado que el dedo se le había puesto así, seguramente, porque había señalado con él el *turmanya*, el arco iris. Este hecho se grabó profundamente en la imaginación de Maille, quien, desde entonces, a cada aparición del fenómeno celeste, mirábalo con supersticioso temor y ocultando las manos debajo del poncho, para evitar la tentación de señalarle con ellas.

Y junto con esta superstición, había conservado incólume cien más; todas las referentes al culto de los cerros, quebradas, manantiales y *apachetas*[*]; todas las prácticas de una liturgia primitiva, mezcla de bellaquería, credulidad y libertinaje, inventadas como para gentes de apetitos bajos y fáciles y de imaginación infantil.

III

Maille no se descorazonó por el desdén hostil de sus paisanos. Él era un Maille, y un Maille estaba obligado a soportar todo, impasiblemente, mientras careciera de fuerza para luchar y vengarse. Meditó un plan, tomó una resolución y abandonó su pueblo, triste y lleno de rencor por los agravios sufridos en tan pocos días. Y, a medida que caminaba, iba pensando en que a algo le debía su mala suerte, y que ese algo no podía ser sino su apellido, pues no había otra razón para que sus paisanos le hubieran tratado tan mal. Ser Maille era ser bandolero, incendiario, asesino… Una fama que hacía daño.

Por eso, cuando se presentó pocos días después en uno de los fundos de la quebrada de Higueras, en demanda de trabajo, al interrogarle el patrón por su nombre, dijo llamarse Juan Aponte, cabo licenciado de infantería y natural de Chupán. Nada de Maille. ¿Para qué, si a la gente le sonaba tan mal la palabra? Y el nombre de Juan Maille quedó muerto y sepultado para siempre en su memoria.

El dueño del fundo lo miró de alto a bajo y al ver a un mozo fuerte, de aire avisado y resuelto, muy distinto de los otros indios que le trabajaban la tierra, y leído y de letra regularmente cursada, según lo comprobó desde el primer momento, no tuvo reparo en aceptarlo, con el propósito de darle una ocupación adecuada.

Destinole a la cantina para que vendiera y anotara las entradas y salidas del aguardiente, y al poco tiempo se convenció de que podía servir en cosas de más riesgo y habilidad.

Un día que vio al patrón cejijunto y nervioso, Maille se aventuró a decirle:

—No te apures, patrón; yo puedo sacar todo tu aguardiente esta noche. Dime no más dónde quieres que lo lleve.

El patrón saltó de su asiento, se encaró al indio y, mirándole fijamente, le preguntó:

—¿Y quién te ha dicho que yo estoy apurado por sacar el aguardiente, hombre de Dios? El aguardiente sale de mi fundo cuando vienen por él los que lo necesitan.

—Lo sé, patrón. Pero hay aguardiente que vienen por él de día y aguardiente que vienen por él de noche. Y he visto que los que salen de noche, salen por detrás de la casa y toman por las alturas, fuera de camino… ¿Por qué será esto, señor?

A tal pregunta, el patrón cambió de actitud, le tiró cariñosamente de una oreja y se decidió a hacerle a Aponte, en un rincón de la cantina, una confidencia, de la que resultó un pacto entre ambos y un cambio de ocupación para el indio. Aponte vio en esto un porvenir. Con cinco años o seis de trabajo podría retirarse, llevándose algunos reales, que le servirían para adquirir tierras, ganados y vivir como un hombre de respeto. La ocupación era un poco ilícita, pero sabiendo portarse en ella… Todo se reducía a saber burlar la vigilancia de ciertos hombres.

Entonces entró Aponte resueltamente en el camino de una nueva vida, vida llena de azar, de riesgo, de rudeza, de desafío, de arrojo y de suerte. Tanto le podía ir mal desde el primer instante como bien. Una vida, en cierto modo, digna de un Maille.

Comenzó por cambiar de métodos. Nada de caminar de noche. La noche se ha hecho para dormir, para descansar. Las cosas salen mejor de día, pensaba él. El día se ha hecho para trabajar, y en esto del contrabando hay que olfatear y ver venir desde lejos y sin dejarse ver. A esto se reduce toda la habilidad del oficio. El peligro es cosa de un momento. Además, el terreno se presta; no es como en la costa. Los empleados pasan a diez pasos del contrabandista y él se ríe viéndoles pasar. ¡Una delicia! Y luego el espionaje podía servirle también de mucho. Con un buen espionaje se sabe dónde está el enemigo, cuáles son sus costumbres, sus aficiones y los medios que emplea en la persecución. Un espía es un centinela perdido; ni más ni menos que en la milicia. Y Aponte se sonreía y se frotaba las manos al pensar en estas cosas, de las que había ido enterándose en poco tiempo, sonsacándoselas a algunos contrabandistas que tratara en su destino de cantinero.

Organizó y manejó militarmente una banda de seis mozos, buscados y escogidos por él entre los licenciados, que tanto abundan en las serranías, llenos de pretensiones traídas del cuartel, poco afectos al cultivo del suelo, deseosos de nuevos goces y descontentos de tener que luchar rudamente para ganarse una alimentación y un vestido, que en la milicia, con un fusil y un poco de marchas y contramarchas, que para ellos era una bicoca, se ganaban fácilmente.

Y la consigna fue esquivar a todo trance el choque, la resistencia. ¿Para qué batirse? En caso de peligro había que salir del paso con una treta o dejarse coger, que ya el patrón vería modos de sacar del apuro al apresado. Cuestión de unos cuantos días de cárcel. Y en la cárcel no se está tan mal. Y hasta se le da un diario al preso para que no se muera de hambre. Un tiroteo es escandaloso, y cuando un tiro cae en mala parte, ya sea al vigilante o al contrabandista, trae complicaciones, de las que se corre el riesgo de salir mal. Del contrabando simple, pasivo, se sale bien librado en cualquier momento. Nada de tiros. En todo caso, nada importaba que el aguardiente se lo llevara el diablo. Para eso era del patrón.

En cierta vez que el patrón insistiese en recomendarle que procediera cautelosamente, pues había sabido que uno de los empleados de la Recaudadora se la había jurado, Aponte se apresuró a responderle:

—¡Qué patrón! Aponte sabe muchas cosas; sabe que por acá jamás se ha sentenciado a un contrabandista que trabaja por cuenta de un hacendado. Recaudadora y autoridades se arreglan con el patrón.

—Es que de repente caes en manos de uno de los jueces y te quedas encerrado, quién sabe por qué tiempo. La justicia no juega. Una vez en manos del juez no hay recomendación que valga.

—Es que Aponte no pasará de las manos del subprefecto, y el subprefecto siempre listo a hacer negocio, o a obedecer recomendaciones del diputado.

Y el patrón, casi convencido, puso término al diálogo con esta frase despectiva:

—Bien, bien; allá tú… El tiempo lo dirá.

IV

Una tarde la tempestad cogió a Aponte en uno de los tantos desfiladeros por donde solía deslizarse sigilosamente con sus contrabandos, y viose en el ineludible caso de descargar el aguardiente y acampar allí mismo, lleno de rabia y murmurando palabras incoherentes. En seguida armó carpa, como pudo, con la manta y el poncho, y se sentó malhumorado, sombrío, queriendo descargar su cólera en uno de sus ayudantes, a quien hacía poco había alcanzado, cuando más creído estaba de que ya hubiese llegado a su destino. Le parecía todo esto un aviso, una señal de peligro grave. El día había comenzado muy mal para él. Primero, se había olvidado de hacerle al *jirca*, que está detrás de la casa de la hacienda, las promesas que acostumbraba hacerle cuando salía de viaje. Un olvido que no se lo explicaba y que podía traerle quién sabe qué consecuencias terribles. Después, al mediodía, cuando se detuvo a *chacchar* y le preguntó a su coca si el viaje terminaría bien, ésta, muy amarga, le había contestado que no. Y ahora la tempestad salía estorbándole en el camino, obligándole a detenerse en el sitio más peligroso, un sitio conocido ya por los vigilantes de la Recaudadora, y en el que a veces se aventuraban a penetrar en

busca de contrabandos posibles. Sólo faltaba que alguno de esos sabuesos le cayera encima. Sobre todo, no dejaba de inquietarle uno, ese de quien le hablara el patrón, que había resultado inabordable, irreductible a las solicitaciones de sus agentes, y a quien oyó decir un día, en el tambo del camino, como haciéndole una advertencia: «Yo a los cholos que contrabandean aguardiente no acostumbro a gritarles: ¡párense!; les doy la voz con mi carabina. Y al que le caiga un tiro que se rasque. Yo no disparo al aire, como otros».

Un bruto, que cualquier día iba a obligarle a meterle una bala en la cabeza. Para eso había sido tirador de preferencia en su compañía.

Y como la tempestad llevaba trazas de no acabar y era muy temprano para dormir, por decir algo, le dijo a su ayudante:

—*Ishaco*, te estás volviendo lerdo.

—¿Por qué, Juan?

—Porque te has dejado alcanzar. Has debido estar en Jesús muy temprano.

—Se desbarrancó un burro y tuve que sacarlo yo solo del fondo de la quebrada; y también el aguardiente, para que no se perdiese. Esto me ha hecho demorar más de una hora.

—Entonces *jirca* tiene la culpa. Mi coca avisarme temprano.

—¿De veras, Juan? Mi coca también muy amarga esta mañana. Va a sucedernos algo, Juan.

Aponte se calló. Pasado un gran rato, como queriendo reparar su descuido de la mañana, se levantó, extendió los brazos por encima de la cabeza, juntó las manos, dentro de las que tenía un puñado de coca, dirigió la mirada hacia el punto donde creía que estaba su *jirca* protector, y exclamó con toda la fe de un creyente: «*Jirca-yayag*, te masco coca, te endulzo para que no me hagas nada esta noche. Hazme llegar bien donde voy; haz que la tempestad recoja su agua y, cuando salga de aquí, que los vigilantes no me encuentren ni me vean. Cuando vuelva de Jesús, llegaré donde ti, trayéndote bizcochos grandes, confites, pasas y te daré *chacta* para que bebas».

Y no satisfecho de esta invocación, tomó un poco de coca y se puso nuevamente a *chacchar*, interrogándola mentalmente sobre lo que significaba el contratiempo que le había sobrevenido, y qué era lo que podía esperar, contestándole ésta, a poco, desfavorablemente, según él, pues comenzó a sentirla amarga.

Y estaba en esta operación, abstraído completamente, cuando la voz de alarma de *Ishaco* le hizo levantar, como impulsado por un resorte, y, dirigiendo la mirada a todas partes, preguntó:

—¿Qué pasa, *Ishaco*?

—Caballos que llegan, Juan; vienen muchos.

Y el ayudante, que apenas tuvo tiempo para contestar, se lanzó barranco abajo, a la manera india, envolviéndose la cabeza en el poncho y echándose a rodar a la buena de Dios.

Aponte no pudo hacer lo mismo; mientras perdía algunos segundos en guardar en el *huallqui* el *ishcupuro* y la *shipina* y empuñaba el rifle, sonaron varios disparos, que repercutieron fúnebremente en las concavidades de la quebrada, al mismo tiempo que el infeliz mozo, llevándose una mano al pecho, caía de espaldas, murmurando:

—¡*Jirca* no me ha perdonado! ¡Por eso estaba mi coca muy amarga!

El caso Julio Zimens

A Ricardo C. Espinosa, en Piura

I

—Entre los numerosos casos en que ha intervenido usted como juez, doctor, ¿cuál ha sido el más interesante, el más sensacional?

—El más significante de todos, judicialmente, señora. El caso Julio Zimens; un comprimido sumarial de veinte folios. Le aseguro a usted, señora, que es lo más conmovedor que he conocido, lo más triste y lo más trágico también.

—¿Y el descuartizamiento de los hermanos Ingunza? ¿Y el asesinato del joven Carrillo? ¿Y la mujer aquella de la calle General Prado, que apareció estrangulada con sus dos nietecitos?

—Todo eso es nada al lado del caso Zimens. Un asesinato es un caso vulgar, un hecho más o menos vivo de bestialidad, de ferocidad. Es lo corriente, y más corriente todavía procesar por estas cosas. Mientras unos se entretienen en poner pinceladas azules en el lienzo de la vida, para que se las aplaudan, otros rabian por ponerlas rojas, para que la justicia tenga que intervenir.

—Pero usted convendrá conmigo en que, por más vulgar que sea aquello de asesinar, en todo asesinato hay algo interesante.

—Claro. Pero yo no me refiero a eso. Lo que he querido decirle a usted es que en un caso en que no había delito, judicialmente hablando, y, por consiguiente, ni actor ni reo, había, sin embargo, todo esto, moralmente se entiende.

—Yo no creo que haya nada más emocionante que un asesinato…

—Cuando se presencia, señora. Después en frío… Para mí, juez de provincia, de una provincia como ésta, donde todo crimen es una atrocidad y todo criminal un antropoide, donde las víctimas despiertan canibalismos ancestrales y la superstición interviene en el asesinato con su ritualidad sangrienta, la emoción que causa el último crimen es siempre menor que la del presente… Los jueces, los médicos, las madres de caridad tenemos un punto de contacto: la anestesia del sentimiento. Además, fíjese usted, en el crimen todo es cuestión de forma. Las variantes de la delincuencia no son más que proteísmos de un mismo hecho: la violación de la ley. Se está dentro de la ley como se está fuera de ella, y se sale de ella por una infinidad de puertas, con más o menos violencia —cuestión de temperamento— pero siempre por las mismas puertas que salieron otros. No hay novedad en esto, no hay originalidad. Si alguien se pusiera a buscar la originalidad en el delito acabaría por aburrirse al ver la estupidez de los delincuentes. Siempre las mismas cosas: agresión, violencia, engaño, latrocinio. Los cuatro puntos cardinales del crimen, dentro de los cuales el alma de

los predestinados se agita como una aguja imantada.

—¿Y usted ha encontrado la originalidad en el caso Zimens?

—No. ¡Qué ocurrencia! Es un caso vulgarísimo también.

—¿Y entonces?…

—Es que la originalidad de mi caso no está en el hecho mismo sino en el autor del hecho. Desde este punto de vista podría decir que el caso tiene dos originalidades: una antecedente y otra consiguiente.

Y mi interlocutora, que, al parecer, no se sentía muy convencida de mi afirmación, me interrumpió con esta frase, que subrayó con la más fina de sus ironías.

—¡Caramba!, dos originalidades cuando más desesperaba yo de encontrar una.

—Y va usted a verlo.

Y la señora Linares se arrellanó en el sofá en actitud de reposo, mientras yo comenzaba a relatar mi caso en esta forma:

II

—Usted conoció a Julio Zimens: un hombre alto, fornido, esbelto, hermoso, virilmente hermoso. Un dolicocéfalo de cabellos ensortijados y blondos, como libra de oro acabada de acuñar, bajo los cuales ostentaba una faz marmórea, en la que fulguraban dos ojos azules, *como dos luceros en una noche serena*. Un Apolo germano, que escandalizaba con su belleza. ¿He exagerado la pintura?

La señora Linares abandonó su actitud, irguió el busto opulento y, con una sonrisa que parecía provocada por una reminiscencia agradable, se apresuró a decir:

—No describe usted mal, mi querido doctor. Aunque yo estaba muy niña entonces, recuerdo haber visto la figura de Julio Zimens en alguna parte. Se diría que usted la ha visto también.

—Sí, la he visto en fotografía en cierta casa. ¿No es verdad que era un tipo arrogante?

La señora Linares se sonrojó levemente, a pesar del esfuerzo visible que hiciera para dominarse, y, después de alguna vacilación, se apresuró a decir:

—Indudablemente que lo era. Pero ha exagerado usted un poco. Aquello de los *ojos azules como luceros*… Una frase de colegiala romántica.

—Exacto. Pero está tomada de una pintura de la época. Así lo describe una carta, que he tenido la ocasión de ver, precisamente en casa de una pariente suya, señora. Parece que se trataba de una confidencia entre dos colegialas a propósito de la aparición de aquel buenmozo.

En esta vez el sonrojo de la señora Linares creció de manera alarmante; mas yo, que en materia de sonrojos femeninos soy un tanto discreto, fingí no verlo y reanudé mi historia.

—Exageración o no lo de los ojos de Julio Zimens lo cierto es que este hombre

logró conmover a todo Huánuco. Un hombre así, con todos los atributos de la belleza masculina y el prestigio de su raza, tenía, por fuerza, que ser un partido codiciable. Pero Zimens era un extravagante, o una equivocación de la naturaleza, o un ente que no sabía de la explotación del propio valer o, si lo sabía, tenía el *dendismo* de desdeñarlo. Se mostró indiferente a las asechanzas y tentaciones femeninas. Hasta se le creyó un misógino. Su castidad se deslizaba serena por entre los escollos de la vida solteril. Fue un tranquilo, un honesto, un impasible. Pero como supongo que usted no le han de interesar estos pormenores, señora, hágole gracia de ellos, y, de un salto, paso al periodo en que aparece Julio Zimens convertido en hombre de estado. ¡Un hombre de estado Julio Zimens! Parece inverosímil…

»¿Qué es lo que había pasado en la vida de este hombre? Otro desvío de lo que un buen burgués llamaría el riel de la normalidad. Otra equivocación, que diría un hombre práctico. Se había casado de repente allá lejos, en las montañas, entre las cuatro chozas de una aldea perdida, para después ir a establecerse con su mujer en la soledad neurastenizadora de un fundo.

»Naturalmente la noticia conmovió a Huánuco entero, y todos —en esta palabra la comprendo a usted también, señora—, todos se apresuraron a averiguar por la feliz mujer que había logrado quebrantar, en el breve espacio de unos días, la indiferencia del desdeñoso germano. Lo que no tardó en saberse. ¿Recuerda usted, señora, de la inmensa carcajada con que Huánuco recibió el nombre de la elegida?

—Vaya si recuerdo. Como que fui yo una de las que reía también. ¡Qué mujer la que había ido a escoger Zimens a la montaña, válgame Dios! ¡A la Martina Pinquiray! Una india, que no tenía más mérito que una carita aceptable. Una india de *pata al suelo*, que, a la primera intención, se dejó *quitar la manta* por el gringo y lo siguió como una cabra.

—Una costumbre encantadora, capaz de tentar a cualquier hombre.

—¡Ah, ya lo creo! Ustedes querrían verla implantada en Huánuco.

—Con lo que nada perdería la moralidad, señora, porque, usted bien lo comprende, antes de quitar a una mujer la manta habría que quitarle la voluntad. Y no me diga usted que no hay nada parecido en nuestras costumbres. Entre los panatahuinos la mujer se deja *quitar la manta* en señal de consentimiento; entre nosotros, con un pedazo de oro, en forma de anillo, se deja quitar todo.

—¿Es usted partidario de enlaces como el de Zimens con la Pinquiray? ¡Qué amalgama, Dios mío!

Y la señora Linares, que parecía haber retrocedido al tiempo de la noticia despatarrante, soltó una carcajada tan burlona, tan convulsiva, tan cruel, que no pude menos que decirle, a manera de reproche:

—La Pinquiray fue la india más hermosa de los panatahuinos, hermosa como un sol y digna de una estatua.

La señora Linares dejó de reír repentinamente, contrajo el ceño y, con entonación de amargura mal disimulada, se apresuró a responder:

—Sí; como hermosa, lo era. Así lo oí decir a más de uno que la conoció *íntimamente*.

Y el íntimamente fue acentuado con una intención diabólica, a la cual me vi obligado a responder con este elogio más:

—Y era también mujer de talento.

—¡Ya! Tuvo al menos el talento de conquistar a un gringo.

—El talento de conquistar a un hombre con fama de inconquistable, que es el triunfo que más envidian las mujeres, con perdón de usted, señora.

—Se equivoca usted lastimosamente, mi querido juez. Lo que más envidiamos las mujeres, hablo de las mujeres honestas, es la gloria de hacer felices a nuestros maridos. ¿También tuvo esa gloria la señora Pinquiray de Zimens?

—A eso voy, precisamente. Hay que ser fiel a la verdad. No tuvo esa gloria, pero tal vez fue porque no lo quiso. Zimens no fue feliz con su mujer. Había entre ellos, según él mismo me lo contara después, una disparidad de puntos de vista tal que la felicidad se espantó del hogar desde el primer momento. Zimens, en medio de sus extravagancias, era un romántico, un bohemio, una inteligencia atiborrada de teorías nebulosas, de esteticismos abstrusos, de conceptos filosóficos atrevidos, todo lo cual formaba en torno suyo una valla insalvable para el alma inculta y primitiva de su mujer. Fue un matrimonio sin puntos de afinidad; ni siquiera un matrimonio de esos en que los esposos, cuando no coinciden en el sentimiento, coinciden en la opinión. La Pinquiray no tenía opinión de nada y Zimens tenía opinión de todo. Lo que en éste suscitaba un reproche, una crispatura, una reprobación, un anatema, en aquella producía una sonrisa extraña, un silencio de esfinge, una serenidad de lago tranquilo. Y en el gusto y las costumbres el choque fue más franco todavía. En ella, una frugalidad inútil, una sed de ahorro insaciable, una miseria intencionada. En él todo era elegancia, exquisitez, refinamiento. Agréguese a esto el egoísmo de una mujer, extrañamente insociable, y se tendrá el cuadro completo del hogar de Julio Zimens.

»Y aquí estriba la originalidad de mi caso. Estamos en presencia de un hombre cuya vida es una perpetua contradicción, de quien nadie sabe por qué vino a estas tierras, dejando a su espalda centros más cultos y más propicios al éxito. Pero es que en Zimens había un virtuoso científico, ante el que todas las conveniencias desaparecían: era un admirador de la civilización incaica. A través de Prescott, Tschudi y demás historiadores de la conquista, había encontrado en el gran imperio de los incas los mismos principios de solidaridad política que en el poderoso imperio germano: el derecho de la fuerza, el derecho divino, la casta militar, el feudo, el despotismo paternal, la disciplina automatizadora, la absorción del individuo por el estado, el insaciable espíritu de conquista, el orgullo de una raza superior, llevado hasta la demencia…

»Y algo más todavía, algo que Alemania no había alcanzado aún, a pesar de su desmedido servilismo militar y científico: el bienestar público como coronación del imperialismo incaico. Obra de pueblo superior, de raza fuerte, de gobernadores

sabios. El Perú realizó entonces en Sudamérica, en gran parte, la obra que pretendía realizar Alemania en Europa, el dominio continental. Incaísmo y kaiserismo venían a ser para Zimens la misma cosa. Y, de similitud en similitud, el teutón llegó al apasionamiento por nuestro pasado precolombino.

»Fue esta pasión, este sueño de romántico enamorado de la fuerza, el que lo trajo hasta el corazón de estas tierras andinas, y, con él, el propósito de sentar en la experiencia propia la base de una teoría étnica, de saber qué resultados prácticos podría obtenerse del cruzamiento de dos razas viejas y superiores. ¿Por qué no fue al Cuzco? Por capricho tal vez.

»He aquí explicada, señora, la razón que tuvo Zimens para cometer el imperdonable delito de pasar como sonámbulo por entre el jardín encantador de vuestras bellezas de entonces. Perdónele, señora, en gracia del ideal que persiguió. Y la experiencia resultó un fracaso, como lo habrá adivinado usted, señora, desde el primer momento.

»Y vamos a los hijos. La unión no dejó de ser fecunda. ¡Pero qué hijos, señora mía, qué hijos! Un fiasco para el virtuosismo, una jugarreta a la teoría, un golpe al ideal. De los seis hijos que tuvo el matrimonio —cuatro varones y dos mujeres— ninguno respondió a las expectativas. Como las ranas, todos ellos, a poco de sentirse autónomos se arrojaron al charco de la vida montañesa, aquello fue una vergüenza y un tormento para Julio Zimens.

»Y sobre este desencanto, sobre esta defraudación espiritual, sobre este naufragio de la prole misérrima y desequilibrada, vino a caer sobre Zimens de repente el peso de una desgracia inmensa, horrible, desesperante, traidora, vil… Un día descubrió el infeliz en su apolínea faz, de blancura impecable, la lividez de un tumor sospechoso. ¿Qué podría ser aquello? ¿Alguna manifestación venérea? ¿Algún resabio atávico? ¿La incubación de algún parásito maligno?… Zimens voló a Huánuco, consultó a todos los médicos, respondió a todas sus preguntas, sufrió todos sus exámenes, todas sus prescripciones, para saber, al fin, que las garras implacables de un cáncer le habían cogido por lo más noble del cuerpo y que su mal era irremediable.

—¡Un horror! —exclamó la señora Linares—. Yo no quise verle así jamás. ¡Pobrecillo! Cuando alguna vez le veía a la distancia, yo retrocedía o me refugiaba en alguna tienda.

—El horror de los horrores. Y el suplicio de Zimens se ensanchó hasta hacerse esquiliano. Zimens comenzó a parecerse a Job, señora. No le faltó ni el estercolero, porque algo de eso tenía el tugurio en donde fue a refugiarse con su podre. Como las gentes huían su contacto y los perros, al verle pasar, se apartaban de él gravemente, después de olfatearle, Zimens acabó por volverse misántropo. Con su paraguas negro, su bastón amarillo y su *vendojo* verde, que le cubría desde la ceja izquierda hasta el carrillo, salía a determinada hora a hacer su provisión de mendrugos, o a tomar el sol para no morirse de tedio o de hartura de soledad y sombra. Y así, repudiado por todos, su vida se asemejó al arrastramiento de un féretro ambulante, a cuyo paso el

asco y el temor ponían en las bocas rictus de hostilidad o crispaturas de protesta. Hasta la mano de pulpero chino, acostumbrada a soterrarse en el cieno de los bajos oficios, hasta esa mano rehusó el contacto del papel con que Julio Zimens se empeñaba en pagar lo que compraba. «Lleva no *má*» —decíale el pulpero, con una sonrisa de caridad forzada.

»Y Zimens, cansado ya de verse echado cortésmente —con cortesía flagelante— de los hoteles, de las fondas, de los figones, acosado de hambre, tuvo al fin que sofocar las voces de su orgullo de germano, de su dignidad de hombre, y resignarse a aceptar la más humillante de las caridades: la que da de comer. La compasión pública cayó sobre esa alma solitaria como un escupitajo; una compasión de anhelos homicidas, una especie de lástima con garras, que, de buena gana, habría estrangulado al compadecido. Y él soportó esta situación seis, ocho, diez años, viendo día a día cómo el círculo de la llaga horrenda se ensanchaba, cómo la molécula, sana ayer, aparecía hoy contaminada y roída, cómo la virulencia se burlaba de los besos purificadores del termocauterio, cómo para esa rosa lívida, hedionda y rezumante no había el rocío de un milagro.

»Y llegó el día en que un gran pedazo del labio superior desapareció completamente, dejando al descubierto una encía purpúrea y unos incisivos amarillentos, que parecían ansiosos de morder; que la nariz irreprochable quedó convertida en un triángulo oscuro, viscoso, cóncavo; que uno de los ojos comenzó a desorbitarse y a tomar un estrabismo siniestro. Y allí en su tugurio, solo, abandonado, insomne, comenzó a dudar de Dios y a meditar contra sí mismo. ¿Concibe usted, señora, los pensamientos, ansiedades, rabias, dolores, tristezas, desencantos, maldiciones y odios que chocarían en el alma de ese bendito réprobo? ¿Concibe usted que se pueda vivir siendo hombre y perro a la vez? ¿Querría usted haber vivido por un instante la vida de Julio Zimens? Confiese usted, señora, usted, a quien en su niñez le enseñaron a creer en la tragedia del Calvario, que por encima de los padecimientos de Jesús ha habido, y habrá en todas las épocas, padecimientos más tristes, más hondos, más sombríos. Y más dignos de una redención también. La muerte de Jesús fue un triunfo, y él tuvo después del descendimiento siquiera el regazo bendito de una madre. Bien se puede morir así por el hombre, señora, ¡pero vivir y morir como Zimens!…

—¡Ah, murió al fin Julio Zimens! Creí que todavía vivía en la montaña, que había vuelto al lado de su bella y digna consorte —exclamó la señora Linares, siempre atrincherada en su ironía implacable.

—¡Qué había de volver! El infeliz no pudo tener ni el consuelo de padecer entre los suyos. Después de repudiarle su mujer, de echarle de la misma hacienda, solicitó ella, por consejo de sus mismos hijos, autorización judicial para enajenar el fundo. El desastre completo. Zimens tuvo el rasgo señorial de no oponerse ni protestar contra esas miserias.

—¿Y cómo sabe usted tanto de su vida, doctor? Todo lo que va usted contándome

parece una novela.

—Por él mismo, señora. Una mañana, la mañana última de su vida, llegó Zimens hasta la puerta de mi despacho. Y digo hasta la puerta porque por más instancias que le hice para que entrara, venciendo por supuesto todo mi horror, él no quiso pasar del umbral. Seguramente adivinó en el gesto involuntario que hice al verle, que su presencia me había disgustado. Con el paraguas en una mano y el bastón en la otra, la cara semicubierta por el *vendojo* verde y húmedo, que él procuraba despegarse a ratos, mirábame con el único ojo que le quedaba todavía, un ojo azul, triste, frío, deslustrado, como el de un pescado muerto.

—¿Querría usted, señor juez, oírme unos quince minutos? —me interrogó con voz rajada, gangosa, que parecía obstinada en no quererle salir de las fosas nasales.

—Lo que usted guste, señor mío. Pero entre usted, siéntese. Aquí todo el mundo tiene derecho entrar.

—Menos yo. Un hombre como yo está demás en cualquier parte. Figúrese usted que ni en el muladar de Santa Rufina me consienten. Los chicos me apedrean y los perros me ladran. Pero esto no le importa a usted. He venido a hacerle una consulta. ¿Un juez no es hombre de consulta?

Sonreí y contesté:

—Usted dirá de qué se trata.

—¿Cree usted que un hombre de mi condición tiene derecho a matarse?

—Nunca hay derecho para hacer el mal y menos contra sí mismo, señor mío.

—Vamos, le haré a usted la pregunta en otra forma. ¿Usted en mi situación se resignaría a seguir viviendo?

—La resignación es cuestión de temperamento, señor, y el valor de la vida, cuestión de apreciación —le respondí—. Hay gente para quienes la vida, por miserable y odiosa que sea, es un supremo bien.

—¡Oh, señor!, para mí es un supremo mal.

—¿Y cómo siéndolo se ha resignado usted a soportarla hasta hoy? —le contesté, con una crueldad que me causó después remordimiento.

—¿Sabe usted por qué? Porque hasta hoy he sido un cobarde. A unos les basta un segundo para tomar una resolución; a otros diez años, como a mí.

—¿No es usted creyente? ¿No cree usted en la vida futura, en la inmortalidad y evolución de las almas?

—Acabo de confesarme. Soy un creyente que cree hasta en la bondad del suicidio. El suicidio es el último bien del que lo ha perdido todo. Y creo que mi vida tiene una razón de ser, como creo también que en mí hay un poder que puede destruir esa razón cuando quiera. Pero veo que usted me ha eludido la cuestión. No me ha contestado usted qué es lo que haría en mi lugar.

—¿Yo? Habría que estar en su lugar primero. La suposición está siempre por debajo de la realidad. El sufrimiento no se supone, hay que sentirlo. Además, el instinto de conservación es tan poderoso… Y, en medio del dolor, de la infidelidad,

siempre hay algo que nos liga a la vida.

—¿Y cuando se es tan infeliz que teniéndolo todo no se tiene nada?

—Explíqueme usted su paradoja.

Y Zimens, con una verbosidad ansiosa de desquite de silencio, con sinceridad que a ratos parecía mentira y a ratos cinismo, tomó de la mano a mi espíritu y lo introdujo de golpe en la sombría y enmarañada selva de su vida, de esa vida que acabo de exponerle a usted, señora. Cuando salí de ahí, tenía el corazón dolorido, los ojos húmedos y la garganta estrangulada por la emoción. Terminada la relación de su historia, Zimens me preguntó:

—Ahora, dígame usted, ¿no es verdad que he debido matarme hace tiempo?

Me limité a contestarle:

—Si yo no fuera juez le daría a usted mi revólver.

—El revólver es lo de menos, mi querido señor. Hay cien maneras de matarse.

Y, haciendo una genuflexión profunda, se retiró diciendo:

—Me voy con la satisfacción de saber que hay una religión que perdona al pecador y una justicia que absuelve al delincuente… ¡Adiós!

III

Pocas horas después de la extraña visita, la autoridad política me comunicaba la muerte de Julio Zimens en estos parecidos términos:

«Señor juez de turno: Acaba de ser conducido al hospital de San Juan de Dios el cadáver del súbdito alemán don Julio Zimens, quien a las once de la mañana de hoy se arrojó del puente de la parroquia al Huallaga, según referencias de las muchas personas que presenciaron el acto, entre las cuales se encontraban don Fulano y don Zutano. Junto con el cadáver pongo a su disposición un bastón y un paraguas, que el suicida dejó en una de las tribunas del puente. Lo que tengo el honor de comunicarle para que usted se sirva ordenar las medidas del caso».

—¡Qué impresión para usted, doctor!

—¡Qué sarcasmo!, dirá usted señora.

—¿Y usted fue quien instauró el sumario?

—¡Y quien lo concluyó también!

—Por supuesto se comprobó el suicidio.

—Sin ninguna duda.

—Trabajo engorroso e inútil.

—¿Por qué, señorita? Siempre es útil saber la verdad de una muerte. Y más útil todavía saber cómo mata la sociedad y cómo un hombre puede ser juez y reo al mismo tiempo.

Cachorro de tigre

I

Me lo trajeron una mañana. Su aspecto inspiraba lástima. Por su estatura aparentaba doce años, pero por su vivacidad y por la chispa de malicia con que miraba todo y su manera de disimular cuando se veía sorprendido en sus observaciones, bien podría atribuírsele quince.

Y no sólo era una especie de enigma por la edad, sino también por lo que pudiera hacer o pensar. *Mánam, mánam*, era la respuesta que daba a todo. No sabía nada ni nada entendía, pero con los ojos parecía decir lo contrario. Y como tampoco supo decirnos su nombre en los primeros días, o no quiso decirlo, y era necesario llamarle por alguno, resolví rebautizar a tan pequeña persona con el de *Ishaco*, así en quechua, ya para que lo entendiera bien y le sonara agradablemente a sus oídos de chaulán cerril, ya para que obedeciera mejor cuanto se le iba a ordenar en lo sucesivo.

Verdad que su apellido lo supe desde el primer momento, pero me parecía impropio llamarle por él, no sólo por lo inusitado, sino para evitarme el compromiso de satisfacer a cada instante la curiosidad pública sobre su procedencia. Y no se crea que el apellido significase una rareza, una extravagancia o un equívoco, cosa tan corriente entre los indios. El apellido no podía ser más español: Magariño. Pero es que pesaba sobre él una celebridad tan triste…

¡Magariño! Así se había llamado, hasta poco antes de la llegada del muchacho, una especie de *Rey del Monte* andino, que durante diez años había vivido asolando pueblos, raptando y violando mujeres, asesinando hombres y arreando centenares de cabezas de ganado de toda especie al reino misterioso de sus estancias, hasta que la bala de uno de sus tenientes le puso término a sus terribles correrías.

Además, el mismo chico, por no sé qué razones, había contribuido a este silencio, a esta extinción del apellido paternal. Así se le hubiera llamado por él cien veces, el indiecillo no habría contestado jamás. Donde cualquier otro muchacho hubiese acabado por ceder, él supo mantenerse inalterable, impasible, sereno, inquebrantable… Así logró imponerles a todos su nuevo nombre de *Ishaco* y pocos días después nadie volvió a llamarle por Magariño.

Pronto se hizo *Ishaco* necesario para todo: para los recados, para las compras, para la cocina, para la mesa, para mis hijos, hasta para el Juzgado, cuyo aseo y arreglo aprendió en un santiamén, con lo que probó que el cerebro de un chaulán no es tan refractario a la idea de orden como parece. Y se hizo el necesario, no por ser el único, sino porque, viéndole todos su voluntad, su paciencia, su acomodamiento, su prontitud para hacer las cosas, todos acabaron por descargar en él gran parte de sus obligaciones, cosa, desde otro punto de vista, muy propia de la humana naturaleza.

Ishaco quedó, pues, convertido en la piedra angular de mi servidumbre, y también en cabeza de turco cuando alguien necesitaba aliviarse de una disculpa. Todo lo bueno lo hacían los demás; todo lo mal, *Ishaco*.

Y con qué facilidad se fue enterando de todo. Antes del mes llamaba todas las cosas por sus nombres. Cuando vio la máquina de coser quedose largo tiempo mirándola y dando vueltas en torno de ella; y cuando la vio funcionar, empezó a reír nerviosamente y a zapatear, como si estuviese bailando *cashua*. Y rió tanto que todos acabaron por reír también.

—¿Te ha gustado la máquina? Es para coser vestidos. Aquí se te va a coser camisas, sacos, pantalones… Verás qué buenmozo vas a quedar con el vestido que te van a coser.

—¿Y máquina cose gente también? —preguntó con cierta curiosidad no exenta de malicia.

—No, hombre; a la gente no se la cose.

Ishaco volvió a reír más fuerte; pero ya no con risa ingenua, sino con risa que parecía responder a un extraño pensamiento, pues al retirarse murmuró:

—¡Qué bueno coser Valerio!

II

La persona que me trajo a *Ishaco*, un sargento de gendarmes, me dijo:

—Ya que no he podido traerle, señor, las pieles de zorro que le prometí, pues la batida no nos ha dejado tiempo para nada, le traigo, en cambio, uno vivo.

Y mostrándome al indiecito, añadió:

—Ahí donde usted lo ve, señor, tiene su geniecito, pues es nada menos que hijo del famoso Magariño.

—¿De Adeodato?

—Del mismo, señor, según nos dijeron en Chaulán cuando nos vieron entrar con él al pueblo.

—¿Y por qué me lo traes a mí?

—Porque me lo ha mandado el mayor.

—No me parece bien; han debido entregárselo a cualquiera de sus parientes. ¿Que no tiene hermanos, tíos, abuelos…?

—Si nadie nos ha querido decir, señor, en Chaulán, quiénes son sus parientes, ni recibirlo tampoco. El gobernador decía que podíamos dejárselo al alcalde, y el alcalde, que al gobernador. Con decirle a usted que el señor cura, al saber quién era el muchacho, lo santiguó y se negó también a recibirlo. Todos temían comprometerse.

—¿Comprometerse por tan poca cosa?

—Es que usted no sabe las costumbres de esas gentes, señor. Cuando corre sangre entre dos familias, como ahora entre los Valerio y los Magariño, el que protege a uno

de ellos se trae el enojo de los otros. Esas gentes odian como demonios, señor.

—¿Y el juez de paz? ¿Qué hizo el juez de paz?

—El juez de paz también hizo el quite, señor. ¿Sabe usted lo que dijo? «Hijo de bandolero no sirve. Si los Valerio saben que está aquí un hijo de Magariño vendrán por él, lo *retacearán* y me quemarán la casa; y si lo saben los Magariño, dirán que les he secuestrado al pariente y vendrán también a pedirme cuentas. Llévatelo, taita; no sirve». Y el mayor cargó con él.

Y puesto yo en la disyuntiva de rechazar la criatura por una simple cuestión de forma, para que fuera a parar quién sabe en qué manos, o dar en algunos de los cuarteles, donde correría el riesgo de pervertirse, o de aceptarlo y mantenerlo en mi poder hasta que fuera reclamado por alguno de sus deudos, opté por esto último, y el vástago de uno de los bandoleros más famosos de estos desventurados campos andinos entró a ser un miembro más de mi familia.

III

El chico comenzó a medrar prodigiosamente. Parecía crecer por centímetros. Aquella faz, terrosa y resquebrajada por las inclemencias de las alturas, con que llegó a mi casa, fue adquiriendo paulatinamente la tersura y el brillo de un rostro juvenil. La ablución cotidiana, el cabello cortado al rape, la manera de vestir y calzar, el trato y estimación que se le diera desde el primer momento, contribuyeron a darle aire de decencia y visible expresión de simpatía. De todo lo que pareció enterarse perfectamente el indio, así como del valer personal a tan poca costa adquirido.

Se paraba delante del espejo largo rato y, después de mirarse por sus cuatro costados, acababa por sacarle la lengua o mostrarle el puño a la imagen que tenía delante. Y era de verle en sus ratos de repentina expansión, allá en el interior del hogar, frente a la servidumbre, derrochando imitación y comicidad, hasta hacer desternillar de risa al auditorio.

—¿Cómo anda patrón Francisco? ¿No saben cómo anda patrón Francisco? Patrón anda así… ¿Y señorita?… Señorita ríe así… Y cuando patrón está despacho y preso delante, va para allá, viene para acá, da vueltas como cabro encerrado, se baja gorra, junta cejas así y después grita: «Estás mintiendo; te conozco ojos, ¡zamarro!».

Y cambiando de tema, con volubilidad desconcertante, comenzaba a explotar el de los motes, acabando por enojar a todos.

—Tú —dirigiéndose a la cocinera— pareces sachavaca[*]; tú —al mayordomo, que es un negro mozo y poco amigo de bromas—, añás[*]. ¡Fo! Añás…

A lo que el negro, que desde la llegada del indio miraba a éste con cierta ojeriza, echábasele encima con las más aviesas intenciones, que *Ishaco* sabía burlar con un simple salto de tigre y una rápida fuga.

Y de estas cómicas expansiones *Ishaco* venía a parar al libro de lectura, que abría

por cualquier página, y comenzaba a deletrear antojadizamente, con seriedad de colegial contraído. Y no lo hacía mal a la hora de dar la lección. Su memoria era tanta, que le bastaba uno o dos repasos para repetir de una tirada hasta media página. Su memoria visual, plástica especialmente, era prodigiosa. En un momento aprendió a ver la hora en el reloj, a distinguir los periódicos ilustrados de los que no lo eran y a saber sus nombres, a conocer el valor de las estampillas y lo que era una factura y una carta.

Al lado de estas manifestaciones de una inteligencia vivaz, había otras de una animalidad extraña, que habrían confundido a un psicólogo y a las que, posiblemente, ningún poder hubiese podido corregir o atenuar. Se cazaba los piojos y se los comía deleitosamente, después de verlos andar sobre la uña; se hurtaba los pedazos de carne cruda y sangrienta y los engullía con la rapidez y voracidad de un martín-pescador; recogía en cualquier cazo la sangre de los animales degollados y, humeante aún, se la bebía a tragantadas, después con risotadas bestiales el cloqueo que aquélla hiciera al pasarle por la tráquea; hacía provisiones de sebo y de piltrafas, recogidas en la cocina, ocultándolas en cualquier escondrijo, para sacarlas más tarde en plena descomposición y devorarlas a solas y tranquilamente. Era a ratos perdidos un insectívoro y un antropófago.

Por la carne era capaz de todo, y aun cuando a la hora de comer no tenía preferencias por ninguna, roja o blanca, cruda o cocida, podrida o fresca, tierna o dura, los trozos crudos y sanguinolentos, acabados de traer del mercado, causábanle como una especie de sádico enternecimiento. Para él habría sido un placer revolcarse, a la manera del gato cuando olfatea algo que excita su sensibilidad, sobre un colchón de carne roja y palpitante. Diríase que la vista y el olor de la carne cruda despertaban en él quién sabe qué rabiosos gustos ancestrales, pues su boca de batracio se distendía en una sonrisa bestial, hasta mostrar el clavijero purpúreo de las encías, y los ojos saltones le brillaban con el innoble brillo de la codicia.

Fue esta pasión la que una vez llevó al indio a pasear en triunfo, sobre una improvisada pica, el corazón de un toro, sorteando las persecuciones de la cocinera y canturreando un aire indígena.

—¡Trae acá, bandido! Voy a decirle al señor para que te quite a latigazos la maña de jugar con las cosas de mi cocina.

—¡Silencio, sachavaca! No molestes, que estoy muy alegre. Déjame pasear corazoncito. Así voy pasear corazón Valerio y comérmelo después.

IV

Había reparado yo que *Ishaco*, cuando no respondía inmediatamente a mis llamadas, al presentarse revelaba azoramiento, y, sin esperar que le interrogara por la demora, comenzaba a disculparse tontamente.

—Estoy barriendo despacho, taita —díjome en cierta ocasión.

—¿Y esta mañana no lo barriste?

—Sacudí no más mesa, taita.

Esta manera de responder se me hizo sospechosa y resolví espiarlo. El chico era demasiado curioso y su curiosidad podía llevarle lejos. Además, en el despacho había cosas capaces de tentarle. Ya se le había sorprendido encaramado en la consola, haciendo girar la manecilla del reloj y tecleando también en la máquina de escribir.

La ocasión no tardó en llegar. Hallábame en una habitación continua al despacho, entregado al estudio de un expediente, cuando comencé a percibir una serie de golpecillos secos, crepitantes, que me indicaron que alguien andaba en el despacho. Me levanté presuroso y atisbé.

Era *Ishaco*, que se entretenía en restallar una carabina, apuntándole a un blanco imaginario. Su manera de manejar el arma me dejó asombrado. Con admirable precisión llevaba y traía el manubrio, simulando el acto de cargar y descargar, y se encaraba el arma y hacía funcionar el disparador en los dos tiempos reglamentarios.

La carabina, casi tan grande como el muchacho, que en manos tales hubiera podido tomarse por un pasatiempo, manejada en esa forma sugería la idea del peligro. Aquello dejaba de ser una simple distracción para convertirse en un ensayo amenazador y siniestro. Lo había observado muy bien. El semblante de *Ishaco* no revelaba la satisfacción de una curiosidad infantil, sino la expresión de un pensamiento torcido y precoz. Descubríase en él cierta gravedad que inspiraba respeto. ¿Qué ideas terribles bullirían en ese momento en aquel cerebro quechua? ¿Qué odios dominarían en esa almita risueña e inocente, al parecer para todos, pero realmente seria y sombría, cuando estaba a solas, bajo el peso de la nostalgia? ¿Habría en esta bestiezuela recién domada razón suficiente para que el complicado sentimiento de la venganza hubiese echado ya raíces en su corazón? ¿Se habría percatado ya de la triste condición en que lo había dejado la bala de un asesino?

—¿Qué haces, *Ishaco*? —exclamé, interrumpiéndole en su siniestro ejercicio.

El indio apenas se inmutó.

—Limpiando carabina, taita. Armas sucias, taita.

—¿Limpiando? ¿Y con qué la estás limpiando? No te veo nada en las manos.

Ishaco no se turbó por la observación.

—Voy a llevarla a mi cuarto. Mi cuarto tengo trapo listo, cordel para limpiar cañón, grasa para untar piezas.

—¿Y quién te ha enseñado todo eso?

—Padre *Deudatu*. Yo limpiar siempre sus carabinas.

—¿Tenía muchas?

El indio sonrió por toda respuesta.

—¿Sabes tú qué arma es ésta? Seguramente no lo sabes.

La sonrisa del indio expresó entonces un dejo de ironía, que pude interpretar en este sentido: «¡Si tú supieras lo que yo sé de armas!». Y, como para comprobarlo,

añadí:

—Es un *winchester*, muy peligroso para los niños. No vuelvas a tocarlo porque puede hacer fuego y herirte.

—No es *güincher*, taita; *manglir* es. Mi padre *Deudatu* tenía muchas de éstas. Domingos me prestaba una y yo salía cazar venado y tumbar cóndor. Carne venado gustarle mucho mi padre.

—Está bien. Vete y cuidado con que vuelvas a tocar estas armas sin orden mía.

Ishaco puso la carabina en el armario y se retiró mientras yo, disgustado por lo que acababa de ver y de oír, comencé a pensar en la manera de deshacerme de tan extraña criatura.

V

—Estaré viendo marcharse al indio y no lo creeré. Le has tomado algún cariño al muchacho.

—Es natural; hace seis meses que está con nosotros. ¿No admiras su inteligencia, su pasmoso espíritu de adaptación?

—Lo admiro, y admiro más la facilidad con que aprende todo; pero ya verás los disgustos que nos esperan por su culpa. El indio en ciertos momentos es un demonio. A nadie respeta más que a ti, y eso sólo cuando estás presente.

Y mi mujer intentó ponerle fin al diálogo con un marcado gesto de disgusto.

—Todo lo que hace es propio de la edad, hijita. A su edad todos hemos hecho, más o menos, las mismas travesuras. ¡Pobres los niños serios!

—Es que lo que *Ishaco* hace son perversidades que espeluznan. No hace muchos días que cazó un zorzal, lo desplumó, lo pintó de verde y lo metió en una jaula con el guacamayo. Naturalmente el guacamayo lo destrozó. ¿Y ayer? Ayer hizo otra atrocidad. Colgó al pavo de las patas y lo dejó así hasta que el gallo le deshizo la cabeza a picotazos y patadas. Una salvajada sin nombre.

—Tienes razón. Una bestialidad que me pone en el caso de salir de él cualquier día.

—Y no es eso lo peor; lo peor es que hace las cosas y las niega, aunque lo sorprendas ejecutándolas. «¿Quién ha hecho esto?». «¿Quién será, pues, señorita?». Nada sabe; es un bendito.

—Es el gran defecto de la raza. La verdad que daña rara vez la confiesa del indio, aunque se trate de una pequeñez.

Lo cierto era que el indio me tenía ya harto con sus travesuras diabólicas, a pesar de la excelencia de su servicio. Si a los doce o quince años *Ishaco* hacía tales cosas, ¿de qué no sería capaz a los veinte, a los treinta, cuando, ya dueño de su libertad y entregado a sus propios impulsos, se echara a correr por esas tierras de ambiente corruptor que le vieron nacer? Porque ¿cómo pensar que *Ishaco* habría de renunciar

para siempre a la vida del campo, a la vuelta al seno de los suyos?

Fuera de que su permanencia en mi casa sólo podía ser temporal, ni yo me sentía inclinado a tomarle definitivamente a mi servicio, ni él era, por su origen y su raza, de los indios que se resignan a vivir uncidos al yugo de la servidumbre. El indio margosino, el indio chaulán, como el de todas las tierras andinas, crece respirando un aire de bravía independencia y, ya hombre, sabe, por la voz de la sangre y de la tradición, que no hay envilecimiento mayor para un indio que el de servirle domésticamente al *misti*. Son como las ranas: cantan y gozan bajo las ardientes caricias del sol, pero, a lo mejor, huyen de él y tornan al charco cenagoso y pestilente. Pobres, ignorantes, explotados, perseguidos, tristes, trashumantes, roñosos, pero libres, libres en sus montañas ásperas, en sus despeñaderos horripilantes, en sus quebradas atronadoras y sombrías, en sus punas desoladas e inclementes; como el jaguar, como el zorro, como el venado, como el cóndor, como la llama… Ésta es la ley, su ley, y el que la quebranta es porque los corpúsculos de alguna sangre servil han traicionado a la raza. ¿Qué vale para el indio la luz de todas las civilizaciones juntas, disfrutada al amparo de la ciudad, comparada con un rayo de sol, disfrutado al amor de sus majestuosas cumbres andinas? Y así como el *misti* cuanto más culto es, tanto más cerca vive de las idealidades, de los ensueños, así el indio, a medida que es mayor su incultura, más poseído se siente por las realidades de la naturaleza. La cultura es para él un bien que desprecia, y la comodidad, un yugo que odia.

VI

La noticia de la muerte de Adeodato Magariño cayó en la provincia entera como un alivio. Era un enorme peso el que se les quitaba a todos de encima, un peso que no dejaba respirar libremente a cuantos tenían necesidad de viajar por las tierras en que por muchos años fue amo y señor el feroz bandolero. Y era una vergüenza también para los representantes del poder público.

Todas las improvisadas persecuciones dirigidas contra el terrible chaulán habían fracasado ruidosamente. Mientras la fuerza pública redoblaba la furia de sus marchas, combinando audaces e infalibles planes de captura, gastando energías dignas de más nobles empeños, él, Magariño, sereno y audaz, confiando en su profundo conocimiento del suelo que pisaba, intuitivo estratega, con una rápida contramarcha, con un simple flanqueo, con el señuelo de una falsa pista, con la destrucción de un *huaro* o la obstrucción de un camino, dejaba burlados y en ridícula situación a sus perseguidores; y éstos, hartos al fin de fatigas, de malas noches de hambre, de frío y de lluvias, decepcionados y mugrientos, sin fuerzas para espolear sus macilentas y despeadas cabalgaduras, optaban por abandonar la partida y volverse.

Y cuando volvían, su vuelta, en vez de aquietar los ánimos, servía sólo para escandalizarlos, pues de cada excursión lo único que traían eran indios infelices,

denunciados como bandoleros por la inquina lugareña, numerosas puntas de ganado lanar y vacuno y escopetas viejas y rifles inservibles, para disimular con estas recolecciones vandálicas la inutilidad de sus batidas.

Y cuando la imprudencia y la delación pusieron alguna vez al indio en la alternativa de batirse a muerte o entregarse, él no vaciló jamás en jugar serena y valientemente su vida, arremetiendo con tal pujanza y furia que todo cedía a su paso; y siempre supo escapar dejando tras de sí la admiración y la muerte.

Se diría que el indio gozaba con esta vida de inquietud y peligro, que su naturaleza fuerte y bravía necesitaba de estas persecuciones violentas, en las que, mientras sus perseguidores desplegaban toda la habilidad de un cazador apasionado, él desplegaba toda la ferocidad del tigre y toda la astucia del zorro. De aquí que la persecución se convirtiese en una especie de duelo a muerte, en el que, más que la vida misma, lo que más se temía perder era el triunfo. Y cada fracaso era un reclamo más para el bandolero, cuya triste celebridad agrandábase hasta circundar su figura de una aureola romántica.

El nombre de Magariño llegó a adquirir proporciones de pesadilla en la imaginación de sus perseguidores y de leyenda en la de las almas sencillas. No transcurría un mes sin que se hablara de sus asaltos, de sus saqueos, de sus incendios, de sus asesinatos y de sus cuatrerías. Comenzaron a cantarse sus aventuras en las aldeas, en las estancias, en los pueblos, en todas partes, pintándosele en ellas no sólo como un *puma valiente, comedor de corazones*, sino como el bandolero más rumboso y bravo de todos los tiempos. Lo de siempre: la fantasía popular exagerando y retocando la leyenda del héroe.

Los hechos de Magariño repercutieron en todas partes, trompeteados por la fama. Sólo de una cosa se guardó silencio: de sus aventuras amorosas. ¿Y cómo hablar de ellas, si ellas ocupan un lugar muy secundario en el pensamiento del indio? El indio no sólo no hace mérito de sus conquistas amorosas, sino que ni se jacta de ellas ni las convierte en gloria de sus héroes. Es como el chino. ¿Ni qué importancia atribuirle al *donjuanismo* si su parte más meritoria, que es la conquista del corazón femenino por obra de la galantería de la rumbosidad, de la constancia, de la paciencia, del arte, en una palabra, para el indio es cuestión de brevedad y fuerza? Quizás si en esta facilidad misma está la causa de la mezquina importancia que le da el indio a la parte romancesca del amor. Y Magariño, hijo del medio ambiente y de la raza, tenía indudablemente que proceder, a la hora de sus expansiones, no sólo igual a todos sino más brutalmente, más despóticamente; y aquella fuerza era su cualidad más preponderante. Por esta razón sus triunfos amorosos se reducían a golpes de fuerza, violaciones y estupros, prólogos o epílogos de sus invasiones y salteos.

Y toda esta armazón de triste gloria había caído deshecha al golpe de una bala certera, allá en las soledades de una estancia recóndita, perdida entre la quietud hierática de las cumbres inholladas y el níveo sudario de la puna bravía. Una hora de festejo y alcohol y de confianza también, rara en un hombre que siempre desconfió de

todo, lo puso a merced de un compañero traidor. Un pretexto cualquiera exaltó los ánimos, y los vocablos injuriosos, y las miradas retadoras y los puños amenazadores sobrevinieron. Magariño, ciego por esta actitud de su contrario, que significaba para él una insolencia inaudita, se perdió. Al pretender coger su carabina para castigar a su teniente Valerio, éste, que tenía ya previsto el choque y que contaba, además, con la complicidad de sus compañeros, anticipándose, disparó contra su jefe, hiriéndole mortalmente.

Sobre los yacentes despojos del formidable chaulán, se irguió entonces la anónima figura de una nueva y sombría celebridad. El nombre de Felipe Valerio comenzó a sonar en todas partes y las miradas de las gentes volviéronse a él llenas de curiosidad.

VII

Se inició la audiencia y Felipe Valerio compareció entre dos gendarmes. Era Valerio un indio alto y desmirriado, de rostro lampiño, y largo como el reflejo de una imagen en un espejo cóncavo, y en el cual lo caído y curvo de la nariz tenía reminiscencias de garra, y su mirar, oblicuo y falso, causaba la impresión de estar frente a una hiena.

Su captura había sido obra de la casualidad, como la mayor parte de ellas. El indio, astuto y audaz, acosado por los gendarmes y los deudos de Magariño, había tenido que refugiarse en Huánuco, y mientras todos desesperaban de cogerle, él, bajo un nombre supuesto, dejaba pasar tranquilamente la furia de la persecución, al amparo de un hogar del barrio de San Pedro. Pero una imprudencia lo descubrió. Una mañana que recorría el comercio de la ciudad, en busca de las clásicas cápsulas del 44, un pariente de Magariño lo reconoció y lo entregó a la policía.

Contra lo que yo esperaba, Valerio no negó su delito. En regular castellano y con una franqueza y una minuciosidad inusitadas por los hombres de su raza, que saben siempre oponer el laconismo o la negativa al interrogatorio más exigente, él refirió todo, dejándole, por supuesto, una puerta de escape a su defensa. Él no había matado a Magariño por puro gusto, por pura maldad. Nada de esto. Como Magariño era de muy malas entrañas, y muy madrugador en lo de meterle una puñalada o un tiro a cualquiera, al verse amenazado por él no hizo más que adelantarse y disparar, pero con tan mala suerte que *su pobre* amigo no volvió a levantarse más.

Y terminado el interrogatorio, que Valerio firmó tranquilamente, ordené:

—¡Llévenlo!

Valerio me hizo una humilde genuflexión, cogió su poncho, que había arrojado al suelo al entrar, y salió, dejándome entregado a mis suposiciones.

Pero no había transcurrido un minuto de su salida cuando un alboroto, proveniente del patio, me sacó de mi abstracción. Lo primero que se me ocurrió fue

que Valerio se había fugado. Me precipité al balcón y pregunté:

—¿Qué pasa?

No fue necesaria la respuesta: el cuadro que tenía delante me la dio, y muy significativa. Valerio, medio descrismado, se debatía en el suelo, sin que la ayuda de los gendarmes fuese suficiente para levantarle. Bajé y púseme a examinarle: una herida enorme abarcábale media cabeza, y la sangre, que le manaba a borbotones, comenzó a formar charco. A su lado yacía una piedra de moler, que, en medio de su mutismo, parecía acusar a alguien.

—¿Quién es el que le ha tirado la piedra? —interrogué, tonante y amenazador—. Que se asomen todos los de arriba.

Una fila de azoradas cabezas apareció por entre las puertas de los antepechos y, después de revisarlas todas, como notase que faltaban Pedro e *Ishaco*, lleno de sospecha, volví a preguntar:

—¿Dónde está Pedro? ¿Dónde está *Ishaco*? ¿Por qué no se asoman ésos…?

—Aquí estamos, señor —respondió el primero—. Estaba persiguiendo a *Ishaco*, que no se dejaba coger y quería escaparse por la huerta. Él es el que ha tirado la piedra a ese hombre. Yo lo he visto, señor…

Y corroborando esto, la cocinera, que también se había asomado, dijo:

—Es la piedra de moler de mi cocina. Hace rato que vi a *Ishaco* salir con ella y al preguntarle por qué llevaba la piedra, me contestó: «que iba a abrirle la cabeza a un perro».

Ishaco no protestó contra ambas acusaciones. Enfurruñado como un gato rabioso cogido por la cola, se limitaba a morderle las manos al negro para que lo soltase, repitiendo de rato en rato esta frase, a manera de vindicación:

—¡Ese perro *mató mi padre*! ¡Ese perro *mató mi padre*!…

VIII

Tan luego como la policía me lo comunicó y se llenaron las formalidades del caso, me constituí en la cárcel a interrogar al preso.

Se trataba de *Ishaco*, el indiecillo aquel que un tiempo fue el rebullicio y tormento de mi casa, y, a pesar de esto, la alegría también. Había caído en manos de la justicia cuando el sangriento episodio, que puso en peligro la vida de un hombre, lo tenía ya casi olvidado, lo mismo que todos los hechos que se sucedieron después: la fuga de Felipe Valerio del hospital, a donde se le remitió para su curación, y la de *Ishaco*, de la casa en que me vi obligado a depositarle.

Y no había vuelto a saber de este último de manera precisa. De cuando en cuando algún vago y anónimo rumor traíame a la memoria el recuerdo de su famoso e inextinguible apellido, y entonces, por asociación de ideas, mi imaginación reconstruía el drama de la tarde aquella en que, mientras todos nerviosos y

horrorizados, bajamos a auxiliar a Valerio, el indiecillo, apercollado por el negro, contemplaba su obra con espantosa tranquilidad.

Pero cuando los rumores se repitieron y los hechos espeluznantes se precisaron, acabé por fijar en ellos la atención. Primero se habló de que, al frente de una banda numerosa, un hijo de Adeodato Magariño había aparecido de repente en las tierras de Chaulán y había saqueado e incendiado las propiedades de los Valerio; después, que el mismo bandolero había rodeado y batido a una fuerza de gendarmes y degollado a los prisioneros; más tarde, que Felipe Valerio había sido cogido por el hijo de Magariño, y que éste, en venganza de la muerte de su padre, después de haberle tenido toda una noche colgado por los pies, lo había mutilado paulatinamente en el espacio de varios días.

Esta manera de torturar, igual a la que *Ishaco* practicase en cierta ocasión en mi casa con uno de mis animales, me llevó a pensar en si no sería aquello idea del mismo cerebro y obra de la misma mano. Porque al ser ciertos todos esos horrores y su autor el hijo de Magariño, ¿no era lo más acertado suponer que *Ishaco* fuese uno de los de la banda y el inspirador de esos odiosos refinamientos de crueldad? Aquella diabólica idea de colgar a los hombres por los pies toda una noche… Aquella vivisección lenta y sañuda, digna de un suplicio chinesco…

Pero mis dudas se habían desvanecido repentinamente. Ahora no tenía ya que pensar en cuál de los hijos de Magariño le había sucedido en su infamante celebridad. Un parte policial y una sucinta descripción del alcaide me hicieron comprender que se trataba de *Ishaco*, de aquel cachorro de tigre, que, cuando se le castigaba, en vez de llorar, barbotaba no sé qué palabras quechuas y mordía para que lo soltasen.

Y lleno de asombro, a pesar de encontrarme ya con el ánimo preparado, le vi comparecer.

—¡Buenos días, taita!

—Buenos días. Siéntate.

—¡Gracias, taita!

Había crecido mucho y cambiado más. Toda aquella desmedrada apariencia, con que viniera a mi casa en otro tiempo, había desaparecido. Tenía un aire reposado y todas las trazas de un hombre. Sus ojos miraban firmemente, sin la esquivez ni el disimulo de los de la generalidad de su raza, y, por más que le observé, no pude descubrir en ellos ni fiereza ni crueldad. Se diría que todos aquellos cuadros de horror y de sangre, obra de su voluntad y de su bárbara inventiva, que, seguramente, había tenido que ver desfilar durante su corta, pero ruda y atormentada vida de bandolero, no habían impreso la menor huella en sus ojos. Por el contrario, tenían éstos un aire tal de simplicidad, de limpidez, que desconcertaban, que hacían pensar en que, si *los ojos son el espejo del alma*, no siempre el alma se encuentra reflejada en ellos.

Su traje, a pesar de su desaliño y sencillez, revelaba decencia y comodidad: pantalón de paño gris, recios zapatones de becerro, hermoso poncho listado de hilo, que le llegaba a los muslos, y un pañuelo blanco, al parecer de seda, anudado a la

cabeza, a la manera de un labriego español.

Al preguntarle por su nombre, me miró significativamente y respondió sonriendo:

—Diego Magariño para todos, taita; para ti *Ishaco*.

A semejante respuesta, sentí que algo se conmovió dentro de mí, pero el poder de mi voluntad o la fuerza del hábito, que todo podía ser, lo sofocó, sin permitir que asomara a mi rostro. Y para romper el silencio que reinaba en la sala, interrumpido sólo por el nervioso rasgueo con que el actuario parecía arañar el papel sellado, silencio que, no sé por qué razón, causábame extraño malestar, dije, por decir algo:

—¡Quítate el poncho!

El acusado vaciló un momento; pero, sugestionado por mi mirar imperativo, se lo quitó, no sin cierta lentitud, que a mí me pareció sospechosa.

—Ponlo en la banca.

Todo fue quitarse el poncho *Ishaco* y comenzar yo a sentir una pesada y sofocante hediondez, que iba aumentando a cada movimiento que hacía el indio para colocarse detrás de la espalda el *huallqui*. Todos comenzamos a mirarnos con desconfianza.

—Es el poncho, señor —exclamó el actuario.

—No creo que sea el poncho —dije yo—. Lo que siento es un olor a podredumbre.

Y acordándome de repente de las nauseabundas aficiones de *Ishaco*, añadí:

—Acércate y abre el *huallqui*. Quiero ver lo que tienes en el *huallqui*.

—Fiambrecito, taita. Para qué sacarlo, taita. No te va a gustar.

—Sácalo: quiero verlo.

El indio, dominado, sumiso, metió la mano al *huallqui* y sacó, sin repugnancia, un lío, cuya fetidez, a medida que lo desenvolvía, iba haciéndose más insoportable. Dos trozos de carne aparecieron.

—Carnecita, taita —dijo mostrándome el contenido, pero con reserva.

—¿Carne? —repitió el actuario acercándose al indio—. No lo creo. ¡Parecen ojos, señor!

Di un salto, miré atentamente y, después de cerciorarme de que lo que el indio tenía en la mano eran realmente dos ojos, le pregunté, lleno de horror:

—¿De quién son esos ojos, canalla?

—De Valerio, taita. Se los saqué para que no me persiguiera la justicia.

Y aquellos dos pedazos de carne globular, gelatinosos y lívidos, como bolsas de tarántula, eran, efectivamente, dos ojos humanos que parecían mirar y sugerir el horror de cien tragedias.

La mula de taita *Ramun*

I

Taita *Ramun*, como le llamaban todos en el pueblo al señor don Ramón Ortiz, español de Andalucía y cura de Chupán, a mucha honra, según decía él con un resabio de ironía bastante perceptible, habíase levantado aquel día más temprano que de costumbre. No había dormido bien, no porque el insomnio le hubiera removido en la noche el acervo de todas aquellas buenas o malas cosas que yacen en la conciencia de un pastor de almas serranas, sino porque la avaricia, aguijoneada por la impaciencia, le había estado haciendo echar cálculos sobre no sé qué clase de derechos parroquiales, que no le salían del todo bien, es decir, a su gusto.

Lo que tenía que recibir esa mañana, en forma de discos relucientes y acordonados, no le parecía bastante. Por cada una de las dos misas veinticinco soles y cincuenta centavos; por el canto —porque según decía él, nada tenía que hacer la misa con el canto— otros veinticinco cincuenta. Total: ciento dos soles. La cuenta estaba muy clara, más clara que el *jacha-caldo*[*] de sus feligreses; pero no llegaba a los doscientos veinte que había pensado. Y de lo que se trataba, precisamente, era de que llegara a esta suma. ¿Cómo inflar un poco más los derechos? Apenas si se le había ocurrido lo de separar el canto de la misa, cosa que hasta entonces no había hecho ninguno de sus antecesores. Ni cabía tampoco lo de enredar la cuenta. Porque, eso sí, en materia de cuentas, los chupanes podían darle quince y raya al contador más hábil, así como a la hora de pagarle al señor cura tampoco había nadie que los ganara a exactos y escrupulosos.

Todo esto tenía malhumorado y cejijunto a taita *Ramun*. De otro lado, la estadística matrimonial venía demostrándole anualmente, con una crueldad alarmante, la disminución progresiva de los matrimonios. Dos años antes, en la redada del primero de enero, los *decuriones* habían logrado coger y llevar a la casa cural sólo quince parejas. Un escándalo, que lo había excitado y le había hecho decir cosas terribles en el púlpito. Y el año pasado (se le revolvía la bilis al recordarlo) la redada había sido un fracaso completo, un fracaso que habría hecho clamar a gentes menos bestias que las de Chupán y dejar el curato a otro sacerdote menos capaz de sacrificio y menos evangélico que taita *Ramun*.

¡Cuánta mudanza en tan poco tiempo! Cinco años antes era de ver la sumisión, la religiosidad y el desprendimiento de su rebaño: el desprendimiento sobre todo. El vicio del regateo no había contaminado todavía el alma sencilla de los chupanes, y los mozos que vivían amancebados, apenas veían rayar el segundo día del año, comenzaban a invadir la casa cural, graves y sumisos, mientras sus compañeras, alegres, limpias, enjoyadas, marchaban detrás, dándole vueltas al huso, símbolo de la

labor doméstica andina. ¿Y qué cosa más digna, ni más edificante que esas uniones celebradas bajo el imperio de la tradición y a la sombra bienhechora de la iglesia? ¿Quién venía a ser entonces el cura sino el paladín de la unión conyugal, el ángel tutelar de la legitimación de la prole? Entonces no era menester la captura y el encierro; bastaban las prevenciones hechas en la plática del día anterior. Y nadie faltaba. Los cincuenta o sesenta amancebados del pueblo durante el año tenían cuidado de preparar seis meses antes, a raíz de la cosecha, todos los menesteres indispensables al futuro estado: los cortes de castilla para las faldas y las *catas*[*]; los anillos y los aretes de cobre para la desposada; el trípode para el hilado; la *callgua*[*] y la *shaguana*[*] para el tejido; la mesa y los dos bancos para la merienda; los cacharros para la cocina; el candil para la velada; el arcón para la ropa, y los pellejos de carnero para las camas… Y también los veinte soles y cincuenta centavos para la bendición del señor cura y unos cincuenta más para la comida de boda, la coca y la *chacta*.

Hasta el fiscal había descuidado sus sagradas obligaciones. Ya no sabía, como antes, compeler a los mayordomos a que cumplieran con proveer puntualmente la despensa cural. El credo y el fervor venían cada día a menos. El pueblo estaba enteramente dañado, pervertido por el demonio y por esa ley maldita de la conscripción militar, que se llevaba todos los años a los mozos por junio y antes de que esa otra ley, más fuerte que todas, la de la especie, los pusiera en el camino de entendérselas con el señor cura. No era posible seguir pastoreando almas en un pueblo así.

Y no era esto lo peor. Lo peor era que ya habían, los muy piojosos, comenzado a discutirle los diezmos y las primicias; que ya no le mandaban, como antes, las papas más gordas y los granos más frescos; los carneros más cebados y la leche más pura, sino que le demoraban la remisión, y en cada cosa que recibía iba trasluciendo la malquerencia, la socarronería, la sordidez y hasta la burla. Y en cuanto a su ama de llaves, doña Santosa, no la obsequiaban ya como en otros tiempos. Cuspinique, el sacristán, después de muchos rodeos y de rascarse dos o tres veces la cabeza, le había contado un día que en casa del alcalde no se decía ya doña Santosa cuando se referían a ella, sino la *mula de taita Ramun*, y que cuando así la llamaban todos se echaban a reír estrepitosamente y escupían, lo cual significaba que habían perdido por ella toda consideración y por él, todo respeto.

Por eso taita *Ramun*, que no había dormido bien aquella noche, después de hacerse las cuatro santiguadas de costumbre, abotonarse la sotana, y ponerse el poncho, enroscarse al cuello la bufanda y calarse el solideo, gritó:

—Cuspinique, anda a ver si ha llegado el primer mayordomo de la fiesta, y si está allí, que pase.

II

Y el mayordomo, un indio sesentón, que en lo de madrugar había ganado a taita *Ramun*, pues hacía una hora que estaba esperando que abrieran las puertas de la casa cural, entró haciendo genuflexiones y dejando entrever en la eclosión de una falsa sonrisa el verdusco y recio teclado de su dentadura de herbívoro.

—Buenos días, taita —dijo el indio.

Y sin esperar respuesta, añadió, sacando un paquete del *huallqui*:

—Aquí te traigo lo que me toca por los derechos de la fiesta: cincuenta soles, taita.

Don Ramón arrugó el entrecejo, se rascó la punta de la nariz, señal de que algo le disgustaba, y, midiendo de arriba abajo al indio, con una de esas miradas que quisieran adivinar lo que hay en el bolsillo de las gentes, contestó:

—Hola, buen mozo, ¿conque me traes ya eso?

—Sí, taita, cincuentiún soles.

—¿Cincuenta y uno no más?

—Lo mismo que te pagaron el año pasado los demás mayordomos.

—Sí, pero el año pasado fue el año pasado. Hoy las exigencias de la vida son mayores. Hace cuatro meses que los mayordomos salientes no me mandan ni leña, ni leche, ni nada. ¿Con qué compenso yo todo esto?

Y, como para inspirarle más confianza y ver si así podía halagarle un poco, añadió:

—Pero siéntate, hombre, siéntate. Aquí estás como en tu casa.

—Gracias, taita.

Y Marcelino, que, como buen indio, cuando más dulzura ve en el trato, más desconfianza siente, después de desparramar una mirada recelosa y de tantear la silla que se le brindaba, se apartó de ella, diciendo:

—Así estoy bien, taita.

—Bueno, hombre, sigue como te dé la gana, y vamos a nuestro asunto. Te he dicho que cincuentiún soles me parece poco por las misas del primero y del dos. Hay que hacer mucho, ¿me entiendes?

—Lo mismo que el año pasado, taita. Todos los años lo mismo: dos misas cantadas y una procesión. Cincuentiún soles está bien.

—Es que hay que cantar, y cuando canto, al día siguiente ataque de asma seguro; y esto hay que pagarlo. Ya se lo había hecho advertir a todos vosotros.

—Por eso son veinticinco cincuenta por cada misa, taita.

—No. ¿Y el canto? O si tú quieres diré la misa del 2 rezada y entonces pagarás veinticinco cincuenta menos. ¿Te parece bien?

La amenaza de decir la misa rezada aquel día conturbó al indio. ¿Qué dirían los de Obas, los de Chavinillo, los de Pachas, los de Patay-Rondos…? Una vergüenza para Chupán y una deshonra para él, el primer mayordomo de la fiesta, y para su familia. ¿Cómo, misa rezada el día en que los *rucucuna* le entregaban sus cargos a los *moshocuna*[*], el día del *Capac Eterno*[*] y del *rigcharillag*[*], en que todos los

cabildantes tienen que hacerle coro al señor cura?

Pero el indio se serenó repentinamente y, con todo el arte de un actor que sabe fingir la expresión que quiere, repuso:

—Está bien, taita. Se te darán los cincuentiún soles más, taita. Esta noche los buscaré y mañana temprano los tendrás, taita.

—No, mañana no; ahora mismo. Vosotros no me la jugáis dos veces ¡recontra! ¿Que no me acuerdo de la que me hicisteis hace dos años por esta misma época? Os comprometisteis, bajo mi garantía, a pagarle a los de Obas antes de un año los cincuenta escudos que les estáis debiendo, para que nos dejasen celebrar tranquilamente la fiesta, y hasta hoy no habéis cumplido con abonarles un centavo, ¡recontra! ¿Os habéis figurado que yo he venido aquí para hacerme responsable de vuestros líos? Cincuenta escudos, que no sé de dónde vais a sacarlos si continuáis tan cicateros. Porque los cincuenta soles no son realmente cincuenta escudos, sino mucho más.

—Verdad, taita.

—¿Y de dónde os salió a vosotros eso de prestar en escudos, cáspita? ¿Por qué no fue en soles, que es vuestra moneda?

—No sé, taita. El préstamo fue hecho hace muchos años. Ni yo ni mi padre habíamos nacido.

—¡Recontra! ¿Y vosotros estáis respondiendo por aquello? ¡Si seréis bobos vosotros!

Y el padre Ramón, a quien se le había despertado la curiosidad de saber el origen de una deuda tan sonada y tan callada a la vez, que hacía más de cincuenta años venía ensangrentando a dos pueblos, se resolvió a preguntar:

—¿Y cómo fue eso del préstamo? ¿Lo sabes tú, Marcelino?

—Sí, taita. Un año no hubo cosechas en todas las tierras de Chupán. Se sembró papas, maíz y trigo, y en vez de trigo, maíz y papas salieron unos gusanos pintados y peludos, con unos cuernos como demonios, que mordían rabiosos el *chaquitaclla*[*] cuando éste, al voltear el terreno, los partía en dos. Entonces el taita cura aconsejó a los chupanes sacar a patrón Santiago en procesión y llevarlo a pasear por todas las tierras de nuestra comunidad.

—¡Buena idea!

—No muy buena, taita, porque no había plata para la fiesta y el pobrecillo patrón Santiago estaba muy pobre: su manto estaba muy lleno de zurcidos; su sombrero, sin plumas; sus espuelas, que habían sido de buena plata piña, se las habían cambiado los *mistis* que pasaron por aquí cuando los chilenos, con unas de soldado, y su caballo, un caballo blanco muy hermoso, que nos envidiaban mucho los de Obas, y que de noche salía a morder a los sacrílegos que pasaban cantando delante de la iglesia y de la casa cural, estaba sin orejas y sin hocico porque se los había comido la polilla.

—¡Qué horror! ¡Y vosotros consintiendo tamaña vergüenza e iniquidad!… ¡Recontra! Si parece mentira que tales cosas pasen entre cristianos. Ahora me explico

por qué se perdieron las cosechas de que me has hablado. ¡Claro! ¿Por qué os había de dar Dios, nuestro Señor, de comer si teníais a Santiago, uno de sus santos más queridos, como un pordiosero?

—Cierto, taita. Por eso nuestros abuelos, para desenojar a patrón Santiago le pusieron todo de nuevo ese año: su sombrero, con su *tuquilla*[*] y sus plumas de cóndor tierno, que habían sido traídas de la cordillera; su manto de paño colorado, con hilados de oro, que de noche brilla como candela. Y en la cintura le pusieron una espada con empuñadura de oro y piedras ricas, de muchos colores, que le mandó un señor de Huánuco, muy devoto suyo, porque le había curado las piernas. Y al caballo le cambiaron la cabeza con la que ahora tiene, la que ya no se apolillará más porque es de laupi[*], cortado en buena luna. Y entonces patrón Santiago, bien vestido, estuvo quince días seguidos caminando por todas las tierras de la comunidad, acompañado del pueblo, con veinte clases de danzas que le bailaban por delante y sirviendo los mayordomos grandes pachamancas[*] en los linderos.

—Vaya, hombre, echasteis la casa por la ventana y os reconciliasteis con Dios y vuestro patrón.

—Así es, taita, pero Chupán quedó con deuda. Como no había plata para pagarle a taita cura, que pedía cien pesos por acompañar a patrón Santiago por todas nuestras tierras, patrón Santiago le pidió a patrón San Pedro de Obas cincuenta escudos y se los dio. Pero no se los dio sin papel. Patrón Santiago tuvo que ir a Colquillas y allí se vio con patrón San Pedro, que lo estaba esperando, y le firmó el contrato en que se puso que el patrón de Obas le daba al patrón de Chupán cincuenta escudos al diez por ciento, con plazo de cinco años y con la garantía de nuestra pampa de Colquillas, que es la que hoy nos quieren quitar los obasinos.

—¡Hombre, hombre, en qué líos os han metido vuestros patrones! ¿Y desde entonces están San Santiago y San Pedro queriéndose comer crudos?… ¡Recontra!, que me habéis hecho decir una herejía. ¿Digo, desde entonces data el odio que os tenéis ambos pueblos?

—Sí, taita.

—¿Y en tanto tiempo no habéis podido cancelar una deuda tan insignificante? ¡Cuidado si os pasáis de tramposos! Porque, mirándolo bien, ¿qué son cincuenta escudos para un pueblo como Chupán, con tantas tierras y tantos ganados, vamos a ver? Cincuenta escudos son… cincuenta escudos. Una bicoca, que, reducidos a la moneda de hoy y con el interés del diez por ciento, en cinco años, suman cosa de ciento cincuenta soles, a los que hay que agregar los intereses corridos desde que venció el plazo, que, por mucho que sean, no han de ser tanto que os asustéis. ¿No es así?

—No, taita. No es así.

—¿Cómo que no? Te digo que es una bicoca. Lo que pasa es que vosotros, por un descuido imperdonable, que pone de manifiesto vuestro desdén por las cosas de la iglesia, que deben de ser acatadas y cumplidas de preferencia, habéis dejado crecer la

deuda hasta el punto de que hoy os parezca una enormidad, y con la amenaza de perder Colquillas.

El indio, que había escuchado la fraseología del cura sin pestañear, pero atendiendo más a la cuenta que acababa de sacarle que al reproche, contestó:

—Ciento cincuenta soles no, taita; ya los habríamos pagado. Obasinos cobran más, obasinos están orgullosos de lo que les debemos. Dicen que con la plata que les debe Chupán podrían techar Colquillas. ¿Cómo será, pues, taita?

—Una exageración más grande que las narices de Cuspinique. ¿Cuántos años tiene la deuda?

—Hasta junio del año pasado, ciento cuarentitrés soles, taita; ni uno menos. Ahí está en el documento que todos los años se pasan los escribanos.

—Pues con todo, la deuda no llega a los dos mil soles. Y Colquillas vale veinte veces más. Y si los obasinos sienten codicia por esas tierras, pues ya tienen unos diez siglos que esperar todavía.

—Estás equivocado, taita.

—¿Qué dices, hombre? Sería curioso que me enseñaras tú a sacar una cuenta de intereses. Cincuenta escudos, que son cien soles, al diez por ciento anual…

—Perdona, taita, que te interrumpa. El interés es mensual. Cada mes diez soles.

—¡Demonio! —exclamó taita *Ramun*, dando un respingo—. ¿Diez por ciento mensual? ¿Que estabais locos vosotros cuando hicisteis el préstamo? Una usura, merecedora de la horca.

—¿Te parece mucho, taita?

—¿Y me lo preguntas, animal?

—Doña Santosa, tu ama, taita, pide dos reales a la semana por cada sol que nos presta, y cuando se vence el plazo y no le pagamos nos manda a embargar la vaca o el caballo con los *decuriones*. ¿Qué te parece, taita?

—¿Cómo que la Santosa hace con vosotros tales cosas? ¿Y por qué no me lo habéis dicho, pedazo de bestias?

—¿Qué vamos a decirte, taita, si ella misma cuando nos presta dice: «Cuidado con hacerme una trampa, porque les advierto que el señor cura tiene muy mal genio»?

—¡Recontra! ¿Eso dice esa mala pécora? Pues mañana mismo la despido. Bueno es el hijo de mi madre para consentir que le tomen su nombre en esas cochinadas…

—No te molestes, taita. Chupanes no creemos lo que dice doña Santosa; chupanes sabemos que taita *Ramun* es generoso.

—Hombre, tanto como generoso no; la generosidad es el vicio de los manirrotos, un pecado que inventó el demonio de la vanidad. El que da parte de lo que tiene, sin tener obligación de darlo, sin saber las necesidades que puede tener mañana, comete un pecado contra sí mismo y se expone a tener que pedir alguna vez y a pasar por el dolor de que se lo nieguen. ¿Verdad?

—Verdad, taita.

—Dar un pan, dar un plato de comida, dar una noche de posada, está bien; pero

dinero… ¡dinero!… El dinero es una perdición. Con un sol puedes emborracharte, puedes despertar la codicia del vecino, puedes comprar un puñal y cometer un asesinato… No, hombre; te repito que yo no soy generoso con el dinero y que tus paisanos están en un error al suponerlo siquiera. Sobre todo, que el dinero en manos de gentes como vosotros es causa de perversión.

—Marcelino emplea bien la plata, taita. Tengo muchos hijos, como tú sabes; el mayor está en Huánuco, en el Seminario, y me cuesta mucho sostenerlo. Por eso te pedía, taita, que me perdonaras los veinticinco solcitos…

—¡Ah, pillo! —replicó el cura, dándole al indio un tirón de orejas—. Ya te veía venir. Cualquiera al oírte diría que se trata de un pobrecito que no tiene en qué caerse muerto. ¿Y las sesenta vacas lecheras que tienes pastando en Colquillas, por una de las cuales me pediste cien soles? ¿Y los mil y tantos carneros con que te tiene apuntado el escribano? ¿Y la piara de mulas con que trajinas por todas partes, pidiendo por cada carga un dineral? ¿Acaso no me acuerdo de lo que me cobraste por traerme de Huánuco dos cajones de petróleo? ¡Recontra!, que el flete me salió más caro que el artículo. Desde entonces te las estoy guardando. Anda, anda, suelta los veinticinco soles cincuenta, ni un centavo menos, y déjame en paz, que todavía no he desayunado.

—Cinco soles siquiera rebajarás, taita.

—Te he dicho que ni un centavo. Lo más que te ofrezco, como yapa, es pedirle a vuestro patrón, en la misa del primero, que les haga perder la memoria a los obasinos para que no se acuerden más de Colquillas.

El indio se resignó y, receloso, abrió el *huallqui*, sacó dos paquetes largos y gruesos, los partió y comenzó a contar y recontar lentamente, con una lentitud que exacerbaba al cura hasta lo indecible:

—Diez… veinte… treinta… cuarenta… y cincuenta y uno… y *ciencuenta*. ¿Está bien, taita?

—No hombre, no; ya te he dicho que son ciento dos soles; veinticinco cincuenta por cada misa y veinticinco cincuenta por cada canto. ¿Me has entendido?

—Ciento dos, pues, taita…

—¿Y cómo dices cincuenta y uno cincuenta?

—Cincuenta y uno cincuenta, pues, por las misas, taita.

—¡Dale! ¿Y los cincuenta y uno del canto?

—Cincuenta y uno, pues, por el canto, taita. Si rebajaras siquiera el piquito…

—No seas necio, Marcelino. Paga los ciento dos soles o no hay misa cantada en ninguno de los dos días, aunque me lo mande el nuncio. Y pronto, que ya me estás cargando.

El indio, después de separar en dos porciones el precio tradicional correspondiente a cada servicio religioso, concluyó diciendo, con una resignación hipócrita, que parecía un reproche a la sordidez del cura, al mismo tiempo que volteaba el *huallqui*:

—Te llevas toda mi cosecha, taita. Por eso me decía Niceta: «Oye, Marcelo, ¿no te parece bueno que Benito estudie también para cura?». «¿Para qué?», le respondí yo. Y ella me contestó, no te *vayas molestar*, taita: «Para que trabaje menos y gane más, como taita *Ramun*».

Don Ramón, que no había perdido una palabra de lo dicho y que en lo de contar y recontar lo hacía más calmosamente que el mayordomo, se apresuró a responder, ceñudo y sin alzar la cabeza:

—¡Eh! ¿Qué estás ahí diciendo, animal? ¿Que toda tu cosecha es para mí? ¿Y mis misas, y mis rezos, y mis preces, y mis cantos, y mis ayunos, para que el diablo no cargue con vosotros, para quiénes son, desagradecidos? ¿Por quién he venido yo de tan lejos, corriendo peligros y abandonando mis comodidades, sino por vosotros, pedazo de bestias?

—Verdad, taita.

Y levantando más la voz y eclipsando los ojos como dos oes mayúsculas:

—¿Y sabéis vosotros por qué vine yo aquí? ¿No lo sabéis?

—No, taita.

—¡Qué habéis de saberlo! Vosotros apenas sabéis comer esas porquerías que llamáis *tocus*[*] y *jacha-caldo*. Yo vine aquí porque el señor obispo, ¿me entiendes?, que se desvive por vosotros y se conduele de la barbarie en que vivís sumidos todos los de estas tierras, me dijo un día allá en Huánuco: «Padre Ramón, ¿quisiera usted ir a Chupán de párroco?». «¿Y adónde es eso?», dije yo. «A unas catorce leguas de aquí. Esa gente está sin cura y entregada al desborde, y necesito un hombre como usted para que la meta en el buen camino». Y, naturalmente, acepté. Y aquí estoy desde hace seis años, desbravándoos y más empeñado cada día en que el demonio no cargue con vosotros; y mediando de tarde en tarde para que los de Obas no vengan a cobraros a tiros la cuenta, y os arrasen el pueblo, y os hagan cuartos a vosotros y a mí me metan un tiro en la sesera, que, al paso que vamos, me parece que me lo van a meter.

Y cambiando de tono:

—¿Pero qué es esto? ¡Recontra! ¿De dónde habéis sacado este sol más falso que tú, Marcelino, y más colorado que los mofletes de vuestros granujas?

—No es falso, taita; sol bueno.

—¡Qué ha de serlo, hombre! Si al verme ha enrojecido de vergüenza y está pidiendo a gritos que lo vuelvas al *huallqui*.

Y, haciendo saltar la moneda sobre la mesa, añadió:

—Para que se lo des a los de Obas a cuenta de los escudos.

El indio recogió el sol con mano temblorosa, y después de cambiarlo y de echarle una mirada aviesa a don Ramón, enarboló su garrote y salió, no sin dispararle antes, a manera de parto, esta flecha envenenada:

—¡Cómo ha de ser falso, taita, si ayer no más me lo dio doña Santosa en pago de un carnero!

III

Y pasó el primer día del año en Chupán, celebrado con el ceremonial de costumbre. La fidelidad, la exactitud, la unción, se habían observado en todos los actos religiosos y cívicos. La entrega de las cosas del pueblo, como la iglesia, el panteón, la casa cural y los batanes de moler el ají para los cuyes y el maíz para las humitas del señor cura, a los nuevos concejales, se había realizado, tan luego como el sol comenzó a prender las crestas de las cumbres.

Después de esta ceremonia, celebrada en presencia de todo el pueblo, había seguido la misa del *vara-trucay*[*], en la que las varas de los concejales entrantes, adornadas de claveles, son colocadas en el altar mayor para ser bendecidas. Y terminada la misa, entre el traquido ensordecedor de las girándulas y de los petardos, y la cacofonía de los apabullados cobres y el gemir monótono de los violines y de las arpas, había comenzado el desfile por una callejuela de sauces, un desfile solemne, a pesar de lo grotesco y abigarrado, en el que la policromía rabiosa de las *catas* y de los faldellines parecía envolver en flamas ondulantes la oscura y triste vestimenta de los hombres.

Y a la cabeza del cortejo, el señor alcalde pedáneo[*], prosopopéyico, dominador, feliz a pesar de su desgaire, que hacía resaltar hasta lo risible la capa de bayeta negra que llevaba sobre los hombros a manera de dos alas plegadas y mustias. Y luego, detrás, los regidores, los cuatro *campos*[*], el escribano, el capillero, el sacristán y el fiscal, todos ellos seguidos de sus respectivos *decuriones*, especie de esbirros, altos y musculosos, cuya misión, como la de los perros de presa, es la de coger y atarazar en caso necesario a los que incurren en el enojo de los concejales y de los *yayas*.

Pero todo esto resultaba pálido ante el segundo día. El primero es como el pórtico del segundo, bajo el cual los entusiasmos, las alegrías y los excesos no logran sobrepasar los límites de la temperancia y el orden (si es que orden y temperancia puede haber en las fiestas de los indígenas) y la brutalidad parece dormitar en espera de la hora propicia.

Es el segundo el verdadero día de la expansión, día sagrado y profano a la vez, en que la idolatría, la superstición, la sensualidad y la glotonería se chocan, se mezclan y bullen en torno de una imagen grotesca, que la ingenuidad pasea en triunfo, como símbolo de ostentación y cartel de reto a la religiosidad de los pueblos vecinos.

Y, sin embargo, ningún día más esperado ni más temido que éste, ni tampoco más lleno de ritualidad, ni más rebosante de concupiscencia, de hartura y embriaguez. Día en que los viejos se complacen en hacerle sentir a los mozos todo el peso de su venerabilidad y en que éstos, con sumisión verdaderamente incaica, se apresuran a honrar la sabiduría de la vejez; en que las mujeres, tímidas y curiosas, atisban desde el umbral de su puerta las ceremonias públicas en espera del hartazgo pantagruélico; en que los chiquillos, vocingleros y alegres, disputan a carreras y golpes las cañas de

los cohetes de arranque —esos heraldos de las fiestas indígenas— y en que el ama de llaves del señor cura, comisionada por éste, se desliza hasta el cabildo a escuchar la relación de los que en ese día deben casarse y están obligados a pagar primicias.

Ni el verdadero día de San Santiago, ni el en que principian las cosechas, ni el del *ushanam-jampi* superan en importancia al 2 de enero. Y es que ese día la ambición adormecida, por lo general, del indio se sacude su letargo y se yergue combativa y ruidosa. Es entonces cuando aquél siente el deseo de ser algo más que una simple bestia reproductora y de labor; cuando el sentimiento del poder, comprimido el resto del año por el peso de un servilismo milenario, de una igualdad de bestias, le da la sensación de una fuerza propia, brotada de repente de su personalidad, para hacerle saborear a los unos el placer de mandar y a los otros la resignación de ser mandados.

IV

Y todo fue pasando bien aquel día. El pueblo había escuchado más satisfecho que nunca el *Capac Eterno* y el *rigcharillag*, cantado por los nuevos concejales. Sobre la melancolía del crepúsculo cayó de pronto la noche, con esa prontitud con que cae en los pueblos andinos, dispersando al bullicioso gentío en pequeñas bandas, que iba a refugiarse bajo los aleros de las casuchas y en torno a las vacilantes hogueras de los corrales.

Y, mientras en la casa cural don Ramón sostenía violento diálogo con doña Santosa sobre la exigüidad de las primicias que ésta había anotado en la mañana y la miseria de los potajes que le habían remitido, en el cabildo, los *moshos* y los *yayas*, rodeados de gran parte de los vecinos, se preparaban a la solemne *catipa*, llamada a predecir los futuros sucesos del año. Era éste el punto más importante de aquellos dos días. ¿De qué servía la elección de los *moshos*, la entrega del pueblo, el canto del *Capac Eterno*, el paseo de las varas, el *maranshay*[*], si la regla de conducta a que debían sujetar los concejales sus actos habría de quedar ignorada por un simple desconocimiento del porvenir, fácil de remediar con una *catipa*? Las funciones públicas no podían quedar entregadas a la voluntad o capricho de los hombres, aunque éstos fueran los personeros legítimos de la comunidad y estuvieran repletos de sabiduría. El público tenía necesidad de saber de antemano cómo se le iba a gobernar, qué daños, qué desgracias, qué calamidades iban a pesar sobre él, para por medio de sus *jircas*, burlar su nefasto poder. Y, sobre todo, para desviar a tiempo de sus tierras benditas todos aquellos genios malignos que suelen cernirse sobre la cosechas.

Por eso tan luego como los *decuriones*, presididos del alguacil mayor, que ronzal en mano marchaba espantando a la granujería, se presentaron delante del cabildo, conduciendo las doce ventrudas tinajas de la chicha y las doce tinajuelas de la *chacta*, el gentío prorrumpió en ruidosas exclamaciones y el señor alcalde pedáneo

enarbolaba la florida vara y, pegada la capa sobre los hombros, con el desafío del que, a fuerza de usar una cosa, ha acabado por familiarizarse con ella, interrogoles con la frase sacramental:

—¿Dónde está *lo de atrás*?

A lo que el *decurión* que iba a la cola, contestó:

—Aquí está, taita.

Y lo de atrás eran las doce tinajuelas de *chacta*, por las que se debía preguntar forzosamente para evitar que volviera a repetirse lo que en cierta vez aconteciera: que la mitad de ellas desapareció mientras el alborozado gentío aplaudía la aparición de las doce tinajas de chicha.

Inmediatamente después de descargado y colocado en círculo el precioso convoy, el hombre del ronzal, que parecía tener también la función de escanciador, comenzó a servir, principiando por el alcalde.

—Vaya, taita; para que el año te venga bien y tu sabiduría y vigilancia no dejen que el ganado que tienes delante se lo *coma el zorro*.

—Y para que ustedes no me coman a mí, si es que *el zorro* puede más que yo —contestó el alcalde, vaciando en seguida, de un trago, el jarro de chicha.

Y al alcalde siguieron los *campos*; a los *campos*, el escribano; al escribano, el capillero; al capillero, el fiscal; al fiscal, el sacristán. Y así hasta el pueblo. Aquello se convirtió en una ronda interminable, sólo interrumpida a cortos intervalos por las lentas y silenciosas masticaciones de la *catipa*. Y habrían continuado así toda la noche, hasta que en el fondo de la última tinaja hubiese comenzado a rascar el jarro insaciable, si una vocería atronadora, rociada de descargas, salida de repente de las inmediaciones de la plaza, no hubiese repercutido fatídicamente en el corazón de los chupanes.

—¡Obasinos! ¡Obasinos! —llegó diciendo un hombre a grandes gritos—. El *Chuqui* viene con ellos. He conocido su voz.

El alcalde blandió su vara, indicó con ella una dirección en la sombra y exclamó:

—¡Perros del demonio! Les beberemos la sangre. ¡A coger las carabinas!

A esta voz, todos comenzaron a correr en distintas direcciones. Pero una avalancha como de cien jinetes, desaforada, torbellinesca, rugiente, incontenible, invadió la plaza por sus cuatro bocas, atropellando aquí, descalabrando allá, barriendo todo lo que encontraban al paso y disparando y esgrimiendo sus armas con rapidez asombrosa.

La banda se detuvo bruscamente delante del cabildo. Uno de los que parecía el jefe comenzó a dar órdenes imperativamente.

—Cincuenta hombres a rodear el pueblo; veinte, a buscarme a los *moshocuna* y a los mayordomos, y otros veinte, a pegarle fuego a las casas. Al que se oponga, mátenlo. Sólo la iglesia y la casa de taita *Ramun* no tocarán. ¿Me han oído?

Y los jinetes partieron a cumplir las terribles y terminantes órdenes.

El que así hablaba era un indio joven, con aspecto de mestizo y aire de resolución,

uniformado militarmente, ceñidas las exuberantes pantorrillas con azules bandas de paño, capote gris sobre la cuadrada espalda y sombrero de paño negro, desmesuradamente alado, que le sombreaba el rostro siniestramente.

Desmontose y fue a sentarse sobre el mismo taburete que momentos antes había ocupado la figura prosopopéyica del alcalde, seguido hasta por unos doce individuos, que parecían formar su estado mayor, quienes al verse frente a las veinticuatro tinajas abandonadas y a medio consumir, pusiéronse a beber y a brindar ruidosamente mientras el jefe, receloso y despreciativo, se concretó a decir:

—¿Y si las tinajas estuviesen envenenadas?

—No han tenido tiempo, *Chuqui* —contestó uno que parecía ser también jefe de la banda—. Han salido corriendo como venados.

—Mejor sería vaciarlas, Marcos, para que cuando nuestra gente vuelva no le provoque beber, y se emborrache y corramos el peligro de que los chupanes lleguen y nos acaben.

—Me parece bien, *Chuqui*… ¡Perros chupanes! Tienen plata para bebezones, pero no para pagarnos nuestros cincuenta escudos.

—Ahora van a pagar todo —respondió el *Chuqui* sonriendo extrañamente.

—Todo no. Después de quemar Chupán hay que tomarnos Colquillas.

—¿Y no crees tú, *Chuqui* —dijo un indiecito de rostro feroz que se movía de un lado a otro, llevando medio a rastras un rifle *mánlincher*, más grande que él—, que sería bueno llevarnos el manto de San Santiago y la espada para nuestro patrón San Pedro, y que le cortáramos la cabeza a su caballo para que no vuelva a morder a la gente, como dicen?

Una carcajada general acogió la idea, y ya se preparaba el jefe a ejecutarla, comisionando para ello a su mismo autor, cuando el estallido del incendio lo interrumpió en su posición, arrancándole exclamaciones impías y llenas de arrogancia diabólica.

—¡Qué hermoso es el fuego, Sabelino! Así quiero ver arder yo a todo Chupán. ¡Que venga ahora su patrón Santiago a defenderlos del *Chuqui*! Si vinieran le haría entender lo que valen los obasinos… ¡Puche!… ¡Tramposo!… Él es el que aconseja todas las picardías y daños que nos hacen los chupanes.

Al reflejo del incendio, el rostro pálido del indio parecía retocado con sangre y sus ojos negros, desmesurados y saltones, brillaban como los de un felino en la noche. Sus palabras retadoras, a excepción de Sabelino, fueron mal recibidas por sus compañeros, capaces, tratándose de los hombres, de todas las atrocidades imaginables, pero supersticiosos y cobardes hasta la asquerosidad ante las cosas de la iglesia.

—No digas así —murmuró el llamado Marcos—. Patrón Santiago puede oírte, *Chuqui*, y es vengativo. No olvides que estás delante de su casa, y que cuando está molesto sale a la plaza en su caballo blanco y comienza a darle a comer gente como pasto.

—¡Qué bestias! ¿Hasta cuándo estarán ustedes creyendo en las patrañas del caballo blanco?

—¡Calla tu boca, *Chuqui*! —replicó Marcos, más escandalizado aún—. Te juro que yo he visto una noche, que vine a esta plaza con unos amigos a llevarnos las linternas de la iglesia, salir a San Santiago detrás del campanario, con una espada brillante y montado en su caballo blanco, que al andar echaba chispas más grandes que una brasa. Te juro, *Chuqui*. Por eso yo no he querido que atacásemos de noche. Hemos debido atacar a los chupanes de día para que a su patrón Santiago no se le vaya a ocurrir ayudarles.

—¡Calla tú, cobarde! Para los hombres como yo lo mismo es atacar de día que de noche. Y de noche más bonito el incendio.

Marcos no tuvo tiempo de replicar. Una extraña aparición, salida de repente de un costado de la casa cural, los dejó a todos suspensos. El mismo *Chuqui* no pudo menos que estremecerse. Era un jinete rojo, que avanzaba dando tajos con una espada descomunal, precedido por una especie de fantasma alto y esbelto, que, a manera de heraldo, marchaba cabeceando lentamente y haciendo tintinear una campanilla, como un acólito delante del viático.

La gente del *Chuqui* se crispó de terror y comenzó a gritar:

—¡San Santiago! ¡San Santiago! ¡Patroncito San Pedro, líbranos de San Santiago!

Y saltando sobre sus peludos y matalones caballejos, la banda partió como una tromba por entre los grupos de incendiarios, los que, poseídos también del terror, se echaron a correr locamente cuesta abajo.

El *Chuqui*, de pie, mudo, amenazador, soberbio, impaciente, al verse solo, dirigiole a los que huían una mirada de profundo desprecio, amartilló después la carabina, apuntó y disparó sobre el fantasma. Un traquido seco y silbante repercutió en el fondo de la quebrada, dominador, a pesar de los mil ruidos que retumbaban esa noche. El fantasma, en vez de caer, estiró más el cuerpo y dio una cabezada tan grande que la sombra que proyectaba, a la luz del incendio, vino a lamerle los pies al *Chuqui*, mientras el jinete rojo, más visiblemente excitado, dio una espoleada tan terrible a su cabalgadura que la hizo pararse en dos pies y relinchar extrañamente.

El indio no pudo más. Al ver que su puntería, infalible hasta entonces —una puntería que iba ya despertando celos en el famoso *illapaco* Juan Jorge— había errado esta vez, con gran asombro suyo, y que el grupo misterioso seguía avanzando, al parecer indiferente a la voz demasiado expresiva de su *winchester*, un temor supersticioso sacudió sus nervios y lo hizo saltar también sobre su caballo y huir, murmurando:

—Estos perros chupanes son capaces de haberse concertado con el diablo para no pagarnos la deuda. ¡Pero ya volveré, ya volveré!

Una risotada respondió a la amenazadora frase del *Chuqui*.

—¡Bájese, don Ramón, que ya no puedo más! —gimió más que habló una voz en el centro de la plaza—. ¡Caramba! Pesa usted más que un tercio de coca, así, tan

chupadito como es.

—¡Silencio, mujer!, que todavía me parece que no se han largado esos canallas. Cuspinique, ¿les ves todavía el pelo a esos lobos?

Y Cuspinique, que no era otro el fantasma de la campanilla, saliendo del negro armazón en que estaba metido, exclamó:

—¡Carache, taita! ¡Qué susto me dio el maldito cuando disparó! Ha zumbado la bala por encima de mi cabeza. Si en vez de apuntar al ombligo apunta a las rodillas ésta sería la hora en que estaría yo con un hueco más en la cara.

—Déjate de lamentaciones, Cuspinique. Te pregunto si se han marchado ya todos esos marranos.

—No hay nadie, taita.

—Entonces me apeo.

Y el jinete rojo se desmontó. Tirole el sable a Cuspinique y después, la manta colorada en que había estado envuelto, el sombrero alón de plumas blancas, todo aquello que le había servido para imitar, más grotescamente, si cabe, al santo patrón de los chupanes.

El ama de llaves, libre ya de tan estrafalaria carga, arrebatole la manta al sacristán y empezó a cubrirse, lo mejor posible, todo aquello que la ligereza de una camisa dejara al descubierto y que había estado provocando a aquél hacía rato, al mismo tiempo que, tiritando, murmuraba, con un dejo de enojo mal fingido:

—¡Las cosas en que me mete usted, don Ramón! ¡Yo, una mujer a quien no le gusta enseñar ni la punta de los pies, en camisa, a medianoche en una plaza, y convertida en caballo! ¡Un pecado mortal!

—En caballo no —contestó chungueándose el taita cura—; en yegua querrás decir, mujer, y de mucho pulso y brío, ¡recontra! Como que a la espoleadita que te di te paraste en dos pies y casi echas por el suelo a San Santiago. Lo que me habría desacreditado ante esos diablos de obasinos.

Cuspinique, que no había perdido palabra del coloquio, por más musitado que había sido, terció, hablando como para sí y rebosando en socarronería:

—En yegua, tampoco; en mula.

—¡Cómo! ¿Qué estás tú ahí diciendo? —gritó don Ramón, dándole un soplamocos al taimado sacristán—. ¡Lárgate a tu perrera a dormir! ¡Y cuidado con contar nunca lo que hemos hecho! Si hablas te ahorco. Ya sabes tú cómo las gasto con los habladores.

Cuspinique, que le conocía el genio a don Ramón y sabía que no le gustaba repetir sus órdenes, se esfumó en la sombra. Y mientras doña Santosa y don Ramón tornaban a la casa, aquélla, llena de curiosidad, preguntole:

—¿Qué ha dicho ése?

—Una brutalidad, como todo lo que dice.

Y empujándola cariñosamente hacia adentro, murmuró:

—No; la verdad es que ese bestia de Cuspinique tiene razón. Eres una mulita de

la que no da ganas de apearse cuando se está encima. Di, tú…

Doña Santosa se ruborizó por primera vez esa noche y se limitó a contestar con toda su malicia de zamba costeña, no sin hacerle antes una mamola al señor cura:

—¡Y qué jinetazo que había sido usted, don Ramón!…

Cómo habla la coca

A los hermanos Manuel, Fernando y Gonzalo Carbajal

Me había dado a la coca. No sé si al peor o al mejor de los vicios. Ni sé tampoco si por atavismo o curiosidad, o por esa condición fatal de nuestra naturaleza de tener siempre algo de qué dolerse o avergonzarse. Y, mirándolo bien, un vicio, inútil para mí; vicio de idiota, de rumiante, en que la boca del *chacchador* acaba por semejarse a la espumosa y buzónica del sapo, y en que el hombre parece recobrar su ancestral parentesco con la bestia.

Durante el día la labor del papel sellado me absorbía por completo la voluntad. Todo eran decretos, autos y sentencias. Vivía sumergido en un mar de considerandos legales; filtrando el espíritu de la ley en la retorta del pensamiento; dándole pellizcos, con escrupulosidad de asceta, a los resobados y elásticos artículos de los códigos, para tapar con ellos el hueco de una débil razón; acallando la voz de los hondos y humanos sentimientos; poniendo debajo de la letra inexorable de la ley todo el humano espíritu de justicia de que me sentía capaz, aunque temeroso del dogal disciplinario, y secando, por otra parte, la fuente de mis inspiraciones con la esponja de la rutina judicial.

Bajo el peso de este fardo de responsabilidades, el vicio, como el murciélago, sólo se desprendía de las grietas de mi voluntad y echábase a volar a la hora del crepúsculo. Era entonces cuando a la esclavitud razonable sucedía la esclavitud envilecedora. Comenzaba por sentir sed de algo, una sed ficticia, angustiosa. Daba veinte vueltas por las habitaciones, sin objeto, como las que da el perro antes de acostarse. Tomaba un periódico y lo dejaba inmediatamente. Me levantaba y me sentaba en seguida. Y el reloj, con su palpitar isócrono, parecía decirme: *chac… chac… chac… chac… chac… chac…* Y la boca comenzaba a hacérseme agua.

Un día intenté rebelarme. ¿Para qué es uno hombre sino para rebelarse? «Hoy no habrá coca —me dije—. Basta ya de esta porquería que me corrompe el aliento y deja en mi alma pasividades de indio». Y poniéndome el sombrero salí y me eché a andar por esas lóbregas calles como un noctámbulo.

Pero el vicio, que en las cosas del hombre sabe más que el hombre, al verme salir, hipócrita, socarrón, sonrió de esa fuga. ¿Y qué creen ustedes que hizo? Pues no me cerró el paso; no imploró el auxilio del deseo para que viniese a ayudarle a convencerme de la necesidad de no romper con la ley respetable del hábito; no me despertó el recuerdo de las sensaciones experimentadas al lento *chacchar* de una cosa fresca y jugosa; ni siquiera me agitó el señuelo de una *catipa* evocadora del porvenir, en las que tantas veces había pensado. «Anda —pareció decirme—, anda, que ya volverás más sometido que nunca». Y comencé a andar, desorientado, rozándome indiferente con los hombres y las cosas, devorando cuadras y cuadras, saltando

acequias, desafiando el furioso tartamudeo de los perros, lleno de rabia sorda contra mí mismo y procurando edificar, sobre la base de una rebeldía, el baluarte de una resolución inquebrantable.

Y, cuando más libre parecía sentirme de la horrible sugestión, una fuerza venida de no sé dónde, imperiosa, irresistible, me hizo volver sobre mis pasos, al mismo tiempo que una voz tenue, musitante, comenzó a vaciar, sobre la fragua de mis protestas, un chorro inagotable de razonamientos, interrogándose y respondiéndoselo todo.

—¿Has caminado mucho? ¿Te sientes fatigado? ¿Sí? No hay nada como una *chaccha* para la fatiga; nada. La coca hace recobrar las fuerzas exhaustas, devuelve en un instante lo que el trabajo se ha robado en un día. Di la verdad, ¿no quieres hacer una *chacchita*, una ligera *chacchita*?… Parece que mi pregunta no te ha disgustado. Pero para eso es indispensable sentarse, y en la calle esto no sería posible. El cargo y el traje te lo impiden. Si estuvieras de poncho… ¿Qué? ¿No quieres volver a tu casa todavía? ¡Una tontería! Porque para lo que hay que ver a estas horas y en estas calles… Y luego que lo que hay que ver lo tienes ya visto, y lo que no has visto es porque no lo debes ver. Vamos, cede un poco. La intransigencia es una camisa que debe mudarse lo menos dos veces por semana, para evitar el riesgo de que huela mal. No hay cosa que haga fracasar más en la vida que la intransigencia. Y si no, fíjate en todos nuestros grandes políticos triunfadores. Cuando han ido por el riel de la intransigencia, descarrilamiento seguro. Cuando han ido por la carretera de las condescendencias y de las claudicaciones, han llegado. Y en la vida lo primero es llegar. No te empecines, regrésate. A no ser que prefieras una *chaccha* sobre andando. Porque lo que es coca no te ha de faltar. Busca, busca. ¿Estás buscando en el bolsillo de la izquierda? En ése no; en el de la derecha. ¿Ves? Son dos hojitas que escaparon de la *chaccha* devoradora de anoche. Dos, nada más que dos. ¿Cómo?… ¿Vas a botarlas? ¡Qué crimen! Un rasgo de soberbia, de cobardía, que no sienta bien en un hombre tan fuerte como tú. ¿Tanto le temes a ese par de hojitas que tienes en la mano? ¡Ni que fueras fumador de opio!

»Mira, el opio es fiebre, delirio, ictericia, envilecimiento. El opio tiene la voracidad del vampiro y la malignidad de la tarántula. Carne que cae entre sus garras la aprieta, la tortura, la succiona, la estruja, la exprime, la diseca, la aniquila… Es un alquimista falaz, que, envuelto en la púrpura de su prestigio oriental, va por el mundo escanciando en la imaginación de los tristes, de los adoloridos, de los derrotados, de los descontentos, de los insaciables, de los neuróticos, un poco de felicidad por gotas. Pero felicidad de ilusión, de ensueño, de nube, que pasa dejando sobre la placa sensible del goce fugaz el negativo del dolor.

»La coca no es así. Tú lo sabes. La coca no es opio, no es tabaco, no es café, no es éter, no es morfina, no es *hachisch*, no es vino, no es licor… Y, sin embargo, es todo esto junto. Estimula, abstrae, alegra, entristece, embriaga, ilusiona, alucina, impasibiliza… Pero, sobre todos aquellos cortesanos del vicio, tiene la sinceridad de

no disfrazarse, tiene la virtud de su fortaleza y la gloria de no ser vicio. ¿Que sí lo es? Bueno, quiero que lo sea. Pero será, en todo caso, un vicio nacional, un vicio del que deberías enorgullecerte. ¿No eres peruano? Hay que ser patriota hasta en el vicio. No sólo las virtudes salvan a los pueblos sino también los vicios. Por eso todos los grandes pueblos tienen sus vicios. Los ingleses tienen el suyo: el whisky. Una estupidez destilada de un tubérculo. ¿Y los franceses? También tienen su vicio: el ajenjo. Fíjate: el ajenjo, que en la paz le ha hecho a Francia más estragos que Napoleón en la guerra. ¿Y los rusos? Tienen el vodka; y los japoneses tienen el sake; y los mejicanos, el pulque. Y los yanquis, *ginjoísmo*[*], que también es un vicio. Hasta los alemanes no escapan a esta ley universal. Son tan viciosos como los ingleses y los franceses juntos. ¿Qué sería de Alemania sin la cerveza? Pregúntale a la cebada y al lúpulo y ellos te contarán la historia de Alemania. La cerveza es la madre de sus teorías enrevesadas y acres, como arenque ahumado, y de su militarismo férreo, militarismo frío, rudo, mastodónico, geófago, que ve la gloria a través de las usinas y de los cascos guerreros. Sí. Según lo que se come y lo que se bebe es lo que se hace y lo que se piensa. El pensamiento es hijo del estómago. Por eso nuestro indio es lento, impasible, impenetrable, triste, huraño, fatalista, desconfiado, sórdido, implacable, vengativo y cruel. ¿Cruel he dicho? Sí; cruel sobre todo. Y la crueldad es una fruición, una sed de goce, una reminiscencia trágica de la selva. Y muchas de esas cualidades se las debe a la coca. La coca es superior al trigo, a la cebada, a la papa, a la avena, a la uva, a la carne… Todas estas cosas, desde que el mundo existe, viven engañando el hambre del hombre. ¿Qué cosa es un pan, o un tasajo, o un *bock* de cerveza, o una copa de vino ante un hombre triste, ante una boca hambrienta? La bebida engendra tristezas pensativas de elefante o alegrías ruidosas de mono. Y el pan no es más que el símbolo de la esclavitud. Un puñado de coca es más que todo eso. Es la simplicidad del goce al alcance de la mano; una simplicidad sin manipulación, ni adulteraciones, ni fraudes. En la ciudad el vino deja de ser vino y el pan deja de ser pan. Y para que el pobre consiga comer realmente pan y beber realmente vino, es necesario que primero sacrifique en la capilla siniestra de la fábrica un poco de alegría, de inteligencia, de sudor, de músculo, de salud… La coca no exige estos sacrificios. La coca da y no quita. ¿Te ríes? Ya sé por qué. Porque has oído decir a nuestros sabios de biblioteca que la coca es el peor enemigo de la célula cerebral, del fluido nervioso. ¿La han probado ellos como la has probado tú?… Te pones serio. ¿Crees tú que la coca usada hasta el vicio sea un problema digno de nuestros pedagogos? Tal vez así lo piensen los fisiólogos. Tal vez así lo crean los médicos. Pero tú bien puedes reírte de los médicos, de los químicos y de los fisiólogos…

»Y es que la coca no es vicio sino virtud. La coca es la hostia del campo. No hay día en que el indio no comulgue con ella. ¡Y con qué religiosidad abre su *huallqui*, y con qué unción va sacando la coca a puñaditos, escogiéndola lentamente, prolijamente, para en seguida hacer con ella su santa comunión! Y para augurar

también. La coca habla por medio del sabor. Cuando dulce, buen éxito, triunfo, felicidad, alegría… Cuando amarga, peligros, desdichas, calamidades, pérdidas, muerte… No sonrías. Es que tú nunca has querido consultarla. Te has burlado de su poder evocador. Te has limitado a mascarla por diletantismo. No bebes, no fumas, no te eteromanizas, ni te quedas estático, como cerdo ahíto, bajo las sugestiones diabólicas del opio. Tenías hasta hace poco el orgullo de tu temperancia; de que tu inspiración fuese obra de tu carne, de tu espíritu, de ti mismo. Pero aquello no era propio de un artista. El arte y el vicio son hermanos. Hermandad eterna, satánica. Lazo de dolor… Nudo de pecado. Los imbéciles no tienen vicios; tienen apetitos, manías, costumbres. ¿Una herejía? ¡Una verdad!… El vicio es para el cuerpo lo que el estiércol para las plantas. Tenías por esto que tener un vicio: *tu* vicio. Como todos. Poe lo tuvo, Baudelaire lo tuvo… Y Cervantes también: tuvo el vicio de las armas, el más tonto de los vicios.

»¡Bah!, debes estar contento de tener tú también tu vicio. Ahora, si dudas de la virtud pronosticadora de la coca, nada más fácil: vuélvete a tu casa y consúltala. Pruébala aunque sea una vez, una sola vez. Una vez es ninguna, como dice el adagio. Mira, llegas a tu casa, entras al despacho, te encierras con cualquier pretexto, para no alarmar a tu mujer, finges que trabajas y luego del cajón que ya tú sabes, levemente, furtivamente, como quien condesciende con la debilidad de un camarada viejo y simpático, sacas un *aptay*[*], no un *purash*[*] como el indio glotón, nada más que un *aptay* de eso; y en seguida te repantigas, y, después de prometerte que será la última vez que vas a hacerlo, la última —hasta podrías jurarlo para dejar a salvo tu conciencia de hombre fuerte— comienzas a mascar unas cuantas hojitas. No por vicio, por supuesto. Puedes prescindir del vicio en esta vez. Lo harás por observación. Tú eres el observador y hay que observar *in corpore sano* los efectos de la hoja alcalina. Y, sobre todo, consultarla, es decir, hacer una *catipa*. ¿Qué perderías con ello?… *Si te irá bien en el viaje que piensas hacer a la montaña… Si tu próximo vástago será varón o hembra… Si estás en la judicatura firme, tan firme que un empujón político no te podrá tumbar*. (Porque en este país, como tú sabes, ni los jueces están libres de las zancadillas políticas). *O si estás en peligro de que los señores de la Corte te cojan cualquier día de las orejas y te apliquen una azotaína disciplinaria*. Y al hacer tu *catipa* debes hacerla con fe, con toda la fe india de que tu alma mestiza es capaz. Te ruego que no sonrías. Tú crees que la palabra es solamente un don del bípedo humano, o que sólo con sonidos articulados se habla. También hablan las cosas. Las piedras hablan. Las montañas hablan. Las plantas hablan. Y los vientos, y los ríos y las nubes… ¿Por qué la coca —esa hada bendita— no ha de hablar también?

»¿No has visto al indio bajo las chozas, tras de las tapias, en los caminos, junto a los templos, dentro de las cárceles, sentado impasiblemente, con el *huallqui* sobre las piernas, en quietud de fakir, masticando y masticando horas enteras, mientras la vida gira y zumba en torno suyo, cual siniestro enjambre? ¿Qué crees tú que está haciendo

entonces? Está orando, está haciendo su derroche de fe en el altar de su alma. Está haciendo de sacerdote y de creyente a la vez. Está confortando su cuerpo y elevando su alma bajo el imperio invencible del hábito. La coca viene a ser entonces como el rito de una religión, como la plegaria de un alma sencilla, que busca en la simplicidad de las cosas la necesidad de una satisfacción espiritual. Y así como un hombre civilizado tiende a la complicación, al refinamiento por medio de la ciencia, el indio tiende a la simplicidad, a la sencillez, por medio de la *chaccha*. El hombre civilizado tiene la superstición complicada de los oráculos, de los esoterismos orientales; el indio, la superstición del cocaísmo, a la que somete todo y todo lo pospone.

»Una *chaccha* es un goce; una *catipa*, una oración. En una *chaccha* el indio es una bestia que rumia; en la *catipa*, un alma que cree. Prescinde tú de la *chaccha*, si quieres, pero *catipa* de cuando en cuando, y así serás hombre de fe. La fe es la sal de la vida. Por eso el indio cree y espera. Por eso el indio soporta todas las rudezas y amarguras de la labor montañesa, todos los rigores de las marchas accidentadas y zigzagueantes, bajo el peso del fardo abrumador, todas las exacciones que inventa contra él la rapacidad del blanco y del mestizo. Posiblemente la coca es la que hace que el indio se parezca al asno; pero es la que hace también que este asno humano labore en silencio nuestras minas; cultive resignado nuestras montañas antropófagas; transporte la carga por allí por donde la máquina y las bestias no han podido pasar todavía; que sea el más noble y durable motor del progreso andino. Un asno así es merecedor de pasar a la categoría de hombre y de participar de todas las ventajas de la ciudadanía. Y todo, por obra de la coca. Sí, a pesar de tu incrédula sonrisa. ¿Qué te crees tú? Si hubiera un gobierno que prescribiera el uso de la coca en las oficinas públicas, no habría allí despotismos de lacayo, ni tratamientos de sabandija. Porque la coca —ya te lo he dicho— comienza primero por crear sensaciones y después, por matarlas. Y donde no hay sensaciones los nervios están demás. Y tú sabes también que los nervios son el mayor enemigo del hombre. ¡Cuántos cambios ha sufrido la historia por culpa de los nervios! Las batallas se pierden generalmente por falta de freno en los nervios. La fatiga, el hambre, el horror, el dolor, el miedo, la nostalgia, son los heraldos de la derrota. Y la derrota es un producto de la sensibilidad. ¡Ah!, si se le pudiera castrar al hombre la sensibilidad —la sensibilidad moral siquiera— la fórmula de la vida sería una simple fórmula algebraica. Y quién sabe si con el álgebra el hombre viviría mejor que con la ética.

»¿Has meditado alguna vez sobre la quietud bracmánica? Ser o no ser en un momento dado es su ideal: ser por la forma, no ser por la sensibilidad. Lo que, según la vieja sabiduría indostánica, es la perfección, el desprendimiento del karma, la liberación del ego. ¡La liberación! ¿Has oído? Y la coca es un inapreciable medio de abstracción, de liberación. Es lo que hace el indio: nirvanizarse cuatro o seis veces al día. Verdad es que en estas nirvanizaciones no entra para nada el propósito moral, ningún deseo de perfeccionamiento. Él sabe, por propia experiencia, que la vida es dolor, angustia, necesidad, esfuerzo, desgaste, y también deseos y apetitos; y como la

satisfacción o neutralización de todo esto exige una serie de actos volitivos, más o menos penosos, una contribución intelectual, más o menos enérgica, un ensayo continuo de experiencias y rectificaciones, el indio, que ama el yugo de la rutina, que odia la esclavitud de la comodidad, prefiere, a todos los goces del mundo, esquivos, fugaces y traidores, la realidad de una *chaccha* humilde, pero al alcance de su mano.

»El indio, sin saberlo, es *schopenhauerista*. Schopenhauer y el indio tienen un punto de contacto: el pesimismo, con esta diferencia: que el pesimismo del filósofo es teoría y vanidad, y el pesimismo del indio, experiencia y desdén. Si para el uno la vida es un mal, para el otro no es mal ni bien, es una triste realidad, y tiene la profunda sabiduría de tomarla como es. ¿De dónde ha sacado esta filosofía el indio? ¿No lo sabes tú, doctor de la ley? ¿No lo sabes tú, repartidor de justicia por libras, buceador de conciencias pecadoras, psicólogo del crimen, químico jubilado del amor, héroe anónimo de las batallas nauseabundas del papel sellado? ¡Parece mentira! ¿Pues de dónde había de sacarla sino del *huallqui*…? Del *huallqui*, arca sagrada de su felicidad. ¿Y hay nada más cómodo, más perfecto, que sentarse en cualquier parte, sacar a puñados la filosofía y luego, con simples movimientos de mandíbula, extraer de ella un poco de ataraxia, de suprema quietud? ¡Ah!, si Schopenhauer hubiera conocido la coca habría dicho cosas más ciertas sobre la voluntad del mundo. Y si Hindenburg hubiera *catipado* después del triunfo de los Lagos Manzurianos, la coca le habría dicho que detrás de las estepas de la Rusia estaba la inexpugnable Verdún y la insalvable barrera del Marne.

»Sí, mi querido repartidor de justicia por libras; la coca habla. La coca revela verdades insospechadas, venidas de mundos desconocidos. Es la Casandra de una raza vencida y doliente; es una Biblia verde de millares de hojas, en cada una de las cuales duerme un salmo de paz. La coca, vuelvo a repetirlo, es virtud, no es vicio, como no es vicio la copa de vino que diariamente consume el sacerdote en la misa. Y *catipar* es celebrar, es ponerse el hombre en comunión con el misterio de la vida. La coca es la ofrenda más preciada del *jirca*, ese dios fatídico y caprichoso, que en las noches sale a platicar en las cumbres andinas y a distribuir el bien y el mal entre los hombres. La coca es para el indio el sello de todos sus pactos, el auto sacramental de todas sus fiestas, el manjar de todas sus bodas, el consuelo de todos sus duelos y tristezas, la salve de todas sus alegrías, el incienso de todas sus supersticiones, el tributo de todos sus fetichismos, el remedio de todas sus enfermedades, la hostia de todos sus cultos…

»Después de haberme oído todo esto, ¿no querrías hacer una *catipa*? ¿Estás seguro de tu porvenir? ¿No querrías saber algo de tu porvenir? ¿Te molesta mi invitación? ¡Ingrato!… Ya estás cerca de tu casa. Apura un poco más el paso. Así… así. Has subido a trancos las escaleras. Buena señal. Ya estás en el despacho. Siéntate. ¿Para qué te descubres? La *catipa* puede hacerse encasquetado. Es un rito absolutamente plebeyo. El respeto es convencionalismo. ¿Qué cosa ha crujido? ¡Ah!, es el cajón que ya tú sabes. ¡Y cómo cruje también lo que hay adentro! Parece que se

rebela contra los codiciosos garfios de tu diestra. La coca es así; cuando se entrega parece que huye. Como la mujer… como la sombra… como la dicha… Pero no importa que cruja. Ya la has cogido. ¿Quisieras ahora *catipar*? ¿Sí? ¡Muy bien! Pero pon fe, mucha fe. Escoge aquella de pintas blancas; es la más alcalina y la que mejor dice la verdad del misterio. ¿La sientes dulce? No. No te sabe a nada todavía. Sólo vas sintiendo un poco de torpor en la lengua; es la anestesia, hada de la quietud y del silencio, que comienza a inyectar en tu carne la insensibilidad. ¡Cuidado con que llegues a sentirla amarga! ¡Cuidado! ¿Qué? ¿Te has estremecido? ¿Sientes en la punta de la lengua una sensación? ¿Te está pareciendo amarga? ¿No te equivocas? Es que le has preguntado algo. ¿Qué le has preguntado?… Callas, la escupes. ¿Te ha dado asco? No. Es que la has sentido amarga, muy amarga. ¡Perdóname! Yo habría querido que la sintieras dulce, pero muy dulce.

Cuarentiocho horas después, a la caída de una tarde, llena de electricidad y melancolía, vi un rostro, bastante conocido, aparecer entre la penumbra de mi despacho. ¿Un telegrama? Me asaltó un presentimiento. No sé por qué los telegramas me azoran, me disgustan, me irritan. Ni cuando los espero, los recibo bien. No son como las cartas, que sugieren tantas cosas, aun cuando nada digan. Las cartas son amigos cariñosos, expansivos, discretos. Los telegramas me parecen gendarmes que vinieran por mí.

Abrí el que me traía en ese instante el mozo y casi de un golpe leí esta lacónica y ruda noticia: «Suprema suspendido usted ayer por tres meses motivo sentencia juicio Roca-Pérez. Pida reposición».

¡Un hachazo brutal, el más brutal de los que había recibido en mi vida!



ENRIQUE LÓPEZ ALBÚJAR (Chiclayo, 1872 - Lima, 1966). Narrador, poeta, periodista y magistrado peruano, conocido como el iniciador de la corriente indigenista del siglo XX. Retomando la temática de Narciso Aréstegui y de Clorinda Matto de Turner, incorpora la indagación psicológica y las técnicas del cuento moderno para retratar el mundo andino. Se le considera el primer escritor en construir una imagen verosímil del indio peruano, con sus creencias y formas de violencia.

De su obra narrativa sobresalen *Cuentos andinos* (1920), *Matalaché* (novela, 1928), *Nuevos cuentos andinos* (1937), *El hechizo de Tomayquichua* (novela, 1943) y *Las caridades de la señora Tordoya* (1955). Asimismo, su larga experiencia como juez y vocal en provincias le permitió escribir *Los caballeros del delito* (1936), estudio de sociología criminal peruana.

Glosario

— Alcalde pedáneo: el elegido por la comunidad, con amplias facultades para gobernarla y administrarle justicia, pero sin perder de vista la tradición. Todo lo contrario de lo que, según el léxico, significa la palabra.

— *Alli-achishum*: «los pondremos bien, los conciliaremos»; amonestación que pretende la reconciliación entre el agresor y sus víctimas.

— Amauta: maestro del Imperio inca; actualmente sabio, gran intelectual.

— Añás: zorrillo o mofeta, cuyos orines pestilentes trascienden a gran distancia.

— *Apacheta*: «aliviador de carga», cúmulos de piedra levantados a la vera de los pasos y encrucijadas de montaña, donde se realizan ofrendas.

— *Aptay*: pulgarada; cantidad que puede tomarse con dos dedos.

— *Au, aumi*: sí.

— *Callgua*: lanzadera para el hilado.

— *Campo*: función concejil y, por extensión, quien la desempeña. Son dos en cada concejo, y deben ser mozos fuertes para imponer sus mandatos con las manos si es preciso.

— *Capac Eterno*: Padre Eterno. Dios.

— *Catas*: pequeño manto cuadrado que las mujeres indígenas usan siempre.

— *Catipar*: mascar coca con objeto de adivinar el futuro por medio del sabor.

— *Chacchar*: mascar hojas de coca mezcladas con cal. Entre los indígenas, tiene funciones vigorizantes y ceremoniales.

— *Chacta*: aguardiente de caña.

— *Chaquitaclla*: arado de pie; especie de pala que se maneja con manos y pies, y que sirve para cosechar.

— Chicha: bebida alcohólica, especie de cerveza hecha generalmente con maíz fermentado.

— *Cori-Huayta*: flor de oro.

— *Decurión*: mozo al servicio de los *yayas* o del concejo.

— Ginjoísmo, jingoísmo (del inglés *jingoism*): término acuñado por George Holyoake en 1878. Orgullo nacional exagerado y pretensión de superioridad sobre otras naciones, como justificación de una política exterior agresiva.

— *Guagua-yau*: «hijo mío».

— *Haravicu, harahuicu*: cantor popular; poeta, trovador.

— *Huallqui*: bolsón de piel sin curtir en que se guarda la coca.

— *Huáñucuy*: «muere».

— Huayruro: semilla del árbol homónimo (*Ormosia coccinea*), de color rojo y negro, que se usa como adorno y como amuleto.

— *Illapaco*: tirador.

— *Ishcay-realgota*: un real de *chacta*.

— *Ishcupuro*: calabaza pequeña donde se deposita el polvo de cal con que se aderezan las hojas de coca.

— *Jacha-caldo*: caldo de yerbas.

— *Jirca*: cerro, a algunos de ellos los indígenas les atribuyen cualidades divinas.

— *Jirca-yayag*: padre cerro.

— *Jitarishum*: «lo expulsaremos»; condena al ostracismo, por la que se es borrado de la comunidad, con expulsión inmediata y expropiación de tierras, animales y enseres.

— *Karu-Ricag*: el que ve lejos, intelectualmente.

— Laupi: árbol cuya madera se prefiere para hacer imágenes.

— *Maranshay*: censo de la comunidad que se hace anualmente con granos de maíz de varios colores.

— *Maray*: piedra.

— *Misti*: persona blanca; por asociación, miembro de la clase dominante; mestizo, en el sentido peyorativo de aquel que renuncia a su entidad indígena.

— *Mosho (-cuna, pl.)*: concejal nuevo.

— Mostrenco: el mayor insulto que se hace a un indígena, señalándolo como individuo paupérrimo, descamisado.

— Pachamanca: carne macerada con especies y cocida al calor de piedras refractarias, con guarnición de hortalizas autóctonas.

— *Páucar*: florido; también es el nombre de un pájaro selvático.

— *Pillco-rumi*: piedra roja.

— *Pongo*: sirviente; indígena de hacienda que sirve gratuitamente, por turno, en la casa del amo.

— *Purash*: puñado.

— *Racucunca*: el de la nuca gorda.

— *Raymi*: (Inti-Raymi) fiesta del Sol, ceremonia en honor al dios Sol (Inti) realizada cada solsticio de invierno.

— *Rigcharillag*: cántico de carácter religioso.

— Rúcano: nombre con el que popularmente se conocía a la moneda nacional, el sol.

— *Rucu (-cuna, pl.)*: concejal saliente.

— *Runtus*: cano.

— Sachavaca: tapir.

— *Shaguana*: pieza de madera que se usa en el hilado, y queda delante del pecho de la hilandera.

— *Shipina*: cucharilla de hueso o madera, a manera de punzón, con que se saca la cal empleada para *chacchar*; frecuentemente se usa también para llevar la coca a la boca.

— *Shucuy*: sandalia de piel de toro, sin curtir, de bordes doblados y cosidos, similar a la babucha; por extensión se dice del que usa dicho calzado.

— Supay: dios-demonio precolombino, que habita las profundidades de la tierra y el inframundo de los muertos, y puede ser malo o bueno; con el catolicismo, pasó a identificarse con el diablo.

— *Supaypa-huachashgan*: hijos del diablo.

— Taita: papá, papito; tratamiento coloquial a ciertas personas de respeto.

— Tambo: posada o tienda pequeña en zonas rurales alejadas.

— *Tarjar*: salario dependiente del número de tareas realizadas, las cuales marca el patrón al final de la jornada en una cartilla que el peón debe presentar el día de cobro para serle abonadas.

— *¡Tatau!*: ¡qué feo!, interjección de asco o disgusto.

— *Tirar lampa, lampear*: cultivar; escarbar la tierra con una lampa (azada).

— *Tocus, tocosh*: papas que han pasado por un periodo de descomposición; por su fuerte olor, su consumo sólo es apto para estómagos fuertes.

— *Tuquilla*: moña de cintajos.

— *Ushanan-jampi*: «el remedio último»; pena de muerte o linchamiento, ejecutado por todos los miembros de la comunidad, al infractor del *jitarishum* o destierro perpetuo.

— *Utacas*: hormigas, especie de hormiga-león.

— *Vara-trucay*: cambio de varas.

— *Wiracocha*: conquistador español.

— *Yaachishum*: «lo aconsejaremos»; exhortación mediante la cual se aconseja al acusado para que se corrija y vuelva a ser un hombre de bien.

— *Yanque, llanqui*: sandalias de trozos de cuero sin curtir, extraído de la cabeza de las reses.

— Yapa: añadidura o propina.

— *Yaya*: anciano encargado de administrar justicia y conservar la tradición, especie de senador vitalicio de la comunidad. Entre éstos se elige a los concejales, generalmente.

— *Ysmayta-micuy*: «come mierda».

Notas

[*] *Jirca*: cerro, a algunos de ellos los indígenas les atribuyen cualidades divinas. <<

[*] *Jirca-yayag*: padre cerro. <<

[*] Taita: papá, papito; tratamiento coloquial a ciertas personas de respeto. <<

[*] *Au, aumi*: sí. <<

[*] *Maray*: piedra. *Runtus*: cano. *Páucar*: florido; también es el nombre de un pájaro selvático. <<

[*] *Pillco-rumi*: piedra roja. <<

[*] *Cori-Huayta*: flor de oro. <<

[*] *Raymi*: (Inti-Raymi) fiesta del Sol, ceremonia en honor al dios Sol (Inti) realizada cada solsticio de invierno. <<

[*] *Racucunca*: el de la nuca gorda. <<

[*] *Karu-Ricag*: el que ve lejos, intelectualmente. <<

[*] Amauta: maestro del Imperio inca; actualmente sabio, gran intelectual. <<

[*] *Haravicu, harahuicu*: cantor popular; poeta, trovador. <<

[*] Huayruro: semilla del árbol homónimo (*Ormosia coccinea*), de color rojo y negro, que se usa como adorno y como amuleto. <<

[*] Supay: dios-demonio precolombino, que habita las profundidades de la tierra y el inframundo de los muertos, y puede ser malo o bueno; con el catolicismo, pasó a identificarse con el diablo. <<

[*] *Huáñucuy*: «muere». <<

[*] *Chacchar*: mascar hojas de coca mezcladas con cal. Entre los indígenas, tiene funciones vigorizantes y ceremoniales. <<

[*] *Huallqui*: bolsón de piel sin curtir en que se guarda la coca. <<

[*] *Shipina*: cucharilla de hueso o madera, a manera de punzón, con que se saca la cal empleada para *chacchar*; frecuentemente se usa también para llevar la coca a la boca.
<<

[*] *Chacta*: aguardiente de caña. <<

[*] Mostrenco: el mayor insulto que se hace a un indígena, señalándolo como individuo paupérrimo, descamisado. <<

[*] Chicha: bebida alcohólica, especie de cerveza hecha generalmente con maíz fermentado. <<

[*] *Shucuy*: sandalia de piel de toro, sin curtir, de bordes doblados y cosidos, similar a la babucha; por extensión se dice del que usa dicho calzado. <<

[*] *Illapaco*: tirador. <<

[*] *Misti*: persona blanca; por asociación, miembro de la clase dominante; mestizo, en el sentido peyorativo de aquel que renuncia a su entidad indígena. <<

[*] *Ishcupuro*: calabaza pequeña donde se deposita el polvo de cal con que se aderezan las hojas de coca. <<

[*] *Yaya*: anciano encargado de administrar justicia y conservar la tradición, especie de senador vitalicio de la comunidad. Entre éstos se elige a los concejales, generalmente. <<

[*] *Ishcay-realgota*: un real de *chacta*. <<

[*] *¡Tatau!*: ¡qué feo!, interjección de asco o disgusto. <<

[*] Yapa: añadidura o propina. <<

[*] *Decurión*: mozo al servicio de los *yayas* o del concejo. <<

[*] *Yaachishum*: «lo aconsejaremos»; exhortación mediante la cual se aconseja al acusado para que se corrija y vuelva a ser un hombre de bien. <<

[*] *Alli-achishum*: «los pondremos bien, los conciliaremos»; amonestación que pretende la reconciliación entre el agresor y sus víctimas. <<

[*] *Jitarishum*: «lo expulsaremos»; condena al ostracismo, por la que se es borrado de la comunidad, con expulsión inmediata y expropiación de tierras, animales y enseres. <<

[*] *Ushanan-jampi*: «el remedio último»; pena de muerte o linchamiento, ejecutado por todos los miembros de la comunidad, al infractor del *jitarishum* o destierro perpetuo. <<

[*] *Ysmayta-micuy*: «come mierda». <<

[*] Rupes Tarpeia: ladera escarpada al sur de la colina Capitolina, empleada durante tiempos de la República romana como lugar de ajusticiamiento para asesinos y traidores, desde donde eran arrojados. <<

[*] *Guagua-yau*: «hijo mío». <<

[*] *Catipar*: mascar coca con objeto de adivinar el futuro por medio del sabor. <<

[*] *Supaypa-huachashgan*: hijos del diablo. <<

[*] *Pongo*: sirviente; indígena de hacienda que sirve gratuitamente, por turno, en la casa del amo. <<

[*] *Wiracocha*: conquistador español. <<

[*] *Utacas*: hormigas, especie de hormiga-león. <<

[*] Tambo: posada o tienda pequeña en zonas rurales alejadas. <<

[*] *Yanque*, *llanqui*: sandalias de trozos de cuero sin curtir, extraído de la cabeza de las reses. <<

[*] *Tirar lampa, lampear*: cultivar; escarbar la tierra con una lampa (azada). <<

[*] *Tarjar*: salario dependiente del número de tareas realizadas, las cuales marca el patrón al final de la jornada en una cartilla que el peón debe presentar el día de cobro para serle abonadas. <<

[*] Rúcano: nombre con el que popularmente se conocía a la moneda nacional, el sol.
<<

[*] *Apacheta*: «aliviador de carga», cúmulos de piedra levantados a la vera de los pasos y encrucijadas de montaña, donde se realizan ofrendas. <<

[*] Sachavaca: tapir. <<

[*] Añás: zorrillo o mofeta, cuyos orines pestilentes trascienden a gran distancia. <<

[*] *Jacha-caldo*: caldo de yerbas. <<

[*] *Catas*: pequeño manto cuadrado que las mujeres indígenas usan siempre. <<

[*] *Callgua*: lanzadera para el hilado. <<

[*] *Shaguana*: pieza de madera que se usa en el hilado, y queda delante del pecho de la hilandera. <<

[*] *Rucu (-cuna, pl.)*: concejal saliente. *Mosho (-cuna, pl.)*: concejal nuevo. <<

[*] *Capac Eterno*: Padre Eterno. Dios. <<

[*] *Rigcharillag*: cántico de carácter religioso. <<

[*] *Chaquitaclla*: arado de pie; especie de pala que se maneja con manos y pies, y que sirve para cosechar. <<

[*] *Tuquilla*: moña de cintajos. <<

[*] Laupi: árbol cuya madera se prefiere para hacer imágenes. <<

[*] Pachamanca: carne macerada con especies y cocida al calor de piedras refractarias, con guarnición de hortalizas autóctonas. <<

[*] *Tocus, tocosh*: papas que han pasado por un periodo de descomposición; por su fuerte olor, su consumo sólo es apto para estómagos fuertes. <<

[*] *Vara-trucay*: cambio de varas. <<

[*] Alcalde pedáneo: el elegido por la comunidad, con amplias facultades para gobernarla y administrarle justicia, pero sin perder de vista la tradición. Todo lo contrario de lo que, según el léxico, significa la palabra. <<

[*] *Campo*: función concejil y, por extensión, quien la desempeña. Son dos en cada concejo, y deben ser mozos fuertes para imponer sus mandatos con las manos si es preciso. <<

[*] *Maranshay*: censo de la comunidad que se hace anualmente con granos de maíz de varios colores. <<

[*] Jingoísmo (del inglés *jingoism*): término acuñado por George Holyoake en 1878. Orgullo nacional exagerado y pretensión de superioridad sobre otras naciones, como justificación de una política exterior agresiva. <<

[*] *Aptay*: pulgarada; cantidad que puede tomarse con dos dedos. <<

[*] *Purash*: puñado. <<